MERCHE CARMÍN

Y SI NOS DAMOS UNA OPORTUNIDAD, ¿QUÉ PASARÍA?



MERCHE CARMÍN

Y SI NOS DAMOS UNA OPORTUNIDAD, ¿QUÉ PASARÍA?

Primera edición.

Y si nos damos una oportunidad, ¿qué pasaría?

©Merche Carmín

©marzo, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Claudia

—Vamos a ver, mamá, creo que ya soy suficientemente mayorcita para tomar mis propias decisiones, y si te he dicho que nos vamos con la abuela, es que nos vamos.

Lo dije con firmeza, aunque por dentro sabía que aquella conversación no iba a terminar ahí. Llevábamos semanas dándole vueltas al mismo tema y siempre acabábamos en el mismo punto: ella intentando retenerme y yo intentando explicarme.

—Pero, hija, ¿en qué cabeza cabe que vayáis?, ¿has visto cómo está tu abuela? ¿Y quién va a cuidar de ella y de Hugo cuando tú estés trabajando?

Mi madre no gritaba. Nunca gritaba. Lo suyo era más sutil: preocupación disfrazada de lógica. Siempre encontraba el ángulo desde el que sembrar la duda.

—Mira, estás haciendo una montaña de un grano de arena. No he visto una mujer más pesimista que tú.

Sabía que esa frase le molestaba, pero también sabía que era la única forma de que entendiera que no estaba improvisando.

—Realista, hija, eso es ser realista.

—Me da igual lo que digas, si mi abuela se quiere ir a pasar lo que le queda de vida a su pueblo, no se lo puedes negar, y yo me voy a ir con ella.

Salí de la cocina refunfuñando como siempre que discutíamos el tema.

El pasillo me pareció más largo de lo habitual. Quizá porque, por primera vez, no estaba discutiendo una posibilidad, sino una decisión. Y cuando una decisión está tomada, pesa diferente.

Qué difícil era tomar algunas decisiones, decisiones que eran fundamentales cuando necesitabas cambiar de aires, aunque mi madre no entendiera algunas cosas.

Cambiar de aires no era solo una expresión bonita. Para mí significaba dejar atrás miradas que lo sabían todo, comentarios que pretendían ayudar y silencios que lo decían aún más claro. Necesitaba otro escenario para empezar a respirar sin sentir que me estaban observando.

Me llamo Claudia y soy maestra de primaria y desde que era niña tenía claro cuál era mi vocación, y más cuando tus padres se dedicaban a lo mismo. Tengo treinta y tres años, recién divorciada y con lo mejor del matrimonio, mi hijo de dos años. Hugo fue el mejor regalo que la vida me pudo dar.

A veces pensaba que si no fuera por él, habría tardado más en reaccionar. Pero cuando eres madre, entiendes que quedarte quieta no siempre es la opción más cómoda para un niño. Hugo necesitaba una madre fuerte, no una madre resignada.

Vivo con mis padres, mi abuela y mi hermana Laura de veintiocho años, que es la única que no es maestra; ella tiró más por el periodismo.

La casa siempre había sido nuestro refugio. Sin embargo, después de todo lo que pasó, empezó a sentirse pequeña. No por el espacio físico, sino por la cantidad de opiniones que flotaban en el ambiente. Cada comida era una reunión no oficial sobre mi vida.

Me casé hace cuatro años superenamorada; bueno, me imagino que todo el que se casa es porque lo hace de esa manera, aunque hoy en día es sabido que también se hacía por otros motivos.

Cuando conocí a Daniel, me enamoré de él a primera vista, de esas veces que ves a un hombre y las mariposas te indican que no lo puedes dejar escapar.

Y yo no quise dejarlo escapar. Aposté por él sin reservas. Me gustaba su seguridad, su manera de mirar como si nada pudiera torcerse mientras él estuviera delante. Me hacía sentir elegida.

Daniel era tres años mayor que yo, el típico chico que tiene labia para dar y regalar. Lo conocí un lunes por la mañana a principios de un curso; iba buscando su clase. Él, al igual que yo, era profesor de primaria, enseñando matemáticas.

Recuerdo aquella mañana con una claridad que ahora me sorprende. Yo llevaba un café en la mano y él parecía completamente perdido en el pasillo. Le indiqué dónde estaba su aula y, sin saber cómo, terminamos desayunando juntos en el recreo.

Desde ese día no nos separamos; lo hacíamos todo juntos, tal era así que nos llamaban los siameses, pero a nosotros eso nos daba igual. Éramos felices de esa manera junto a nuestro grupo de amigos, los que nos quedaban en Salamanca, pues la mayoría se marcharon a la capital.

Había una complicidad casi infantil entre nosotros. Nos reíamos por cualquier cosa. Planeábamos viajes que casi nunca hacíamos, pero que nos entretenían durante semanas. Sentía que estaba construyendo algo estable, algo que iba a durar.

Al año de estar saliendo, tomamos la decisión de casarnos a pesar de que mis padres decían que era muy pronto, sobre todo mi madre, que era la más negativa de la familia y lo seguía siendo.

Yo lo viví como un paso natural. No me parecía precipitado, me parecía coherente con lo que sentía en ese momento. Cuando crees que lo tienes claro, las advertencias suenan lejanas.

Todo nos iba bien, ya que tuvimos una boda de ensueño y una luna de miel que no se quedaba atrás. Daniel era el marido más atento y amoroso que jamás imaginé, hasta que eso comenzó a cambiar el día que descubrimos que estaba embarazada.

Recuerdo el día que vi el test positivo. Sentí miedo y felicidad al mismo tiempo. Pensé que aquello nos uniría más. Que ser padres nos haría más fuertes.

El embarazo fue de alto riesgo y tuve que pasar los tres primeros meses de reposo absoluto si no quería perder a mi hijo. Los siguientes seis meses fueron de un reposo relativo.

Pasar tantas horas quieta me dio demasiado tiempo para pensar. El silencio amplifica cosas que antes no escuchabas. Empecé a notar ausencias que antes pasaban desapercibidas.

Es cierto que los tres primeros meses estuvo muy pendiente de mí, ya que me cuidaba, mimaba y me transmitía que todo estaría bien, pero claro, después ya vinieron las salidas por su parte los sábados, excusándose en que él no era el que estaba embarazado.

Aquella frase se me quedó grabada. No la discutí. No quise discutirla. Pero algo dentro de mí empezó a desplazarse.

Para resumir un poco la historia, voy a irme a cuando me reincorporé al trabajo. Mi sustituta no era otra que mi mejor amiga Andrea, con lo cual me alegré mucho por ella, y más al saber que, aunque yo me incorporase, se quedaría en el centro.

Nunca imaginé que la traición pudiera tener el rostro de alguien a quien habías contado tus miedos.

Jamás olvidaré el día que supuestamente ya no quedaba nadie en el colegio salvo las limpiadoras. Ese día olvidé una carpeta con todos los dibujos que me habían hecho los niños y me volví por ella.

Podría haber esperado al día siguiente. No era urgente. Pero algo me hizo regresar.

Por el pasillo me encontré a Azucena, una de las limpiadoras más mayores, que con una sonrisa me comunicó que mi marido seguía ahí trabajando. Apreté el paso porque eso me escamó cuando él no se quedaba nunca al terminar las clases.

Sentí una punzada extraña en el estómago. No era aún sospecha, era incomodidad.

Al llegar a la puerta oí unos ruidos, bueno, más bien unos gemidos. Con lágrimas en los ojos y sin ver aún nada, abrí la puerta, hecho que me hizo encontrarme con la cruda realidad. Del impacto, metí un chillido.

Allí estaba él con los pantalones bajados y Andrea tumbada encima de la mesa siendo penetrada por mi marido. Cuando miraron hacia la puerta y vieron que era yo, siguieron con lo que estaban haciendo. Así mismo, cosa que me desgarró por completo y me hizo encontrarme con una realidad más dura de lo que jamás imaginé.

Lo que más me dolió no fue solo la traición. Fue que no se detuvieran. Que yo no fuera suficiente ni siquiera para interrumpirles.

Ese día dejaron de existir el amor y los hombres, ya que no quería saber nada de ellos, solo de dos: mi padre y mi hijo. Desde ese día también volví a la casa de mis padres, que fue lo peor que hice, pero no me quedaba de otra.

Volver fue necesario, aunque mi orgullo se resintiera. A veces uno vuelve no porque quiera, sino porque necesita recomponerse antes de dar el siguiente paso.

Después me vine a enterar de que estaban juntos desde los primeros meses de mi embarazo, ahí sus salidas de los sábados.

Todo encajó entonces. Demasiadas piezas que yo había preferido no mirar.

—No entrará en razón, ¿lo sabes no? —me dijo mi padre.

Lo encontré apoyado en la puerta del salón, observándome con esa mezcla de preocupación y respeto que siempre había tenido conmigo.

—Yo tampoco, papá, pero necesito irme, no puedo estar aquí más tiempo y allí estaremos bien.

No era una huida. Era una forma de dejar de sentirme estancada. Necesitaba un lugar donde mi historia no me precediera en cada conversación.

—No entiendo a tu madre, siempre ve lo peor de las cosas, debería alegrarse por vosotras.

—Da igual, ya está decidido. Prepararé mis cosas y me iré; tenemos que adaptarnos antes de que empiece el curso y siento decirte esto, pero no aguanto estar más tiempo en el mismo techo que mamá.

Decírselo me dolió, pero también me alivió. No era solo la presencia de mi madre, era lo que simbolizaba: permanecer en el mismo punto.

—Tranquila, ya se le pasará, nunca ha estado mucho tiempo separada de vosotros.

—Claudia, ¿nos vamos ya al pueblo? —me preguntó mi abuela.

Su ilusión era tan limpia que me reafirmaba en lo que estaba haciendo.

—Abuela, antes tengo que hablar con Daniel; no me gusta la idea, pero he de hacerlo.

—¿Crees que se opondrá? —me preguntó mi padre.

—No lo sé, papá, pero espero que no, porque ese sería un problema más grande que mamá. —Reímos.

Y en esa risa supe que, a pesar de todo, no estaba sola.

—Vergüenza os debería de dar reíros de mí, hija, piénsalo, te lo ruego.

Mi madre apareció en el salón con los brazos cruzados, intentando mantener firme una postura que en realidad era puro miedo. No le gustaban los cambios. Nunca le habían gustado. Y menos cuando no podía controlarlos.

—Mamá no empieces, sabes que es lo mejor para ti.

Lo dije con suavidad, aunque por dentro sabía que esa frase no la convencería. Ella no veía el pueblo como una oportunidad, sino como una renuncia.

—Desde luego, mamá, qué cansina eres —le dijo mi hermana, que entraba en ese momento por la puerta con mi hijo—. Es su vida y yo, por no ver la cara de esos dos desgraciados todos los días, haría lo mismo.

Laura siempre había sido más directa que yo. Más impulsiva. A veces demasiado. Pero en el fondo sabía que me defendía a su manera.

Hugo se soltó de la mano y fue derecho a los brazos de su abuelo, *belo*, como él lo llamaba.

Mi padre lo levantó en el aire y Hugo soltó una carcajada que llenó el salón. Aquella risa me recordó por qué estaba tomando aquella decisión. No quería que creciera viendo tensión. No quería que aprendiera que lo normal era quedarse donde una ya no era feliz.

—¿Qué he hecho en mi vida para merecer este trato? —preguntó mi madre.

—Ser tan intensa, mamá —le contestó Laura.

Mi abuela, que había estado escuchando desde su sillón, intervino con su tono conciliador.

—Venga ya, niñas, no seáis así con vuestra madre, ¿no entendéis que se van las mejores personas de la casa y está triste? —soltó mi abuela y nos echamos todos a reír.

La risa alivió el ambiente. No solucionaba nada, pero lo suavizaba.

—No es eso, mamá, es que os voy a echar de menos.

En ese momento sí vi su tristeza real. No era manipulación. Era miedo a quedarse atrás.

—Mujer, ya iremos algún fin de semana a verlos; tan lejos no estamos —le dijo mi padre.

—Claro, mamá, mi padre tiene razón, estamos a una hora, tampoco es tanto, y ahora estáis de vacaciones y podéis venir con nosotras y el niño a

pasar el verano allí.

Intenté pintar el cambio como algo cercano, alcanzable. No quería romper, quería moverme.

—¿Cómo? De eso nada, por nada del mundo me quedo sin mi crucero por el Mediterráneo.

—Hermana, pero yo sí me apunto, ¿cuándo nos vamos?

Laura se dejó caer en el sofá como si ya estuviera haciendo la maleta mentalmente.

—Tengo que hablar antes con Daniel, no puedo marcharme sin decirle nada, no sé lo que pensará al respecto.

Al decir su nombre, noté un ligero endurecimiento en mi voz. No era miedo. Era prevención.

—Pues, ¿qué va a pensar sobre que le dejes el camino libre sin cargo ninguno?

—Laura, no digas eso, es su padre.

Lo defendía por Hugo, no por él. Nunca permitiría que mi hijo creciera escuchando desprecio hacia su padre, por mucho que yo lo hubiera sentido.

—¿Y? A ese padre le he visto muchas veces por ahí y no solo con Andrea. Hermanita, ten claro que al final has tenido suerte.

Suerte. Qué palabra tan extraña para algo que había dolido tanto. Pero entendía lo que quería decir. Mejor saberlo ahora que seguir viviendo en una mentira.

—Bueno, sea como sea, eso a mí no me importa, y lo único que tengo con él es a mi hijo, que es lo que me interesa.

Y era verdad. Todo lo demás había dejado de tener peso.

—¿Ya lo saben sus padres? —preguntó mi madre.

—Sí, y tengo todo su apoyo como el primer día. No me podían haber tocado unos suegros tan buenos como ellos, y me alegro por Hugo.

Agradecía no tener que luchar en todos los frentes. Al menos en ese aspecto no estaba sola.

—Menos mal que no le dieron la razón al hijo.

—Laura, es su hijo aunque no aprueben lo que me hizo; además, no quiero hablar más de Daniel. Hugo, ¿nos vamos a bañar? Traes tierra hasta en el cielo de la boca.

Miré a mi pequeño, que tenía las manos llenas de arena y una sonrisa traviesa.

—Normal si ha estado tirándose arena con otro niño por encima.

—Hija, ¿y para qué estás tú? ¿O te lo llevas al parque para ligar?

—¡Mamá! ¿Qué dices? Esta mujer está loca. —Se fue protestando para su cuarto.

El ambiente volvió a relajarse. A pesar de todo, aquella casa seguía siendo hogar. Y quizá por eso mismo sabía que necesitaba salir de ella para construir el mío propio.

—Amañar, sí —dijo mi niño con esa media lengua que me tenía loca.

—¿Te baña la abuela? —preguntó mi madre.

—*Bela,* no, mamá.

Nos reímos cuando mi madre se puso a lloriquear; entre mi hermana y ella, había días que no nos aburrimos en casa.

La verdad es que la hora del baño era una de mis favoritas, ya que podía disfrutar de mi hijo jugando con él en la bañera. Daba igual que me metiera

con él o no, pero esa hora era sagrada para nosotros.

Mientras el agua salpicaba el suelo y Hugo chapoteaba sin medida, pensé en el pueblo. En la casa de mi abuela con sus ventanas abiertas y el olor a campo entrando sin pedir permiso. Allí las tardes serían distintas. Más lentas. Más nuestras.

No buscaba que todo fuera perfecto. Solo quería que fuera nuevo.

Cuando lo saqué del baño, se lo dejé a mi padre mientras yo me duchaba. Antes de hacerlo, le mandé un mensaje al padre.

Miré la pantalla unos segundos antes de escribir. No estaba pidiendo autorización. Solo estaba siendo correcta.

Claudia: *Buenas noches, Daniel. Me gustaría hablar algo contigo, ya que concierne a nuestro hijo. ¿Quedamos para desayunar y lo hablamos?*

Leí el mensaje dos veces antes de enviarlo. No añadí nada más. No hacía falta.

Dejé el teléfono en la encimera del lavabo y me metí en la ducha; mientras el agua caía sobre mi cuerpo, pensaba en lo que sería mi nueva vida en el pueblo.

Cerré los ojos bajo el agua y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí miedo.

Sentí movimiento.

Y eso ya era suficiente.

Capítulo 2



Claudia

Al salir de la ducha vi que me entraba una notificación en el móvil. No lo cogí de momento, no quería que pensase que estaba desesperada esperando saber la respuesta.

Lo miré de reojo mientras dejaba la toalla en el perchero. Sabía perfectamente de quién era el mensaje. Y también sabía que no iba a permitirme correr hacia él como si necesitara su validación.

Me sequé el cuerpo tranquilamente y me extendí mi crema hidratante. Antes de vestirme, me sequé el pelo mientras me sentía nerviosa, ya que estaba deseando leer el mensaje, pero no iba a darle la satisfacción de que pensase lo que no era.

La impaciencia no era debilidad. Era expectativa. Y yo ya no esperaba nada de Daniel que no fuera una reacción previsible.

Más de una vez creyó que yo quería volver con él porque en el tiempo que llevaba sin estar a su lado no había vuelto a estar con otro hombre, y nada más lejos de la realidad, ya que lo que le quería era bien lejos de mi vida, pero por Hugo aguantaba sus desprecios e insultos, insultos de los que nadie de mi casa estaba al tanto de que sucedían.

No había vuelto con nadie porque no lo había necesitado. No porque siguiera atada a él. Eso era algo que Daniel nunca entendería: confundía

silencio con espera.

Esa era otra de las razones por las cuales quería irme de la ciudad, ya que no soportaba su prepotencia, ni la de Andrea, ella que, aun sabiendo que no era la única mujer en la vida de Daniel, se permitía el lujo de insultarme a mí y a mi hijo, y eso no iba a consentirlo.

No iba a consentir que nadie se sintiera con derecho a menospreciarnos. Y si para eso tenía que marcharme, lo haría sin mirar atrás.

Cogí el móvil y vi su mensaje.

Daniel: *No sé qué demonios quieres que hablemos ahora; si me vas a pedir dinero, olvídalo, ya me estás sacando bastante.*

Ni siquiera me sorprendió. Siempre atacaba primero. Era su forma de no tener que defenderse después.

Claudia: *No es de dinero de lo que quiero hablarte, es algo sobre el niño para ver si te parece bien; de lo contrario, habrá que buscar una solución.*

Escribí despacio, midiendo cada palabra. No había reproche. No había emoción. Solo claridad.

Daniel: *Está bien, a ver qué coño quieres ahora. Te espero a las diez en el bar de siempre y no vayas a traerlo, que no me toca verlo.*

Qué vergüenza de padre. Es cierto que no le tocaba ver al niño, pero también podía haber dicho de llevarlo para verlo, pero claro, si la mitad de las veces ni venía y tenía que ser su madre quien lo recogiese. ¿Qué podía esperar de él si le costaba hasta pasar la manutención?

Apreté la mandíbula. No iba a entrar en su juego antes de tiempo.

Salí del baño dirigiéndome hacia la cocina, que era donde estaban todos. La verdad es que teníamos una cocina bastante grande y hacíamos vida en ella, como aquel que dice. Desayunábamos, comíamos y cenábamos allí. Mi madre decía que estábamos más cómodos.

—Mañana desayuno con Daniel —dije dando un mordisco a una zanahoria —. He quedado a las diez en el bar de siempre y me ha pedido que no lleve al niño.

—Hermana, verás cómo no te pone impedimentos, ¿cuántas veces ha visto al niño? Si ni siquiera el pequeño lo nombra ni lo toma como parte de su vida.

—Laura, no le des más quebraderos de cabeza a tu hermana, hija.

—No, papá, si tiene razón, me da mucha pena. A Adela le parte el corazón que su hijo no quiera saber apenas nada de Hugo.

—Hija, es que tienes unos suegros que son un trozo de pan, no sé en qué momento Daniel se convirtió en la mala persona que es.

—Abuela, yo tampoco lo sé, lo que tengo claro es que ya no me importa. Mi hijo es aún pequeño y no entiende lo que pasa a su alrededor.

—Pero cuando sea más grande, ¿qué pasará? —preguntó mi madre.

—Ya cruzaremos ese puente cuando llegue el momento.

Cogí a Hugo y lo senté en su trona para darle un poquito de crema de calabacín y después cuatro mini croquetas de jamón. El postre nunca se lo daba hasta que nosotros no cenábamos porque siempre andaba pidiendo.

Cenamos hablando del viaje. Mi madre con cara de pocos amigos, mientras los demás estábamos muy entusiasmados. Nos iríamos todos el viernes, ya que mis padres estaban de vacaciones y mi hermana se había pedido el día de asuntos propios.

La casa de mi abuela necesitaba algunos arreglos. No es que la tuviéramos abandonada, pero sí que es verdad que hacía dos años que no iba nadie. Bueno, que no iban mis padres ni mi abuela.

Recogimos la cocina entre las tres mientras mi padre y mi abuela se iban al salón; ese era el ritual de toda la vida en mi casa. Al entrar vi la misma estampa de todas las noches: mi padre con mi hijo durmiendo en el sofá.

—Papá, venga a la cama a dormir. Desde luego que así no le duras a mi madre ni los titulares del telediario.

—Desde luego, Claudia, tienes cada golpe —me dijo mi hermana con la risa suelta.

—Estáis tontas las dos; si yo llego a saber esto, tengo dos perros en vez de dos niñas —soltó mi madre.

—No te irrites, Isabel, ¿qué sabrán ellas de lo que es duro y de lo que no?

—Federico Sánchez Guzmán, no hables con tus hijas de nuestras intimidades —le dijo poniéndose colorada como un tomate. Mi hermana y yo nos echamos a reír.

—Agustina, ven corriendo —llamó mi hermana a mi abuela.

—De verdad qué poca vergüenza hay en esta casa últimamente —le contestó mi abuela riéndose.

—Como me despertéis al niño, no os dejo dormir en toda la noche.

—Vale, ya me callo, hermana.

Cogí a mi hijo, todavía con la risa suelta, y nos fuimos a mi cuarto. Lo acosté en su camita y luego me metí yo en la mía.

Después de una noche en la que apenas pegué ojo, vino un nuevo día, lleno de nerviosismo pero con ganas de salir de dudas.

Me puse un vestido por encima de la rodilla, con un poco de vuelo, siendo uno de los preferidos de Daniel. Lo complementé con unas manoletinas y el bolso que me regaló por mi último cumpleaños. No sé por qué me lo puse, pero igual así le ablandaba un poco el corazón al traerle algunos recuerdos.

—Me voy —les dije apareciendo por la cocina.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó mi hermana.

—No, esto lo tengo que hacer sola. El niño sigue durmiendo.

—Vete tranquila, que ya nos ocupamos nosotras de él.

—Gracias, chicas. Desearme suerte.

Salí hecha un manojo de nervios, más que nada porque últimamente no se podía hablar con Daniel, puesto que siempre estaba de mal humor y se irritaba por cualquier cosa.

Salí a la plaza donde se encontraba la cafetería donde había quedado con él. Según me iba acercando, más nerviosa me iba poniendo. Como siempre, llegaba la primera. Era el hombre más impuntual que había conocido.

No me sorprendió que no estuviera. Daniel siempre había confundido hacer esperar con tener importancia.

Pedí mi desayuno, ya que no pensaba esperar a que él apareciera.

No iba a quedarme mirando la puerta como una adolescente.

Lo hizo cuando el camarero vino con el café y la tostada.

—Ponme a mí otro igual que ese —le dijo al camarero—. Anda, que me has esperado. —Se acercó a darme un beso en la mejilla que me dejó descolocada.

No me aparté, pero tampoco correspondí el gesto.

—Sabes que no me gusta la impuntualidad y, además, tenía hambre.

—Estás muy guapa, Claudia.

—Gracias, supongo, pero no he quedado contigo para que me digas si estoy guapa o fea.

No sonreí. No suavicé el tono.

—Me he arrepentido de lo que pasó con Andrea… y de muchas cosas más, Claudia. Si me perdonas, quiero volver a intentarlo contigo.

—Ni de coña, Daniel.

—Claudia…

—No, escúchame bien. No me importa con quién estás ni con quién no; es tu vida, tú sabrás cómo la vives. Si estoy aquí es porque hay un tema del que me gustaría hablarte.

Él intentó agarrarme la mano.

—Por favor, piénsalo, volvamos a ser una familia los tres.

—Suéltame, Daniel —retiré la mano con calma—, no voy a volver contigo. Me voy de la ciudad y me llevo a Hugo conmigo.

No elevé la voz. No hacía falta.

—No te vas a llevar a mi hijo.

—¿Perdona? ¿Ahora es tu hijo? Mira, te pongas como te pongas, me lo voy a llevar, ya que me voy al pueblo con mi abuela.

Lo miré directamente a los ojos. Sin temblar.

—No se va a ir.

—No me has entendido, no te lo estoy preguntando. Me voy al pueblo para siempre porque en septiembre empiezo a trabajar en el colegio de allí.

Él frunció el ceño.

—La que no me has entendido eres tú, el niño de aquí no se mueve.

—¿Te recuerdo los meses que llevas sin pasarme la manutención? Aparte de que tengo el apoyo de tus padres, que son los que se están ocupando de su nieto.

Ya no estaba suplicando. Estaba informando.

—Mi hijo es el que me debe. —Arqueó una ceja—. No sé por qué me miras así; el niño me debe la vida.

Y ahí supe que no había nada más que hablar.

—De verdad, como maestro serás un crack, pero como padre eres una mierda pinchada en un palo.

Me levanté y lo dejé allí.

No corrí. No miré atrás.

Me fui hasta sin pagar. Si se creía que me iba a achantar, lo llevaba claro. Este todavía no había conocido la determinación que había despertado en mí.

Me fui directa a casa de sus padres. Fermín y Adela no tenían culpa de cómo se había vuelto su hijo, como tampoco sabían el porqué del comportamiento que tenía.

Mientras caminaba hasta su portal, sentí que, por primera vez en mucho tiempo, no iba a esa casa como la mujer traicionada, sino como la madre de su nieto. Y esa posición cambiaba muchas cosas.

Era consciente de que la conversación que tendría con ellos no me pondría problema ninguno; es más, estaba segura de que me iban a apoyar como en todas las decisiones que tomaba.

Seguramente creían que no volverían a ver al niño, pero eso no entraba en mis planes, y menos con lo bien que se habían portado los dos con mi hijo y conmigo.

Capítulo 3



Claudia

Llegué a la casa de los padres de Daniel. Siempre me había gustado esta vivienda adosada con su porche delantero y el patio trasero en el que tenían una pequeña piscina.

Llamé al timbre y esperé un tiempo prudencial, aunque lo mismo, por la hora que era, Adela podría haber ido al mercado a comprar.

—Buenos días, hija, ¿ha pasado algo?

—Buenos días, Adela. Tu hijo, eso es lo que ha pasado.

—Anda, pasa y me cuentas con un café. No sé qué le ha pasado a este hijo mío, de verdad te lo digo.

—La vida, Adela, pero no te preocupes, que ya se dará cuenta de las cosas.

—Claudia, dime la verdad, ¿mi hijo toma drogas?

—Sinceramente, eso no te lo puedo decir porque no lo sé. No creo que Daniel ande metido en eso y más con las charlas que da en el colegio.

—A mi hijo lo veo muy raro últimamente, pero dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Verás, Adela, me voy de la ciudad al pueblo con mi abuela… pero para quedarme.

—Hija, no sé qué decirte, sé que lo has pasado muy mal, pero irte así como así…

—He hablado con tu hijo y ahora sí se supone que es su padre, se niega a que me lo lleve cuando sabes perfectamente que lleva meses sin pasarme la manutención. Adela, si lo que te preocupa es el niño, no lo hagas; vendré y vosotros podéis ir a verlo cuando queráis. Jamás os lo voy a negar; es más, vamos a seguir como estamos. Cuando le toque a tu hijo, lo tendrás aquí.

—¿Harás eso, hija? —me dijo la mujer con lágrimas en los ojos.

—Adela, os quiero mucho y nada ni nadie va a cambiar eso, pero también he venido porque tu hijo no me lo permite.

—Ni caso, que aunque sea mi hijo, si no lleva la razón, no la lleva. No te preocupes, hija, que él no va a abrir la boca.

—Gracias, Adela, por ser como eres; estoy muy orgullosa de los pedazos de abuelos que tiene mi hijo —le dije mientras la abrazaba.

—Anda, no me seas zalamera, dile a tu madre que ya la llamaré un día de estos para nuestro café.

—Así lo haré.

Mi madre y Adela eran muy buenas amigas. Jamás se metieron en nuestra relación, ni aun cuando me separé de Daniel, y estuvieron ahí sin decir nada, gesto que era admirable.

Iba para casa contenta a pesar de que el desayuno con Daniel no fue todo lo bien que yo esperaba, pero bueno, eso ahora era lo de menos; ya le callaríamos la boca cuando chillara.

Llegué a casa para sentarme con mi abuela, ya que teníamos muchas cosas que preparar, además de lo que debíamos llevarnos y lo que compraríamos

allí. Abrí la puerta y escuché a mi hijo reírse; al asomarme al salón, me quedé con la boca abierta.

—¿Qué está pasando aquí? —dije mirando a mi madre.

—*Ma, pa, ta aquí* —me dijo mi hijo echándome los brazos.

—Ya lo veo, hijo. ¿Puedes llevarte al niño a su cuarto, mamá?

—Mejor nos lo llevamos a comprar el pan —dijo mi abuela.

—Madre, pero si…

—He dicho que nos vamos a comprar el pan, Isabel.

—Gracias, abuela.

Solo esperé a que la puerta se cerrara.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—He venido a ver a mi hijo, ¿acaso no puedo?

—No, no puedes, y menos en casa de mis padres.

—No te lo vas a llevar, Claudia. No me he metido en nada, pero en esto sí que lo voy a hacer.

—Mira, Daniel, vengo de hablar con tu madre.

—Mi madre no pinta nada aquí.

—¿Que no pinta nada aquí? Mira, son tus padres quienes se ocupan del niño, son tus padres los que me dan la manutención, cosa que no deberían hacer.

—Lo hacen porque quieren, yo no se lo he pedido.

—Lo hacen porque tienes la poca vergüenza de gastarte el dinero de tu hijo con mujeres.

—Claudia, no me toques las narices. —Se acercó a mí hasta llegar a mi altura—. He dicho que no te llevas al niño y no lo harás a no ser que… —Me acarició el brazo con los dedos—. A no ser que cenes esta noche conmigo y pasemos la noche juntos.

—Antes muerta. Sal de aquí ahora mismo, que tú y yo no tenemos nada más que hablar. —Lo llevé a empujones hasta la puerta.

—Esto no va a quedar así, Claudia, te lo advierto.

—A tomar el aire, majo —le dije cerrando la puerta de un portazo.

Sentí cómo me temblaban las manos después de cerrar la puerta, pero no era miedo. Era rabia contenida. Durante demasiado tiempo había permitido que me hablara como si yo fuera la culpable de su vacío. Aquello se había terminado. Si pensaba que podía negociar a su hijo a cambio de una noche conmigo, no me conocía en absoluto.

Fui hacia la cocina a hacerme una tila porque juro que me había sacado de mis casillas, cosa que no solía pasarme así como así, porque el día que repartieron la paciencia creo que yo me quedé con casi toda.

Cogí un cuaderno y un bolígrafo de una de las estanterías y me senté a tomármela mientras iba apuntando lo que tenía que llevarme al menos para la primera semana.

Mientras escribía, me di cuenta de que aquella lista no era solo de cosas materiales. Era el inventario de una nueva etapa. Cada prenda doblada, cada juguete guardado, cada documento preparado era una decisión firme. No estaba improvisando. Estaba construyendo.

Cuando ya estaba casi acabando, sentí la puerta de la calle.

—Mamá, Hugo *ta* aquí. —Entró mi hijo gritando.

—Ya veo que Hugo está aquí, y yo también estoy aquí —le dije haciéndole cosquillas.

—¿Qué ha pasado, hija? —me preguntó mi abuela.

—Nada, ya te contaré, es que ahora quiere ser el padre del año.

—Hija, lleva razón, no te lo tienes que llevar.

—Mira, mamá, no me toques tú también las narices, ¿desde cuándo estás de su parte? ¿Ya no te acuerdas de lo que me hizo pasar? Todo lo que tienes es que me voy al pueblo con tu madre, y en vez de alegrarte de que alguien se quiera ir con ella a su casa, te pones como una energúmena.

—Hija, pero es que esa manía que le ha dado después de tantos años no la entiendo. Podemos seguir como hasta ahora e ir de vez en cuando y durante los veranos.

—Hija —dijo mi abuela—, quiero irme al pueblo y lo voy a hacer, te guste o no, ya que tengo la necesidad de estar en mi casa.

—Tranquila, abu, que nos vamos a ir.

Y no lo dije como una amenaza ni como una rabieta. Lo dije como una certeza. Por primera vez no estaba reaccionando a lo que otros querían para mí. Estaba actuando en función de lo que yo necesitaba.

—Claro que nos vamos. Ya le he dicho a mi amiga Lola que mande a sus nietas a limpiar la casa.

—Ole tú, abuela, y yo pensando que me ibas a tener todo el fin de semana limpiando.

Los días fueron pasando y llegó el más esperado, ya que por fin nos íbamos. No sé quién tenía más ganas, si mi abuela o yo. Mi madre seguía con la cara de estreñida y yo no podía entender cómo no se alegraba de vernos felices. En fin, ya se le pasaría y, si no, pues nada, que siguiera así. Mi padre era el único que me apoyaba y el que siempre lo hizo.

—Laura, ¿te cabe algo más en el coche? —pregunté a mi hermana con una caja de juguetes del niño.

—Sí, la pongo detrás de mí en el suelo, pero ya ni una más, que madre mía qué de cachivaches llevas, hija de mi alma.

—Cuando tengas hijos ya me lo dirás, guapa.

—Mamá, venga, que nos vamos, ¿todavía estás sin arreglar?

—He pensado que no voy a ir.

—Mujer, ¿cómo le vas a hacer ese feo a tu madre y a tu hija? Venga, arréglate.

—Déjala, Federico, si no quiere venir, que se quede aquí. Venga, vámonos ya.

—Cinco minutos. —Escuché a mi madre de fondo.

—Ya sabía yo que venía —dijo mi padre.

—Y yo, en el momento que no se le hace caso. —Saltó mi abuela.

—Vamos, vamos al pueblo. —Iba cantando, mi hijo.

Entre risas y gritos nos fuimos cada uno a su coche. Mi abuela iría en el de mis padres, así yo tendría más sitio para las cosas. Mis padres y mi hermana, cada uno con el suyo; la abuela decía que ella se acoplaba con mi hermana, que era la que más corría.

Salir un viernes por la mañana había que pensárselo; para mí era el día que más camiones había en la carretera y no es que me molestasen, pero me daba mucho respeto adelantarlos.

Hugo se quedó dormido apenas salimos de la ciudad. Me vino hasta bien porque así haría el camino del tirón. Puse música bajita y me dirigí hacia mi nueva vida.

Miré por el retrovisor una última vez antes de incorporarme a la carretera. No para comprobar si alguien me seguía, sino para asegurarme de que no me estaba dejando a mí misma atrás. Y no. Esta vez no me estaba perdiendo. Esta vez estaba eligiendo.

A la media hora de ir en carretera, vi que mi padre y mi hermana se paraban en una gasolinera.

—¿Por qué hemos parado? —pregunté a mi padre.

—Tu madre, hija, que dice que no puede aguantar las ganas de mear.

—Vale, yo me adelanto, que no quiero que se despierte el niño.

—Eso, tú no te esperes. Tú siempre por delante de los demás.

—Papá, me voy porque al final la lío. —Vi cómo mi madre iba refunfuñando hacia el baño.

Me sacaba de mis casillas, siempre protestando y haciéndose la víctima. La quería mucho, pero de verdad que había veces que me preguntaba si de verdad era mi madre biológica.

Capítulo 4



Claudia

Por fin llegamos al pueblo; bueno, llegué, porque los demás se quedaron atrás.

No sabía si estaba llegando a un lugar o alejándome definitivamente de otro. El pueblo siempre había sido refugio de veranos, risas y libertad infantil. Esta vez era algo distinto. Esta vez era mi punto de partida.

Tenía muchas ganas, ya que me traía muchos recuerdos de mi infancia. Seguí hacia el centro del pueblo, que era donde mi abuela tenía la vivienda.

La casa estaba cerca de la plaza mayor y me gustaba esa calle porque solo había tres casas y era sin salida; eso sí, con una poquita cuesta, pero con la tranquilidad de que ahí solo entraban los coches de los propietarios.

Según iba avanzando, los recuerdos de mi niñez venían a mi mente y recordaba cuando mi hermana y yo jugábamos con los niños en la calle.

Al fin divisé la casa. Entré en la calle, me dirigí hacia ella y me bajé del coche para abrir la cochera. No sabía si aún vivía enfrente la cotilla número uno, porque no me apetecía que estuviera pendiente de lo que bajaba del coche y de lo que no.

Cuando ya estaba sacando la última bolsa, llegaron los demás, y Hugo aún seguía durmiendo.

—Anda, que te has esperado —me soltó mi madre—. Vamos, ni que estuviera la casa en llamas.

—Por si acaso. Mira, mamá, si vas a tener esa actitud, ya te puedes volver a tu casa —le dije ya más que cabreada.

—Isabel, no sé qué es lo que tienes, pero vale ya.

La dejé allí fuera y volví al coche a despertar a Hugo.

—Hugo, mi amor, despierta, que ya hemos llegado.

Me miró con esa carita sonriente, como preguntándose: «¿Me he dormido?» Una de las cosas buenas que tenía mi niño es que, a no ser que estuviera malito, siempre te regalaba una sonrisa nada más despertar.

La casa olía a limpio. Las nietas de la amiga de mi abuela habían hecho un buen trabajo. Era la típica casa de pueblo que, al entrar, tenía un recibidor chiquitito con un banco de madera que escondía un zapatero. En esa misma pared había un perchero también de madera hecho por mi abuelo.

El recibidor daba paso a un gran salón con su chimenea de leña, una ventana grande que daba a la calle y unas puertas francesas que daban a la parte de atrás.

Los muebles eran todos de madera y contaba con dos sofás, uno de tres plazas y otro de dos, con una mesa auxiliar en medio. Al lado de la ventana había otra mesa rectangular y, a continuación, una puerta que daba al aseo y otra a la cocina, además de la que bajaba al sótano.

La cocina tenía muebles de obra con puertas de madera oscura que resaltaban sobre los azulejos blancos. Contaba con dos cocinas, una de leña y la otra de gas, como si la casa se negara a renunciar del todo a lo antiguo. También había una mesa redonda con cuatro sillas, el lugar perfecto para desayunos largos y conversaciones sin prisas, y unas puertas francesas que daban al exterior, por donde entraba la luz casi todo el día.

En la planta de arriba había cinco dormitorios, siendo el principal el que contaba con baño propio, mientras que el resto compartía el que había en el

pasillo. Las habitaciones eran amplias, con suelos de madera que crujían ligeramente al pisarlos y ventanas que dejaban pasar el aire limpio del pueblo. Me encantaba la casa y siempre soñaba con que un día fuera mía, aunque de momento también era de mi hermana. Mi abuela hacía mucho tiempo que le dijo a mi madre que la herencia era para sus nietas, ya que ella ya lo tenía todo y solo quería que la casa siguiera en la familia.

—Me encanta —dijo mi hermana—. Cuántos recuerdos. Oye, abuelita, ¿vamos a ver a tu vecino el *buenorro*?

—Me he perdido algo y quiero que me lo digáis ya.

—¿Tú no sabías que mamá y su vecino se gustaban cuando eran jóvenes?

—Niña, no seas impertinente —dijo mi madre más cabreada que un mico.

—Pero déjala, que no ha dicho nada malo. Pues eso que a vuestra madre…

—Mamá, cállate, haz el favor.

—No, no, suegra, habla, que esto me interesa. —Soltamos una carcajada.

—No me puedo creer que tengamos esta conversación con todo lo que tenemos que hacer —nos dijo mi madre.

—Yo tampoco, pero ya vamos a terminarla —le dije muerta de la risa.

—Pues que a tu madre… Yerno, tú no te enfades, que esto pasó hace mil años.

—Jo, abuela, dilo ya —dijo mi hermana agarrándose a su brazo.

—Pues que a vuestra madre le gustaba el hijo de Julián, Ezequiel.

—Mamá, eres una lengua floja.

—Isabel, no sé por qué te pones así, ¿acaso piensas que me voy a enfadar? —le dijo mi padre—. Yo, antes de conocerte a ti, también tuve mis amoríos —le dijo dándole un beso en la frente.

—No me extraña, papá, si es que estás *to' bueno*.

—Laura.

—Mamá.

—Bueno, se acabó ya la cháchara. Venga, todo el mundo a trabajar. Por cierto, abuela, habrá que ir a comprar o no comemos.

—No, hija, las nietas de mi amiga hicieron la compra. Yo le di la lista a Lola y ellas se encargaron de todo.

—Joder, abuela, no sé cómo mi madre no quiere que te vengas al pueblo si vas por delante siempre.

—Laura, no metas más palos en la candela y vamos a deshacer las maletas.

—Claudia, mi dormitorio es para ti y para Hugo, yo cojo otro.

—No, abuela, ese es el tuyo, ya cojo yo otro.

—He dicho que es para ti y no me hagas enfadar.

—Abuela —la llamó mi hermana—, porque no soy envidiosa ni celosa, pero se te ve el plumero que mi hermana es tu favorita.

—Hija, para mí sois las dos iguales, solo que con el niño ella estará más cómoda teniendo el baño al lado.

—Abuela, por favor, que me estoy quedando contigo.

—Anda, tira, si no quieres que te dé con la zapatilla.

Iba escaleras arriba riendo con mi hijo en brazos.

—Tita boba —dijo mi hijo.

—Pero del todo.

Mientras Hugo jugaba con dos coches que llevaba en las manos, me dediqué a guardar toda la ropa nuestra en el armario y en la cómoda. Después puse las cosas del baño, cada una en su sitio. Al salir de colocarlas, escuché voces en la calle y retiré un poco el visillo para asomar medio cuerpo, ya que no quería que me viera nadie.

—Vaya pedazo de coche, la virgen.

—Coche la *vigen* —repitió mi hijo.

—Hugo, no repitas lo que dice mamá mientras no te lo diga.

—No *epita*.

Resoplando, seguí mirando por la ventana. Ya se me había escapado quién era el dueño o la dueña del coche. La casa de Ezequiel estaba abierta; seguramente sería de algún familiar. Justo cuando me iba a meter para dentro, vi a mi abuela acercarse a la puerta.

—Ezequiel, sal a saludar a una vieja amiga, so mamón.

—¡Mamá! —Escuché a mi madre reprenderle—. ¿No te da vergüenza a tu edad?

—Desde luego, hija, eres de un soso increíble; menos mal que a mí no te pareces ni en lo blanco de los ojos.

Ya no pude más y me tuve que reír. Los golpes que tenía esa mujer sacaban la risa hasta a un muerto.

No sabía exactamente qué esperaba encontrarme, pero algo en el tono de mi abuela y en el revuelo de la calle me hizo acelerar el paso. El pueblo tenía esa cualidad: cualquier cosa se convertía en espectáculo en cuestión de segundos.

—Hugo, ven, que hay movida abajo.

—Movida, Hugo.

—Ay, hijo, anda, que no me queda nada contigo.

Bajé las escaleras y me encontré a mi hermana riendo, mi padre un tanto más de lo mismo, y yo no quería hacerlo para poder regañarlos.

—¿No os da vergüenza reíros así de la pobre Isabel?

—Ay, Claudia, te juro que me he meado en las bragas cuando he escuchado lo de mamón.

—Hija, es que lo de tu madre no tiene remedio, vamos, que ha soltado el cuchillo y ha salido corriendo.

Ya no pude aguantar más y me eché a reír con ellos. Menos mal que mi madre estaba fuera, toda sofocada con mi abuela. Si llega a estar enfrente de nosotros, nos cruje vivos.

—Calla, vamos a seguir escuchando —me dijo mi hermana.

Miramos por la ventana del salón y vimos salir a un hombre mayor.

—Pero bueno, si está aquí la más mamona de la plaza. —Mi hermana se tiró muerta de la risa al sofá al ver cómo mi madre pegó un grito y se llevó las manos a la cabeza.

—Te juro que no puedo, Claudia. Papá, este verano nos quedaremos aquí.

—Ja, ja, ja, si no fuera por el crucero, ya te digo yo que nos quedaríamos.

—Papá, ¿con Julián de por medio? —le pregunté a mi padre.

—Hija, no creo que tu madre, sabiendo cómo es, me la juegue.

—Bueno, por eso no, papá —le dijo Laura—. Mira el gilipollas de Daniel.

—*Polla aniel* —soltó mi hijo.

—Laura, esa boca, ¿todavía no te has enterado de que lo repite todo?

—Perdón, Hugo, así no se dice, se dice la «olla de garbanzos».

—No, tita.

—Qué cruz me espera.

—Disimular, que viene mamá. Hugo, ven con la tita. —Lo cogió y se echó a reír.

—Vamos, vamos, lo que tiene que oír una. ¡Qué vergüenza, con la edad que tienen los viejos!

—¿Qué te pasa, mamá? —le pregunté aguantando la risa.

—Federico, ni se te ocurra sacar la ropa, que nos vamos hoy mismo.

—¿Pero qué es lo que ha pasado? —preguntó mi padre haciéndose el tonto.

—¿No habéis oído? —Negamos con la cabeza—. Mi madre y el vecino hablando como si tuvieran quince años. Que si mamón, que sí la más mamona de la plaza… qué vergüenza.

—Déjala, mujer, ellos saben perfectamente cómo se tienen que hablar.

—Dios, Claudia, mira qué pedazo de tío hay en la puerta de la casa de Ezequiel.

Me asomé disimuladamente y me quedé con la boca abierta.

No era el vecino. No era ningún jubilado del pueblo. No era nadie que encajara con la imagen tranquila que tenía grabada en la memoria.

Era alto. Demasiado alto para pasar desapercibido en una calle donde todos se conocían. Camisa remangada hasta los antebrazos, vaqueros ajustados y una forma de moverse que no tenía nada que ver con el ritmo pausado de aquel lugar.

Y entonces levantó la vista.

Y me vio.

No apartó la mirada. Ni yo tampoco.

Sentí algo incómodo. No desagradable. Incómoda porque no estaba preparada. Porque acababa de llegar, porque mi vida estaba patas arriba y lo último que necesitaba era que alguien me mirara así.

El pueblo no había cambiado.

Pero algo sí.

Y estaba justo enfrente de la casa de Ezequiel.

Capítulo 5



Mauro

No me podía creer que estuviera en el pueblo. No recordaba los años que hacía que no lo pisaba, pero, si he de ser franco, muchos. Mi trabajo me absorbía demasiado, ya que soy dueño de un concesionario de coches de lujo de kilómetro cero; tengo sucursales por varios países como Alemania y Francia.

En cada uno de ellos tenía a gente de mi total confianza, bueno, a mis dos mejores amigos, Roland y Pierre. Roland era un año mayor que yo, pero era el más inmaduro de los tres; era rubio, con ojos azules, y medía, como yo, un metro noventa. Después estaba Pierre, el menor de los tres, moreno, con ojos negros y un pelín más bajo que nosotros.

Nos conocimos un verano en Mallorca, cuando aún veraneaba con mis padres. Desde entonces nos veíamos todos los años en la isla hasta que pudimos comenzar a hacerlo solos.

Vivía en Madrid no porque me gustara, sino por el negocio; había días que el tráfico me desesperaba, sobre todo a la hora punta. Llevaba años sin cogerme unas buenas vacaciones y ya era hora de poder descansar en general.

Hacía un año que había roto con Verónica, después de ocho años. Me había cansado de sus caprichos, de sus salidas con las amigas; no era por las salidas con ellas, era por el comportamiento que tenía con los hombres.

Siempre me llegaban rumores, rumores que yo no quería creer, hasta que, un día, me mandaron un vídeo de Verónica en una cama con dos hombres. No le di opción a nada; recogí toda su ropa en dos maletas y se las puse en el rellano. Cuando llegó a casa lloró, chilló, me insultó, pero ni por esas le abrí la puerta.

Decidí venirme al pueblo. Después de un año de aquello, aún seguía insistiendo y yo necesitaba desconectar de todo, pero sobre todo de ella. Había dejado a Nicolás al cargo del concesionario, dejándole claro que no sabía dónde estaba para nadie.

No era solo descanso. Era silencio. Necesitaba un lugar donde nadie me conociera como «el del concesionario» ni como «el que dejó a su novia después de un escándalo». Aquí volvía a ser simplemente Mauro, el nieto de Ezequiel. Y eso, aunque no lo reconociera en voz alta, me hacía falta.

Y aquí estaba, entrando en la calle de mi abuelo, escuchando cómo se reía con una mujer mayor como él.

—Muy buenas, abuelo, te veo muy bien acompañado, ¿no me vas a presentar a tu amiga?

—Uy, hijo, yo soy muy vieja ya, pero ahí dentro, mirando por el visillo, tengo a dos nietas que se estarán peleando por ti.

Levanté la vista hacia la ventana instintivamente. No vi más que el movimiento leve de una cortina, pero sentí esa sensación incómoda de estar siendo observado. El pueblo nunca cambiaba: todos sabían antes que tú que habías llegado.

—¡Abuelaaaaa! —Escuché gritar por la ventana.

—¿Qué te dije? Después dicen que las de mi época somos unas cotillas. —Esa mujer hizo que soltara una carcajada.

—No se preocupe, que eso va pasando de generación en generación.

—Tú serás el maestro, seguro. —Volví a escuchar una voz, pero diferente a la de antes.

—Hijo, ¿no te acuerdas de Agustina? —me dijo mi abuelo.

—¿Qué se va a acordar? Ni que tuviera una memoria de elefante. Bueno, me voy a comer, pasaos después a tomar café y os presento a mis nietas cotillas —dijo riendo—. Por cierto, Ezequiel, ¿qué ha sido de la perra de Faustina?

—¡Mamá, por Dios! —Escuché otra voz.

—No tardará mucho en venir con su nieta.

—Tengo ganas de verla. Bueno, me voy, que tendréis mucho de lo que hablar —se giró para marcharse, pero antes añadió—. No me falléis para tomar café.

—Tranquila, señora Agustina, ahí estaremos.

—Hijo, dime solo Agustina, que lo de señora no me gusta.

Asentí con la cabeza mientras comenzaba a andar y se metía en su casa. No escuchaba lo que hablaban, pero sí que se oía perfectamente cómo alguien la reñía y los demás reían.

—Una familia muy peculiar y creo que no me voy a aburrir este verano —le dije a mi abuelo.

—Es una familia muy agradable. Sus nietas son guapísimas, ya las conocerás.

—Abuelo, mira que te conozco, no me hagas de casamentero, que no tengo ganas de mujer.

No después de lo que había pasado. No después de haber aprendido que confiar demasiado tiene un precio. Las historias bonitas están bien en las películas; en la vida real, uno aprende a mantener las distancias.

Nos íbamos a meter dentro de la casa cuando aparecieron mis padres con mi hermano Gonzalo.

—Ya no me acordaba de la gran cuesta —dijo mi hermano—. Abuelo, no sé cómo tienes esa agilidad para subirla y bajarla.

—Ay, nieto, son muchos años ya y alguno más que me queda —le dijo dándole un abrazo.

—Hola, suegro —le saludó mi madre—. Te veo muy bien.

—Hola, hija, tú sí que estás muy bien. Parece que no pasan los años por ti.

—Julián, a ver si aprendes de tu padre.

Mi padre no dijo nada; me di cuenta de que miraba mucho hacia la casa de Agustina. Se quedó un rato observando. Miré hacia la ventana y vi cómo se movían los visillos y se escuchaban las risas.

Había vida ahí dentro. Risas reales, no forzadas. Una familia ruidosa, desordenada, viva. Todo lo contrario a la calma fría en la que yo llevaba meses instalado.

—¿Qué os parece si nos metemos para dentro y comemos? —nos dijo mi abuelo—. Que yo ya tengo hambre.

Cada uno tenía su dormitorio, ya que hacía muchos años que mi abuelo se hizo uno en la planta de abajo, cogiendo un trozo de jardín. Él decía que no le hacía falta uno tan grande.

También hizo la cocina más pequeña para poder tener un cuarto de baño completo en la planta de abajo. En la planta de arriba había cuatro dormitorios, siendo el principal en el que mis padres se quedaban. Mi hermano y yo lo hacíamos en el mismo de siempre.

Solté mi maleta; ya guardaría después mis cosas, pero ahora iríamos a comer porque a mí me pasaba como a mi abuelo y tenía hambre, aparte de que estaba deseando que llegara la hora del café, ya que presentía que iba a ser una velada muy interesante.

No sabía muy bien por qué me interesaba tanto ese café. Tal vez por la energía que había en esa casa de enfrente. Tal vez por el tono con el que

Agustina había hablado de sus nietas. O tal vez porque llevaba demasiado tiempo sin que algo me despertara curiosidad.

Mi abuelo nos tenía preparadas unas patatas con costillas. La verdad es que no me apetecían mucho con el calor que hacía, pero jamás se me ocurriría llevarle la contraria cuando lo había hecho con todo el cariño del mundo.

Nos sentamos todos alrededor de la olla y mi abuelo iba sirviendo a cada uno su plato. Comimos en la cocina como cuando mi abuela vivía. He de decir que las patatas con costilla de mi abuelo estaban buenísimas, al menos para mí, porque mi hermano no opinaba lo mismo.

—Abuelo, vaya bienvenida que me estás dando, sabes que no me gustan las patatas y vas y me las pones.

—Hijo, yo no tengo culpa de que hayas venido el día de las patatas. Después te pones ciego de gazpacho y ya está.

—Madre mía, menos mal que solo me quedo una semana, porque vaya si voy a pasar hambre.

—No te quejes, anda —le dije a mi hermano.

—Julián, ¿sabes dónde vamos a ir a tomar café? —habló mi abuelo soltando la cuchara.

—Pues me imagino que en el jardín, como siempre.

—No, Agustina nos ha invitado a tomar café en su casa.

—¿Está aquí Agustina, papá?

—Sí, hijo, ha venido con toda la familia, pero creo que ella y su nieta la mayor se quedan aquí para siempre.

—Papá, ¿tú conoces a su familia?

—Sí, hijo. Su hija y yo fuimos muy buenos amigos.

—Bueno, yo creo que fueron algo más que amigos —soltó mi abuelo.

—Papá, mira que te gusta meter mierda.

—¿Es eso cierto, Julián? —preguntó mi madre en un tono más bien de enfado.

—Ana, mujer, te estoy diciendo que eso pasó hace ya muchos años.

—Nunca me habías contado nada.

—No le di la mayor importancia, ¿acaso tú me has contado algo de tus novios? —le preguntó mi padre.

—No, ni lo haré. Esa fue mi vida y solo yo la sé.

Mi madre se levantó de la mesa. No me gustó el tono en que le habló a mi padre, pero eso eran cosas de ellos y yo no pensaba meterme por medio.

—Conmigo no contéis para ese café. Me voy a echar la siesta. Ah, y la cocina la recogéis vosotros.

No sé qué mosca le habrá picado a mi madre, ya que no es que fuese la alegría de la huerta y nunca lo había sido, como tampoco fue una madre cariñosa. Pasamos más tiempo con su madre que con ella.

—Papá, ¿hay algo que debamos saber? —le pregunté.

—Bueno, pues no lo sé, la verdad. Últimamente está muy rara. Las cosas no van muy bien entre nosotros, tanto es así que no quería venir.

—Bueno, ya se le pasará. Igual es el cansancio del viaje.

—No, nada de eso. Siempre ha dejado el móvil a la vista y en cualquier sitio, y desde hace casi un año se lo lleva hasta cuando se va a duchar.

—Papá, ¿sabes lo que es eso? —le preguntó Gonzalo.

—Gonzalo, no digas eso, es nuestra madre.

—¿Acaso no has vivido tú lo mismo?

—No es lo mismo.

—Hijo, ¿tú qué piensas de todo esto? —preguntó mi abuelo.

—Papá, Gonzalo lleva razón. Hace meses que lo sé, pero no sé cómo dar el paso.

—Papá, no lo demores más; por mucho que sea nuestra madre, no lo está haciendo bien contigo.

—La llevaré una de estas noches a cenar y hablaré con ella.

—Hijo, lo siento mucho —le dijo mi abuelo dándole una palmada en la espalda.

—Venga, vamos a recoger y dormir un rato, que nos esperan para tomar un café y presiento que va a ser más que divertido —mi abuelo soltó una carcajada.

No sabía hasta qué punto tenía razón. A veces los veranos que empiezan como una escapada terminan cambiándolo todo. Y, por primera vez en mucho tiempo, no me importaba que algo me sorprendiera.

Capítulo 6



Claudia

La comida transcurría entre risas y las protestas de mi madre. Jamás había visto así a mi abuela. Era eso del brillo en sus ojos y reírse por cualquier cosa. Siempre fue divertida, pero no con la luz que lo hacía en estos momentos.

Nos habíamos comido una ensalada de pasta, solomillo al *whisky* y gazpacho que nos había dejado preparado Lola, la amiga de la abuela.

—Abuela, nunca te había visto tan feliz como hoy —le comentó mi hermana.

—Eso mismo estaba pensando yo ahora mismo. Cómo se nota que la tierra tira.

—Claudia, qué tierra ni qué ocho cuartos, lo que le tira es el vecino, que desde que ha hablado con él tiene hasta mejor colorcito en la cara. —Reímos.

—Vamos a ver, no quiero volver a hablar del vecino —dijo mi madre—. Y tú, mamá, debería darte vergüenza cómo hablas, y eso de invitarlos a café creo que estaba de más.

—Isabel, que tu madre ya es bastante mayorcita para saber lo que hace —le dijo mi padre.

—Tú te callas, que no tienes vela en este entierro. Es mi madre y yo soy la que le tiene que decir las cosas.

—Creo que te estás pasando, Isabel, solo hice un comentario —dijo mi padre levantándose de la mesa—. No sé qué te pasa, que últimamente estás muy rara. —Salió de la cocina llevándose al niño, cosa que agradecí.

—Mamá, te has pasado un poco, mi padre no se merecía eso —le reproché enfadada.

—¿Te he pedido opinión? —negué con la cabeza—. Pues te callas la boca y más vale que arregles tu matrimonio, que es lo que tienes que hacer.

—Se acabó —dijo mi abuela dando un golpe en la mesa—. Isabel, te he aguantado muchas cosas porque estaba en tu casa, pero eso ya se terminó. Esta es mi casa, invito a café a quien me da la gana, hablo como me da la gana y, si no te gusta, te vas hoy mismo de aquí. Eres igualita que tu puñetero padre. Él ya se encargó de joderme la vida y no voy a permitir que tú hagas lo mismo en lo que me queda.

La voz le temblaba, pero no de debilidad. Era rabia. De esa que no se grita cuando toca y se quedan enquistadas durante años. Nunca la había visto así. Nunca la había escuchado hablar del abuelo con esa dureza. Y, de pronto, entendí que en aquella casa había heridas que nadie había querido abrir.

A cuadros, así nos estábamos quedando mi hermana y yo al escuchar a mi abuela de esta manera. Nunca nos había contado nada del abuelo; de hecho, nunca nos hablaba de él, y nosotras tampoco hacíamos por preguntar.

—Abuela, cálmate, que te va a subir la tensión —le dije al verle la cara, porque me estaba preocupando.

—No, hija, no me calmo. Ya he aguantado muchas cosas de tu madre y eso se terminó. Apuesto a que la carta que le dejó su padre cuando murió le encomendaba que me hiciera la vida imposible.

—¿Eso es así, mamá? —le preguntó Laura—. No creo que hayas sido capaz, porque dejas de ser mi madre en estos momentos.

—Era la última voluntad de mi padre —nos soltó altiva.

—Lo sabía, sabía que eras el mismo demonio. Lo siento por tu marido y por tus hijas, pero te vas ahora mismo de mi casa.

—Te recuerdo que esta también es mi casa —le espetó mi madre.

—No, hija, esta casa es mía porque me la dejó mi padre, y con el dinero que también me dejó la reformamos. Tu padre no puso nada en esta casa, así que es mía y de mis nietas. Ten claro que ya no vas a contar con lo poco que te iba a dejar.

—No puedes hacerlo.

—Ya lo creo que puedo. Y yo, si fuera tú, le contaba a Federico que le estás engañando.

—¿Cómo? —saltamos mi hermana y yo a la vez.

—Ja, ja, ja, qué sabrás tú.

—Más de lo que te imaginas.

—¿Mamá, de qué hablas? —le pregunté muy cabreada.

—A ti no te importa.

No sé cómo no la vio venir, pero mi abuela le soltó una bofetada con la mano bien abierta.

—Te quiero fuera de esta casa, pero antes de irte cuéntale a tu marido que le estás engañando con otra mujer.

Mi madre se quedó blanca como la pared. Mi hermana y yo nos miramos mientras mi padre estaba en el quicio de la puerta con lágrimas en los ojos. A mí se me cayó el alma a los pies.

—Quítate del medio —le dijo de muy malas maneras.

—¿Es eso verdad, Isabel? —preguntó mi padre agarrándola del brazo.

—¿No lo has oído? Pues ya está. Ya te mandaré los papeles del divorcio.

—¿Desde cuándo, Isabel?

—Dos años. ¿Contento?

Dos años. Dos años viviendo en la mentira, compartiendo mesa, viajes, silencios. Miré a mi padre y sentí una mezcla de rabia y pena tan intensa que me ardió el pecho. No era solo una infidelidad. Era una vida paralela.

Mi padre se sentó en el sofá. No podía creer lo que estaba pasando. ¿En qué momento de la risa habíamos pasado al llanto? No sabía qué decirle a mi padre. Mi hermana me miraba para que dijera algo, pero os juro que no podía.

—Federico, siento mucho la que te ha caído encima. No pensaba que mi hija fuese de esta manera; bueno, en realidad sí, pero no en lo referente a engañarte.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No hace mucho. Pensé que eran solo amigas, pero me equivoqué.

—Será mejor que vaya a casa de Ezequiel para decirle que el café se anula.

—Claudia —me llamó mi padre—, no vayas, vamos a tomar ese café.

—Papá, no creo que sea el momento, ya habrá más días para ese café.

—Hija, claro que hay más días, pero ni tu abuela ni los vecinos tienen culpa de nada.

—Abuela, ¿tú qué dices?

—Tu padre tiene razón, hija. Si él dice que está bien, por mí no hay problema.

No lo veía bien. Mi padre no estaba para recibir visitas; no era el momento.

Pero quizá era precisamente el momento. O nos quedábamos encerrados en el desastre o seguíamos adelante como si la vida no pudiera esperar a que nos recompusiéramos. Y, de alguna manera, sentí que sentarnos a ese café era una forma de no dejar que todo se viniera abajo.

Salía de la cocina para ver a Hugo cuando escuchamos voces en la calle.

—¿Qué es ese escándalo? —preguntó mi abuela yendo a la ventana del salón.

—La madre que me parió —soltó mi abuela—. Hay ropa tirada en el suelo y tu madre en medio con ella.

—¿Qué dices, Agustina? —preguntó mi padre.

—Hijo, que está ahí la mujer que está con Isabel.

Mi padre no se asomó a la ventana; salió directamente a la calle. Lo que vimos parecía la escena de una película. Pero no era ficción. Era nuestra madre en mitad de la plaza, con la ropa volando por el aire y medio pueblo asomado a las ventanas. La intimidad hecha trizas delante de todos. El orgullo familiar reducido a murmullos y miradas de reojo.

Había una mujer recogiendo la ropa del suelo, un hombre asomado a la ventana tirando ropa y mis ojos se fueron hacia la puerta de la casa; ahí estaba Ezequiel hablando con esa mujer.

—Pero Ana, hija, ¿qué has hecho? ¿Tanto trabajo costaba hacer las cosas bien?

—Déjala, papá, ahora entiendo muchas cosas —dijo el hombre desde la ventana.

Me sentí observada. Al mirar, me di de bruces con unos ojos que intimidaban, pero no le retiré la mirada. A su lado había otro chico, también muy guapo; estaban serios y no era para menos. Aún no sabíamos exactamente el motivo de lo que estaba sucediendo, pero pronto lo averiguaríamos.

No aparté la vista. No porque quisiera desafiarlo, sino porque en medio de aquel caos necesitaba anclarme a algo que no estuviera roto. Él tampoco desvió la mirada. Fue solo un segundo, pero tuvo el peso de algo que empieza sin permiso.

—Ana, date prisa. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor que mejor —le dijo mi madre.

—¿Mamá? ¿Qué está pasando? ¿De qué conoces a esta mujer?

—Esta mujer es el amor de mi vida, la que me entiende, la que no me juzga.

—La que te va a ser infiel a la primera de cambio —le dijo el hombre de la ventana.

Entre las dos recogieron la ropa del suelo y se largaron. Nadie decía nada. Todo esto me parecía surrealista; un día que empezó con risas y alegría se había convertido en un día triste. Todo esto sin entender muy bien lo que estaba pasando.

—Ezequiel, dentro de quince minutos os espero en mi casa a todos, y no me vayas a decir que no es el momento, que es el idóneo.

Ezequiel soltó una carcajada. No sé cómo alguien podía reírse con todo lo que teníamos encima, pero quizá eran los nervios del momento o porque era así por naturaleza.

No entendía cómo mi hijo no se había despertado con los chillidos y los gritos, pero, por un lado, me alegré de que eso fuese así, ya que no me hubiera gustado que se enterara de todo, aunque no lo entendiera.

Entramos en la cocina y mi abuela se puso a hacer el café de toda la vida; con ella no iban esas pijadas con las que reprochaba el café de cápsulas. Mi hermana iba preparando las tazas mientras yo cortaba un bizcocho.

—¿Estás bien, papá? —le pregunté cuando entró en la cocina.

—Sí, hija. —Lo miré con el ceño fruncido—. Te lo digo en serio, sabía que me engañaba, pero no con quién; pensé que el crucero nos iba a venir bien.

—A ti sí te va a ir bien —le dijo mi hermana—, porque tú sí que vas a ir.

—Es para dos personas, hija. Deberías ir tú con algún amigo.

—De eso nada. Te vas tú y te despejas, que te hace falta.

—Tengo una idea —les dije comiendo un trozo de bizcocho—. Díselo a Julián, al pobre también le va a venir bien.

—Ya los veo en el crucero con un letrero que diga «Estamos aquí para olvidar» —dijo Laura.

—Ja, ja, ja, desde luego, hija, no puedo contigo; menos mal que no habéis salido a tu madre.

—Venga, dejaros de cháchara, que ya están aquí los vecinos —nos dijo mi abuela.

Capítulo 7



Mauro

Estaba descansando en mi cama cuando el caos se desató y escuché las voces de mis padres abajo, en el salón, discutiendo con mi hermano y mi abuelo.

Salí de mi cuarto viendo a mis padres muy enfurecidos.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa aquí? —pregunté bajando las escaleras—. ¿Y tú quién eres?

—Soy la que se va a ir con tu madre, ¿algún problema? —me dijo con la cara muy alta.

—Mamá, ¿de qué está hablando esta mujer?

—Hijo, que me voy con ella.

Salieron a la calle y lo que vi me dejó a cuadros. Toda la ropa de mi madre tirada en la calle. No sé en qué momento mi padre subió a su habitación y empezó a tirarla a la calle.

—Estáis dando un espectáculo deplorable —dijo el abuelo.

Salimos y, al mirar recto, me encontré con las vecinas de enfrente. No pude evitar fijarme en la del pelo castaño; casualmente, ella también me miraba.

No era solo guapa. Era la forma en la que sostenía la mirada, como si no estuviera dispuesta a agachar la cabeza ante nada. En medio del escándalo, del ruido y de la ropa volando, ella estaba firme. Y eso me descolocó más que todo lo demás.

—Ezequiel, dentro de quince minutos os espero en mi casa a todos, y no me vayas a decir que no es el momento, que es el idóneo. —Escuché decir a Agustina, y cómo mi abuelo soltaba una carcajada.

—Abuelo, no te rías, que la cosa es muy seria —le dijo mi hermano.

—Lo siento, hijo, pero esa mujer siempre me volvió loco.

—Abuelo, ¿has tenido algo con ella? —le preguntó mi hermano dejándose caer en el sofá.

—No, hijo, su padre y el mío eran enemigos y no se nos estaba permitido. He querido mucho a vuestra abuela, pero esa mujer fue el amor de mi vida.

—Papá, ¿le fuiste infiel a mamá?

—Hijo, no todos somos como tu mujer, y perdona que te lo diga, pero jamás le fui infiel a tu madre, ya que la respeté siempre.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó mi hermano.

—He visto una morena ahí enfrente y me gustaría conocerla.

Salimos hacia la casa de Agustina. Mi abuelo llevaba una caja de perrunillas, eso que nunca le faltaba en la casa. Cuando llegamos a la puerta, escuchamos a Agustina decir que ya habíamos llegado.

—Buenas tardes, por decir algo —dijo mi abuelo.

—Porque son buenas tardes y ya está todo en su sitio —respondió ella.

Vi al que supuestamente era el marido de la mujer que se había ido con mi madre y que llevaba una maleta.

—Papá, ¿dónde te crees que vas? —le dijo la morena.

—Hija, yo ya no pinto nada aquí.

—Mira, Federico, no me hagas darte las hostias que no le he dado a mi hija. Tú te quedas aquí y que no se te olvide que, para mí, eres más hijo que ella —le ordenó quitándole la maleta—. Ezequiel, siéntate en el salón, que ya vamos para allá.

Se llevó la maleta dejando a ese pobre hombre en el quicio de la puerta.

—Federico —le llamó mi abuelo—, estos son mis nietos, Mauro, Gonzalo y mi hijo Julián.

En ese momento llegaron la abuela y sus nietas con el café.

—No quiero caras de funeral en mi casa, así que ya las estáis cambiando, que sois hombres y no niños. Por cierto, estas son mis nietas Claudia y Laura.

—Mujer, déjalos, que lo que ha pasado cuesta de asimilar —le respondió mi abuelo.

Iba a decir algo cuando escuché a un niño llorar y vi que Claudia se levantaba disculpándose. El abuelo no me había dicho que estaba casada, y menos que tenía un hijo. Empecé a ponerme nervioso; no hacía más que mirar hacia la puerta, esperando que bajara, pero no lo hacía, lo que me llevó a pensar que estaría con su marido. Desde luego, era lo más normal del mundo. Lo que sí me extrañó fue que ese hombre no saliera con los gritos; aunque, claro, estando el niño, seguramente le evitó pasar el mal rato.

—Ya estamos aquí —dijo al entrar con el pequeño en brazos.

—Pero mira qué jovencito tenemos aquí —dijo el abuelo—. Ven, que te voy a dar una galleta.

—Ezequiel, no quiero ser desagradable, pero preferiría que antes se tomara la fruta.

—Tranquila, hija.

—Hola, yo Hugo —me dijo el chiquillo tirándome del pantalón.

—Hola, yo soy Mauro. —Le extendí la mano, la cual cogió.

—¿A qué os dedicáis, chicos? —preguntó Agustina.

—Yo soy empresario, vendo coches.

—Yo soy el dueño de un periódico digital.

—Anda, Laura también es periodista, y Claudia es maestra.

Miraba a Claudia y cada vez me gustaba más. Maestra con un hijo, ¿dónde estaría su marido?

—Claudia, no sabía que eres una mujer casada —le preguntó mi abuelo, que me miró guiñándome un ojo.

—Era, llevo dos años divorciada y sin ganas de volver a querer a un hombre en mi vida. Claro que en eso no entran ni mi hijo ni mi padre.

Lo dijo mirándome a mí, que no le había preguntado nada. No aparté la mirada. Divorciada. Dos años. Sin ganas de querer a un hombre. Aquello sonaba a advertencia, no a conversación. Y, sin embargo, lejos de echarme atrás, despertó mi curiosidad.

—Papá, ¿estás bien? —le pregunté, ya que lo notaba muy pensativo.

—No sé ni cómo estoy. No tengo nada en contra de las relaciones del mismo sexo, pero jamás pensé eso de tu madre.

—Yo digo una cosa —dijo Agustina—, ¿por qué no vais mi yerno y tú de crucero?

—Qué buena idea, abuela —le dijo Laura—. Así os despejáis y quién sabe si lo mismo venís acompañados. —Rio.

—No creo que tengan muchas ganas de ligar, ¿no veis las caras que tienen? —expresó mi abuelo.

—Hasta que se les crucen ese par de mujeres que los están esperando —dijo Laura.

—Hija, no creo ni que vayamos.

—¿Cómo que no? Mira, yerno, te quiero como si fueras mi propio hijo y no me da la gana de que mi hija esté disfrutando y tú estés llorando por las esquinas.

—Pero…

—Ni pero ni nada, vas a coger esos billetes y te vas a ir con Julián al crucero. Vais a disfrutar y dejar de pensar en esas dos locas que lo han hecho como el culo.

—¡Abuela! —le llamó la atención Claudia.

—Déjala, estoy de acuerdo con ella —le dije guiñándole un ojo—. Papá, te digo lo mismo, vais al crucero, que yo le pago a Federico su billete, es más, yo os pago a los dos el crucero.

—El crucero ya está pagado, hijo, no te preocupes, tu padre no tiene que darme nada.

—¿Eso cómo va a ser? Yo tendré que pagar mi parte.

—Yo digo una cosa —dijo mi hermano—, si vais a discutir por los billetes, nos vamos Laura y yo de crucero. —Soltamos una carcajada.

—Al final nos vamos tú y yo, Agustina —dijo mi abuelo, y volvimos a reír.

El café estuvo de lo más ameno y mis ojos, cada vez que podían, iban hacia Claudia. Esa mujer me había llamado mucho la atención. Vi con qué cariño trataba a su hijo, cómo le susurraba cosas al oído y él se reía.

—Hugo, ¿quieres ir más tarde al parque? —Claudia me miró sorprendida.

—Sí, parque, mamá viene.

—Claro, mamá también viene.

No sé por qué se me ocurrió decirle lo del parque, pero me salió así, sin pensarlo. Lo que más me chocó fue cómo me miró Claudia, con una mirada que reflejaba sorpresa y desconfianza al mismo tiempo.

Quizá porque quería una excusa para verla fuera de esa casa. Sin testigos. Sin dramas familiares. Solo ella y yo, aunque fuera detrás de un columpio.

Estuvimos un rato en casa de Agustina. Mi padre y el padre de las chicas se fueron a tomar algo y a hablar. Mi hermano se despidió diciendo que tenía que marcharse a la ciudad, mientras mi abuelo y yo nos fuimos a casa.

—Hijo, ¿esto que ha pasado es muy normal?

—Pues muy normal no es, abuelo. Sí que es cierto que hay algún caso que otro.

—¿Pero estando casadas? —asentí—. ¿Y desde cuándo estarán juntas?

—Eso no lo sé, abuelo, lo que sí sé es que pasa a menudo y que esta vez nos ha tocado a nosotros, pero no te puedes imaginar la de familias que lo viven.

—Válgame el Señor —me dijo santiguándose, y solté una carcajada—. Eso, ríete, pero que pase esto después de todos los años que llevan casadas manda narices.

—Ja, ja, ja, abuelo, no le des más vueltas y échate un rato, anda.

Lo vi irse a su cuarto refunfuñando y me eché un rato en el sofá cerrando los ojos. Mi mente se fue a Claudia, ya que había algo en ella que me llamaba la atención. No era solo su físico. Era esa tristeza contenida que intentaba disimular con firmeza. La reconocí al instante porque yo también llevaba la mía escondida. Tal vez por eso no pude apartarla de mi cabeza.

Y yo tenía que averiguar el porqué.

No por salvarla. No por arreglarla. Solo por entender qué historia había detrás de esos ojos que parecían haber llorado más de lo que mostraban.

Dejé a un lado mis pensamientos sobre Claudia para pensar en todo lo que había sucedido. Mi abuelo, el hombre llevaba razón; después de tantos años casadas y que vinieran con esas… Ojo, no soy homófobo, pero tampoco celebro que hayan callado tanto tiempo haciendo daño a personas que lo han dado todo por ellas.

Mi padre era un poco reservado y eso me preocupaba, ya que él no era una persona de exteriorizar sus sentimientos; todo se lo guardaba para dentro. Solo esperaba que se fuera de crucero, puesto que eso le vendría muy bien, a él y a Federico.

Capítulo 8



Claudia

Después de la visita de nuestros vecinos, me quedé un rato sentada en el sofá mientras Hugo jugaba en el suelo con sus juguetes.

¿En qué momento mi madre había cambiado de acera, como solía decirse? Pero lo que más me chocaba era que, con su carácter tan puritano, hiciera las cosas como las había hecho.

Sí, mi padre se veía mal; Julián no parecía estar mejor, por eso me parecía bien que se fueran de crucero los dos, lo necesitaban y qué mejor ocasión que esa.

También pensé en Mauro, ese hombre con una mirada tan intimidante, pero de las que tampoco me iban a achantar. No sé qué le llevó a decirle a mi hijo lo de ir al parque; quizás fue porque le gustaban los niños o bien por quitarle del medio por si hablaban del tema de mi madre.

Estaba triste, no lo voy a negar. Me dolía mucho que mi madre hubiera actuado de la manera que lo hizo, ya que mi padre no se lo merecía, como me imagino que Julián tampoco.

—Hermanita, quizás me vaya con el vecino a la ciudad —me dijo mi hermana tirándose en el sofá.

—¿Y eso? ¿Te ha llamado tu jefe?

—No, solamente creo que me puede venir bien irme con Gonzalo. Es dueño de una revista digital y está para darle unos cuantos repasos.

—Laura, no lo conoces de nada y has de tener mucho cuidado, ya que no sabes de qué pie cojea.

—Claudia, aunque no lo quieras reconocer, eres igual que mamá.

—Ni me la nombres. Haz lo que quieras, pero después no me hagas decirte que ya te lo dije.

—Niñas, dejad de discutir. —Apareció mi abuela por el salón.

—Esta niña dice que se va con el nieto de tu amigo y le estoy diciendo que tenga cuidado con él, ya que no sabemos cómo es.

—Por eso me voy con él, precisamente para empezar a conocerlo. Claudia, todos los hombres no van a ser malos y ya me toca tener a uno en condiciones.

—Claudia —me llamó mi abuela—, te puedo asegurar que son muy buenas personas, como lo es su abuelo.

—Abuela, si no digo lo contrario, pero no sé… Bueno, ella misma, que haga lo que quiera, pero después que no venga llorando, como le pasa siempre.

—Mamá, Hugo parque.

—Oye, pero mira qué bien se aprende lo que le interesa. Aún es temprano, cariño, y hace mucho calor.

Me quedé mirando a mi hijo pensando en su padre, por todo lo que se había perdido de él y lo poco que lo estaba disfrutando. Nunca le negué que viera al niño; es más, le dejé claro que no solo tenía por qué verlo cuando le tocaba. Y de lo que estoy segura es de que, si no fuera por sus padres, él haría mucho que se hubiera desentendido del todo.

—Hermana, despierta, leches, que estás en la inopia —me dijo Laura dando una palmada—. Mauro te está esperando en la puerta.

Pegué un brinco del sofá atusándome el pelo.

—Mírala cómo ha saltado. Abuela, a esta le gusta el vecino. —Rio.

—No seas tonta, niña, solo que no voy a salir con estos pelos.

—Sí, claro, los pelos… pero te lo compro.

Salí hacia la puerta mientras mi hermana se reía con mi abuela.

—Hola —me dijo con una sonrisa que hizo que se me aflojaran las bragas —. Ya sé que quizás es un poco pronto, pero me gustaría invitaros a tomar un helado antes de ir al parque.

—Yo de *colate*. —Escuché a mi hijo hablar entre mis piernas.

—Hugo, se dice chocolate y aún no he dicho que sí.

—Pero ahora sí lo dirás, ¿verdad? —me preguntó mirando al niño.

—Está bien, voy a peinarme un poco y nos vamos. Hugo, tú también.

Mi hijo iba dando saltitos agarrado de mi mano. Lo peiné, me peiné yo recogiendo el pelo con un moño bajo, me di un poco de colorete en la cara y me eché un poquito de perfume.

—Ya estamos. Cuando quieras, nos vamos.

—Qué rápida eres cuando quieres, hermanita —dijo mi hermana riéndose.

—Tonta eres —le dije dándole en el brazo—. Abuela, nos vamos.

—¿Estás listo para comerte el mejor helado del mundo? —le preguntó a mi hijo.

—Sí, listo. —Se soltó de mi mano para agarrarse a la de él.

El niño iba como si lo conociera de toda la vida. Le hablaba con su media lengua de sus patos, dinosaurios, Mickey y sus coches.

—Hijo, le vas a poner la cabeza como un bombo, cállate un ratito.

—Déjalo, no me molesta para nada, me encanta cómo se explica.

—Eso lo dices ahora. Ya me lo dirás cuando pase media hora.

—No cuentes con ello.

Me gustó esa respuesta, la que no obtuve en ningún momento de su padre. Hay que ver lo que es la vida; los que de verdad se deberían volcar con sus hijos, la mayoría no lo hacen y, sin embargo, gente que no conoces de nada se vuelca con ellos desde el primer momento.

Fuimos caminando un poco hasta la heladería de la plaza mientras mi hijo iba dando saltitos de felicidad.

—Dios, cuánto tiempo hacía que no venía aquí —me dijo Mauro.

—Es lo que pasa cuando llevas mucho tiempo fuera de tus raíces.

—Tienes razón, pero creo que he sabido llegar en el momento adecuado, ¿no crees?

—No sé, eres tú, yo no puedo opinar por ti.

Nos sentamos dentro, ya que fuera aún hacía mucho calor. Hugo estaba nervioso, sobre todo cuando vio que había un pequeño parque de bolas dentro de la heladería.

—Pelota, yo —dijo, queriendo ir a jugar con las bolas.

—Vamos a ver, primero nos comemos el helado y después las bolas —le dije agarrándole la cara para que me mirara cuando le hablaba—. Y si no te portas bien, nos vamos a casa ahora mismo.

—Eres muy dura con él —me dijo mirando la carta.

—No, lo que no quiero es que se salga con la suya, no quiero un niño maleducado del que después tenga que lamentarme.

—Mujer, que tiene dos años y la idea de la heladería ha sido mía. ¿Me dices qué helado quieres?

—Lo mismo que el niño. Y, Mauro, te pediría que por favor no te metieras en la educación de mi hijo.

—Jamás se me ocurriría. —Se levantó a por los helados.

—Hugo, tienes que portarte bien; si no, tendremos que irnos a casa.

—Yo soy bueno.

—Ya lo sé, hijo, perdóname, pero a veces eres muy impaciente —le dije dándole un abrazo.

Mauro regresó con los helados y Hugo rio cuando vio que su helado era igual que el de él, aunque un poco más pequeño.

—Cuando te comas el helado, llamaremos a la chica que hay en el parque para que esté pendiente de ti. Si a mamá le parece bien, claro.

—Claro que sí, pero ha de comerse el helado despacio, que después le duele la barriga.

Mi niño asintió con la cabeza y se comió el helado despacio, como le había pedido. Mauro estuvo muy pendiente de él y eso me gustó mucho, no voy a mentir, pero tampoco me iba a gustar cada persona que se portara bien con él, sobre todo del sexo masculino.

Terminó su helado y me preguntó si podía ir ya con las bolas. Me fui a levantar para llevarlo, pero Mauro se adelantó. Cuando regresara, le pediría disculpas por cómo le había hablado.

—Listo, la chica me ha dicho que disfrutemos de nuestro helado y estemos tranquilos.

—Perdóname, Mauro, yo… no quería hablarte así, lo siento.

—No hay nada que perdonar, te entiendo y me parece muy bien lo que me has dicho, no soy nadie para interponerme entre tú y tu hijo.

—No es eso, de verdad.

—Claudia —me cogió la mano—, no le des importancia a lo que no la tiene, y ahora cuéntame de ti. Me ha dicho mi abuelo que vienes para quedarte.

—Así es, mi abuela quería regresar para instalarse, y yo necesitaba salir de la ciudad y cambiar de lugar de trabajo.

—Me comentó mi abuelo que eres maestra.

—Cierto, de primaria. Hay una maestra que se ha jubilado y yo ocuparé su plaza.

—¿Así sin más? Me refiero a que la has pedido y te la han dado, o…

—Sí —le corté porque sabía lo que iba a decirme—. El director de mi antiguo colegio es mi padre y la directora de este es una antigua compañera de mi padre.

—Bueno, dicen que hay que tener amigos hasta en el infierno.

—Y ángeles también, créeme, aunque me han dicho que en el infierno están todo el día de fiesta. —Soltamos una carcajada.

—Me caes muy bien, Claudia, me gustaría que no fuera solo hoy el día que nos viésemos.

—Será mejor que vayamos a buscar a Hugo para llevarlo al parque.

—¿Te ha incomodado la pregunta?

—No es eso, pero lo podemos ir viendo sobre la marcha.

Fui a la barra para pagar, pero ya lo había hecho él. Le di las gracias y recogí a Hugo para irnos al parque.

Salimos de la heladería y el aire de la tarde seguía siendo cálido, pero ya no quemaba como antes. Hugo iba delante dando saltitos, señalando todo lo que veía como si fuera la primera vez que pisaba aquella plaza.

Yo caminaba al lado de Mauro. No demasiado cerca, pero tampoco lejos.

Demasiado consciente.

—No quería incomodarte —dijo al cabo de unos segundos.

—No lo has hecho.

—Entonces te he asustado.

Lo miré de reojo.

—No soy fácil de asustar.

Sonrió. No esa sonrisa amplia de antes, sino una más contenida. Más interesante.

—Eso ya lo había notado.

Seguimos caminando. El roce accidental de su mano contra la mía fue eso, accidental… pero ninguno la apartó con prisa.

El parque estaba casi vacío. Un par de niños más y una madre sentada en un banco mirando el móvil. Hugo salió disparado hacia el tobogán sin mirar atrás.

Me senté en un banco y Mauro lo hizo a mi lado. Esta vez más cerca.

—¿Siempre eres tan protectora? —preguntó sin mirarme.

—Siempre.

—¿Y siempre tan dura?

—Cuando hace falta.

Se giró hacia mí, apoyando el brazo en el respaldo del banco.

—¿Y ahora hace falta?

Sabía perfectamente que no estaba hablando de Hugo, y eso hizo que notara un pequeño nudo en el estómago. Mantuve la mirada firme, aunque por dentro tuve que recomponerme un segundo antes de contestar.

—No te conozco.

—Eso tiene fácil solución.

—No para mí.

Hubo un silencio. De esos que no son incómodos, pero sí cargados.

—Tu ex te hizo mucho daño —dijo sin tono interrogativo.

No era una pregunta. Era una afirmación.

—No hablo de eso.

—Lo sé.

—Entonces no lo menciones.

No estaba enfadada. Estaba defendiéndome.

Él apoyó los codos en las rodillas, entrelazando las manos.

—No quiero meterme donde no me llaman, Claudia. Solo… —me miró— cuando alguien dice que no quiere volver a querer a un hombre, no lo dice porque sí.

Eso dolió. Porque tenía razón.

—No necesito que me analices.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

—Vale. —Alzó las manos en rendición—. Entonces solo diré una cosa.

Esperé.

—No todos somos iguales.

Solté una pequeña risa sin humor.

—Esa frase está muy gastada.

—Y, aun así, es verdad.

Hugo bajó por el tobogán gritando «¡mamá, mira!» y me levanté automáticamente.

Mauro se levantó también cuando yo lo hice. Al girarme para buscar a Hugo, nuestros hombros se rozaron y esta vez ninguno de los dos hizo el menor esfuerzo por apartarse. Levanté la vista y me encontré con él demasiado cerca, lo suficiente como para notar su respiración mezclándose con la mía. No retrocedió. Tampoco lo hice yo al instante.

—No estoy buscando nada —dije en voz baja, más para convencerme que para advertirle.

—Yo tampoco —respondió sin apartar la mirada.

Su tono era tranquilo, pero había algo debajo que no encajaba del todo con sus palabras, y los dos éramos conscientes de ello.

—Entonces no compliquemos las cosas.

—No lo estoy haciendo.

—Sí lo estás.

Frunció ligeramente el ceño, aunque en sus labios se dibujó una sombra de sonrisa.

—¿Por invitarte a un helado?

—Por mirarme así.

Su expresión cambió apenas, un matiz casi imperceptible, pero suficiente para que el aire entre nosotros se volviera más denso.

—¿Así cómo?

Sostuve su mirada, sin titubear.

—Como si ya supieras algo de mí.

Esta vez no sonrió.

—Solo sé que llevas una armadura demasiado pesada para alguien tan joven.

Aquello me descolocó más de lo que estaba dispuesta a admitir. Sentí que había cruzado una línea invisible, que había tocado algo que yo mantenía cuidadosamente protegido.

—No me conoces.

—Quiero hacerlo.

Detrás de nosotros, el columpio chirrió y la risa de Hugo rompió la tensión durante un segundo, recordándome dónde estábamos y quién era yo antes de cualquier otra cosa. El parque seguía lleno de normalidad: niños corriendo, una madre llamando a gritos, el sol cayendo despacio. Y, sin embargo, en ese banco la atmósfera parecía distinta, como si algo empezara a desplazarse bajo la superficie.

Di un paso atrás, recuperando el espacio que había permitido sin darme cuenta.

—Despacio, Mauro.

Asintió sin dejar de mirarme. Pero de repente soltó:

—Claudia, ¿te apetece que cenemos algo antes de ir a casa?

No había prisa en su gesto, pero sí una determinación serena que me inquietó más que cualquier insistencia.

Capítulo 9



Mauro

Hacía mucho tiempo que no me había sentido tan a gusto con una mujer, y no me refiero a una mujer para pasar el rato, no; me refería a una mujer con la que podía empezar a compartir cosas de mi vida. Claudia me daba confianza; veía la seguridad que tenía y lo claras que tenía las ideas.

Quizás me precipité al invitarlos a un helado, pero no me arrepiento, aunque tuvimos un pequeño percance por causa del niño, cosa que no le tuve en cuenta. Por lo demás, todo fue genial.

Llevamos al niño al parque, donde disfrutó una cosa mala. Se subió en todos los sitios: primero en los columpios, donde me pedía que le empujara más; después en el tobogán, donde estuvo jugando con niños de su edad. Veía cómo su madre le regalaba una sonrisa, a la vez que la salida estaba llegando a su fin, y yo no quería terminarla.

Y aunque ella me estaba pidiendo que fuésemos despacio, que no quería nada conmigo ni con nadie, me sorprendí a mí mismo lanzándole una pregunta que ni siquiera había meditado.

—Claudia, ¿te apetece que cenemos algo antes de ir a casa?

—Mauro, no creo que sea buena idea, mira cómo está Hugo. Solo le falta agua para hacer barro con la tierra que tiene encima.

—Mujer, le podemos sacudir la ropa, pero si no te parece bien, nos vamos.

—Sí, creo que será lo mejor. ¿Qué te parece que lo llevemos a casa y cenemos tú y yo?

—Hugo, ¿me das permiso para llevarme a cenar a tu madre? —le pregunté al niño bajo la atenta mirada de su madre.

—Yo cenar croquetas.

—Ja, ja, ja, hijo, pero te quedas con la abuelita y mamá se va, ¿vale? —le dijo ella dándole un toquecito en la nariz.

—Veo que también le gustan las croquetas.

—Creo que las croquetas le gustan hasta al más delicado, y las de mi abuela están para chuparse los dedos.

—Preferiría chupar otra cosa, la verdad. —Vi cómo se ponía colorada.

—Hugo, nos vamos a casa, despídete de los niños.

No volvimos a hablar, ya que escuchábamos al peque cómo iba cantando o preguntando cosas que le resultaban curiosas, como ver a un hombre en silla de ruedas.

Llegamos a nuestra calle. En la puerta estaban sentados mi abuelo y la abuela de Claudia; se notaba que entre ellos había vuelto la chispa que habían perdido.

—Pero mira quién viene por ahí, lo más bonito del mundo mundial —le dijo Agustina al niño.

—Abela, yo soy el más bonito. —Reímos.

—Ya estamos aquí, Agustina, y quería preguntarle algo.

—Tú dirás, hijo.

—¿Se queda con el niño para que nosotros podamos ir a cenar?

—Eso está hecho, chaval —me dijo mi abuelo—. Yo estaré con ellos hasta que volváis.

—Claudia, ya lo has oído, tienes media hora para arreglarte —le dije y me metí dentro de la casa.

Me fui directamente al baño a darme una ducha. En ese momento pensé en Claudia, en cómo sería tenerla conmigo aquí en esos instantes. Ese pensamiento hizo que tuviera una erección; maldije porque no era el momento adecuado.

Después de ducharme y esperar a que mi erección bajara, comencé a vestirme, decantándome por unos pantalones azul marino, arremangados hasta los tobillos y que eran de lino, como la camisa blanca, a juego con las zapatillas de esparto.

Estaba nervioso, no sabría cómo definir esa salida: si como una cita o simplemente una cena con una amiga. Desde que pasó lo de Verónica no había estado con ninguna mujer, no en el sentido de invitarla a cenar; sí es cierto que me acostaba de vez en cuando con alguna, pero nunca repetía ni cenaba con ellas. No por nada, sino porque no quería complicaciones en mi vida.

Miré el reloj y vi que quedaban cinco minutos de la media hora que le había dado a Claudia para arreglarse.

—Vaya, vaya —dijo mi hermano—. Alguien va a salir. ¿Te la vas a ligar o será solo una conquista más?

—Vamos a cenar, no quiero complicaciones, ya lo sabes.

—Hermanito, ten cuidado, no creo que Claudia sea como las mujeres con las que te acuestas.

—Tranquilo, que sé lo que hago.

Cuando salí al exterior, la vi. Estaba guapísima riendo con algo que le decía mi abuelo. Llevaba un vestido por encima de la rodilla, con escote cuadrado y de tirantes en color azul. Sus pies lucían unas sandalias de tiras blancas con un poco de tacón.

—Pero ¡qué buen mozo hay en la puerta! —me dijo Agustina.

—Lo de mozo creo que ya no me pega, Agustina, pero se agradece.

—Tonterías, venga, llévate a mi nieta y no me la traigas hasta mañana por la mañana. ¿Llevas dinero o te doy?

—¡Abuela! ¿Qué dices? —le recriminó Claudia sonrojada.

—¿Qué voy a decir, hija? Que vivas y disfrutes, que pareces una monja de clausura.

—Nos vamos. —La cogí de la mano y la saqué de allí.

—Gracias —me dijo cuando salimos de la calle—. Perdona a mi abuela, ella es así, no tiene filtro ninguno.

—No te preocupes, no me he tomado a mal nada de lo que ha dicho.

—Eso espero. La abuela es muy buena, pero déjame decirte que no tiene pelos en la lengua.

—Ja, ja, ja, ya me he dado cuenta. Te voy a llevar a un lugar donde se come muy bien.

—Y que tenga terraza, me apetece cenar fuera.

—Sus deseos son órdenes para mí. —Reímos.

Caminando, hablamos de cosas banales y de las ganas que sentí de volver al pueblo.

Llegamos al restaurante, que estaba en la Plaza Mayor, y pedimos una mesa en el exterior, como ella quería.

Le retiré la silla para que se acomodara y yo me senté enfrente, ya que quería mirarla y poder ver cómo se ruborizaba con cualquier comentario.

Vino el camarero a tomarnos nota. Pedí un vino blanco de la tierra mientras mirábamos la carta.

—¿Qué te apetece cenar, carne o pescado?

—Prefiero pescado, porque me veo venir que el chuletón de vaca no me lo voy a comer sola.

—¿Pedimos una de croquetas variadas y un chuletón para compartir?

—Me parece una idea buenísima.

Mientras esperábamos lo que habíamos pedido, nos pusieron unas tostas de aguacate y salmón ahumado.

—¿Puedo preguntarte por el padre de Hugo?

—Como poder, puedes. Lo que pasa es que a mí no me apetece hablar de esa persona.

—Lo siento.

—No te disculpes, a veces puedo ser muy cortante.

—No, tranquila.

En ese momento vino el plato de croquetas; cada una traía pinchado un palillo con una banderita que indicaba de qué eran: boletus, paté de lechazo, pulpo a la gallega, queso y jamón.

—Me encanta la presentación. —Me quedé mirándola porque era un plato de croquetas sin más—. No me mires así, jo, me refiero a que sabes de qué es la croqueta que te vas a comer. —Solté una carcajada.

—Visto así, es una buena presentación, sí.

Probamos las croquetas y cuando vi que se llevó un bocado de una de ellas y gimió cerrando los ojos, mi entrepierna despertó. Nunca había agradecido tanto estar sentado como en ese momento.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Te noto un poco tenso. —Noté una leve sonrisa en su cara.

—Muy graciosa, sabes perfectamente por qué. —Soltó una carcajada.

—Perdón, pero es que acabo de tener un orgasmo culinario con esta croqueta.

—Ya me imagino, pero te recuerdo que soy hombre y que no soy de piedra.

Verla reír me daba paz, una paz que hacía tiempo que no tenía, pero que terminó en el momento en que lanzó la pregunta.

—No me has contado nada sobre ti.

—¿Qué quieres saber?

—Bueno, pues ahí va, ¿qué tal el tema mujeres? —Me atraganté con el vino que estaba bebiendo en ese momento—. ¿Por qué me da la sensación de que ese tema es tabú?

—No te has equivocado, pero te diré que las mujeres para mí son ocasionales, no me interesan.

—Vaya, ¿entonces qué haces conmigo?

—Salir a cenar con una amiga, no puedo ofrecer nada más.

—No te he pedido nada más. ¿Qué tan malo fue?

—Digamos que no me lo esperaba, te toca.

—Digamos que tampoco lo esperaba. —Rio.

—¿Es cierto lo que te dijo tu abuela?

—Mi abuela dice muchas cosas.

—Lo de monja de clausura. —Vi cómo tragaba saliva.

—No te lo tomes a mal, pero no quiero nada de los hombres.

—¿Y qué haces conmigo?

—Salir a cenar con un amigo. —Reímos.

Tal vez solo éramos eso, amigos, pero he de reconocer que a mí me gustaría ser algo más. Ese amigo con derecho a roce, ya que eran dos veces que había sufrido una erección por culpa de ella sin tocarla.

Terminamos de cenar entre risas y secretos de nuestra adolescencia. Noté cómo el vino empezaba a hacer efecto en ella; estaba conociendo a otra Claudia, más risueña, más habladora.

—Llévame a bailar, amigo —me dijo cogiéndome la mano.

—Eso está hecho, preciosa. Pago y nos vamos.

Salimos del restaurante y nos dirigimos a un local de copas que había a dos calles de donde estábamos. Seguía agarrada a mi brazo cantando.

Cuando entramos, fuimos directos a la barra para pedirnos dos ginebras con tónica. Se puso a bailar demasiado pegada a mí y eso no era demasiado bueno para ninguno de los dos.

Capítulo 10



Claudia

Hacía cuatro días que había estado con Mauro y desde entonces no nos habíamos vuelto a ver, ya que, por lo visto, tuvo que marcharse a la ciudad, según su abuelo. Mi abuela no hacía nada más que preguntar qué es lo que había pasado, pero yo callaba.

Esa noche se nos fue de las manos y no sé si echarle la culpa al vino, a los cubatas o asumir que fui yo quien perdió el control. Cuando fuimos a tomar las copas, lo provoqué, no voy a negarlo. Estaba sonando una canción de Turizo y me puse a bailar. Cada vez me arrimaba más a él hasta que terminé pegándome por completo, sintiendo con claridad su erección contra mi cuerpo.

Lo miré con una sonrisa y, sin decir nada, me besó. Yo respondí sin reservas. Cuando ese beso terminó, lo llevé hasta el cuarto de baño y allí se desató la locura. Una locura que hizo que me corriera en su boca y que después saliera de allí como si nada hubiera pasado. Me dejó sorprendida porque, aunque había sido intenso, me habría gustado que no se quedara solo en eso.

Cuando salí del baño, en vez de irme hacia él, salí por el otro lado, dejándolo solo en el *pub*. Desde entonces no nos habíamos visto para nada, como tampoco esperaba la que se me venía encima.

—Claudia, vienen tus exsuegros —me dijo mi abuela.

—No los llames así, abuela.

—Como si no lo fueran. También viene Daniel con ellos.

Eso me puso en alerta. ¿Qué demonio quería ese payaso ahora?

—*Abelos* —salió mi hijo corriendo.

—Hola, mi amor —le dijo Adela dándole un abrazo.

—¿A papá no le das un beso?

—Tú no pongas un pie en esta casa.

—Hija, tengo que hablar contigo —me dijo su madre—. Nos tenemos que llevar al niño.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando, Adela?

—Que este mes me pertenece tener al niño por las vacaciones —dijo Daniel.

—Pero si tú no quieres saber nada de él, y la que tienes por mujer menos todavía.

—Te dije que no te lo iba a consentir. Si no me llevo hoy al niño, te denuncio.

—Hazlo, a ver quién sale perdiendo.

—Hija, lo siento mucho, te prometo que te haremos todos los días una videollamada.

—Adela, no me esperaba esto de ti, de verdad te lo digo. Tú sabes que tu hijo no tiene razón.

Mi abuela me agarró del brazo para que no hiciera ninguna tontería cuando me fui hacia Daniel.

—Claudia, ve a prepararle lo que le haga falta al niño —me dijo mi abuela.

—No hace falta que prepares nada —añadió enseguida Daniel—, ya le hemos comprado ropa.

Lo miré incrédula. Quería imponer, pero al mismo tiempo dejar claro que ya lo tenía todo decidido sin contar conmigo.

—Hugo, ven aquí, mi amor. —Lo senté en mi regazo—. Te vas a ir con los abuelitos unos días, ¿vale? Y con papá también.

—No, estoy aquí, mami, papá riñe.

Cuando me dijo eso me quedé muerta; no creo que eso fuera verdad.

—Adela, ¿tienes algo que contarme?

—No, delante de mí te juro que nunca le ha reñido.

—Venga, nos vamos, dile adiós a tu madre.

—Mami. —Empezó a llorar.

—Pronto estarás de vuelta e iremos a comer un helado, ¿vale?

—¿Mauro, helado?

—También, mi vida.

Lo monté en el coche y no me podía creer lo que estaba pasando. Lo peor de todo es que Adela no me había avisado de los planes de su hijo. Me partía el alma verlo marcharse llorando.

Me metí para dentro y lo primero que hice fue llamar a mi abogado.

—Luis, soy Claudia Sánchez.

—Hola, Claudia, ¿cómo te va?

Le conté todo lo que había pasado y la manera en la que había tenido que dejar ir a mi hijo, y lo molesta que estaba, ya que no sabía nada y todo había sido de la noche a la mañana.

—Sabes que no ha hecho nada de lo que no debe. Lo que me choca es que lo haya hecho precisamente ahora, cuando nunca ha querido ejercer de padre.

—Eso es lo que yo digo. Lo que más me duele es que Adela no me avisó de las intenciones de su hijo.

—Bueno, voy a hablar con su abogado a ver qué me cuenta y ya te digo.

—Gracias, Luis, no sabes cómo te lo agradezco.

—No me las des, pero Claudia, una cosita: quédate quieta, que te conozco.

—Lo prometo, pero no tardes.

Colgué el teléfono y me harté de llorar, ya que necesitaba desahogarme. Nunca había estado tanto tiempo lejos de mi hijo. Me quedé dormida; imagino que fue de tanto llorar. Mi padre estaba sentado a los pies de mi cama cuando abrí los ojos.

—¿Qué haces aquí, papá? ¿No se supone que estabas preparando tu viaje?

—Mi viaje puede esperar. Tu abuela me llamó y he venido lo antes posible.

—Ya, pero no deberías haberlo hecho. ¿Cómo estáis tú y Julián?

—Pues la verdad que a mi edad no pensaba tener un compañero de piso, pero todo bien.

Mi padre y Julián decidieron vivir juntos, más que nada porque la casa de Julián era de su mujer y lo puso de patitas en la calle para poder vivir con mi madre.

—Aún no hemos hablado de lo que ha pasado con mamá. Ninguno de nosotros ni la abuela ha dicho nada.

—Hija, ¿qué quieres que hablemos? Ya sabemos que tu madre no lo ha hecho bien, pero yo no pienso dar más vueltas al asunto, como tampoco le voy a perdonar que me haya engañado tanto tiempo. Si me lo hubiera contado, la habría entendido y quién sabe si hubiéramos quedado como amigos.

—¿Tú crees?

—Con su carácter no lo creo, no. —Nos reímos—. Hija, dale una oportunidad a Daniel. No siempre ha sido tan cabrón como lo es ahora.

—No quiero a mi hijo cerca de Andrea, papá.

—Tendrás que aprender a vivir con ello, hija. Tienes de aliada a Adela.

—Después de lo que le he dicho, lo dudo mucho.

—Sea como sea, aprovecha el tiempo. Vete de vacaciones —me quedé sorprendida con lo que me dijo—. No me mires así, ¿desde cuándo no vas de viaje?

—No me hace falta. Estaba bien con mi hijo como estaba.

—He decidido que te vas tú al crucero. Lo he hablado con Julián.

—De eso nada, ese crucero es para vosotros y no se hable más.

Mi padre iba a replicar cuando escuchamos la voz de mi hermana.

—Ya llegó la loca de tu hermana. Anda, lávate esa cara y bajemos.

Mi padre siempre estuvo muy pendiente de nosotras, al contrario que mi madre, que era más despreocupada. Si no hubiera sido por mi abuela… ella siempre se preocupó más de nosotros que la que debería haberlo hecho.

Bajamos y mi hermana no estaba sola; le acompañaba Gonzalo, el hermano de Mauro.

—Hermana, ven aquí —me dijo Laura dándome un abrazo—. Ya me ha contado la abuela. Si llego a estar yo, ese no se lleva al niño.

—No le deis más vueltas, que estoy segura de que con Adela el niño estará muy bien —dijo mi abuela pasándome la mano por la espalda.

—Hermanita, ¿qué se te ha olvidado? Porque no hace ni una semana que te has ido.

—Pues he venido a comentaros que me he despedido.

—¿Cómo? —le dije a esa cabeza hueca—. ¿Estás loca?

—Madre mía, te lo dije, Gonzalo, que cuando escuchara esas palabras pondría el grito en el cielo. A ver, que he hablado con mi jefe y le he dicho que necesito escribir más que recetas de cocina y viajes para la tercera edad.

—Pero, Laura, no puedes irte de un sitio sin encontrar otro antes.

—Qué impaciente eres. Me voy con Gonzalo.

—Seré su jefe, pero le advertí que en el trabajo soy muy serio y no tengo favoritismo por nadie.

—Qué pesado eres, ya me lo has dejado claro.

—Pues apréndetelo bien, que a ti te sienta muy mal que te digan las cosas.

Mi abuela entró con el abuelo de Gonzalo de la mano y riendo.

—Hombre, si ya han llegado los niños —dijo el abuelo.

—¿Sabes algo de mi hermano, abuelo? —me tensé cuando le hizo esa pregunta.

—Sí, está bien. No sabe cuándo podrá volver, ya que se le complicó algo con un modelo nuevo de coche.

Preparamos algo de comer entre la abuela, mi hermana y yo.

—Claudia, ¿no tienes nada que contarme?

—Sí, hija, que casi se lo folla en el cuarto de baño y salió huyendo.

—Abuela, ¿qué dices? —Reímos las tres.

—Eso es lo que me dijiste.

—¿Le contaste a la abuela cómo te lo follaste? Eres mi ídolo, hermana.

—Que os calléis las dos. Y tú, abuela, no digas tonterías.

—Bueno, me dijo que la había dejado satisfecha en el baño y que, para que no lo viesen salir juntos de ahí, salió él primero y luego ella, pero huyendo hasta el día de hoy.

—¿Eso es así, hermana?

—Más o menos. La abuela te ha hecho un buen resumen.

Mi abuela era muy grande y, si veía que te estabas hundiendo en el fango, hacía lo que fuera para sacarte de él a base de hacerte reír.

Capítulo 11



Mauro

No me podía quitar de la cabeza a Claudia, ni a ella ni nada de lo que pasó, como tampoco lo que me hizo al dejarme plantado en el *pub*. Cuando empezó a bailar y a insinuarse, vi que me lo iba a poner difícil; lo que no esperaba era que fuera ella la que me besara y me llevara al baño.

Estaba un poco bebida y, aunque vi que controlaba, no pensaba aprovecharme de eso, pero no me lo puso fácil cuando llevó mi mano a sus partes y no lo pensé. La besé y fui introduciendo dos de mis dedos mientras con el pulgar le apretaba el clítoris. Estaba bien mojada, consiguiendo que mi miembro se pusiera muy duro. La deseaba desde el primer momento en que la vi, pero no quería que fuera en el baño de un bar ni tampoco en las condiciones en las que estaba.

Estaría pensando que no quería saber nada de ella, pero nada más lejos de la realidad. Nicolás me llamó porque uno de los nuevos modelos que nos había llegado estaba dando problemas y habíamos vendido ya un par de ellos.

Después de algunas reuniones con el director de la fábrica, conseguí que se retirara todo lo que hubiera en el mercado para reponer la pieza que estaba mal.

También me llamó Pierre, que quería que volara a París para ver un coche que le había gustado. Me extrañaba que me llamara para eso, puesto que tenía carta libre para comprar y vender; aun así lo haría en unos días.

Decidí volver al pueblo. Tenía que hablar con Claudia, aunque si he de ser sincero, también tenía ganas de ver a ese niño que me había robado el corazón desde el primer momento en que lo vi.

Siempre me han gustado los niños. Siempre dije que tendría al menos tres hijos, pero con Verónica eso no pasó. Cuando entré en casa de mi abuelo no había nadie, aunque tampoco es que hubiera avisado para decir que llegaría.

Dejé mi pequeña maleta en mi habitación antes de darme una ducha. Mientras estaba bajo el agua, me vino a la mente la imagen de Claudia en el baño del bar.

Me tensé cuando noté que mi miembro había despertado. No lo pude evitar y empecé a acariciarlo de la manera que me gustaría que Claudia lo hiciera, bien con su mano o con su boca. Apoyé la otra mano en la pared y disfruté en solitario de un orgasmo que me hubiera gustado que fuese en compañía.

Estaba bajando las escaleras cuando escuché la voz de mi abuelo.

—Vaya, ya estaba a punto de llamar a la policía, abuelo.

—Mauro, hijo, ya estás aquí. —Noté un deje de tristeza en su voz.

—¿Ha pasado algo, abuelo? ¿Mi hermano está bien? ¿Tú estás bien?

—Hijo, respira un poco —me dijo sonriendo—, es Claudia.

—¿Qué le ha pasado a Claudia?

—Su ex se ha llevado a Hugo.

—¿Cómo que se lo ha llevado? No entiendo nada.

—Pues sí que eres torpe, hermanito —dijo Gonzalo apareciendo por el salón—. Es muy sencillo, Daniel amenazó a Claudia con que, si no se llevaba al niño, se lo quitaría, y se lo ha llevado.

—Voy a hablar con ella.

—Yo que tú esperaría, hermano. No eres precisamente la persona que quiere ver en este momento. Recuerda que te fuiste sin decir nada.

—Pero imagino que vosotros se lo habréis dicho.

—Le dijimos que te habías tenido que marchar a la ciudad por trabajo —respondió mi abuelo—. No preguntó más.

Negué con la cabeza.

Claro. Orgullosa.

Fui hacia la cocina para coger una cerveza. Tenía que pensar cómo aparecer por su casa. No era excusa; debería haberla llamado, pero claro, ¿cómo iba a hacerlo si aún no tenía su número de teléfono?

Qué mal hacemos a veces las cosas sin querer, sin tener en cuenta que la otra persona pueda pensar cosas que no son. Esa es otra de las manías que tenemos los seres humanos: juzgar antes de saber, y siempre soltamos eso de «no, yo no juzgo a nadie», pero en el fondo siempre lo hacemos, en mayor o menor medida.

—Hijo, ¿te vienes a comer a casa de las mujeres más guapas del pueblo? —me preguntó mi abuelo.

—No, id vosotros. No creo que sea bien recibido. Ya buscaré algo de comer por aquí.

—En el frigorífico tienes comida —me comentó antes de irse.

Hacía mucho tiempo que no veía a mi abuelo tan feliz, parecía hasta más joven. Siempre respetó a mi abuela, la quiso, no me cabe duda de eso, ya que besaba el suelo por donde ella pisaba, pero nunca le vi la mirada que tenía desde que Agustina había llegado.

—¿Dónde estás, alma de cántaro? —Escuché preguntar a la abuela de Claudia—. ¿Es que hace falta que te invite a comer a mi casa?

—Hola, Agustina —le dije dando un sorbo a la cerveza.

—Qué hola ni nada, haz el favor de levantar tus posaderas del sofá y vamos a comer, que me he dejado a cinco personas esperando en la mesa.

No me quedó otra y me levanté riendo, porque otra cosa no, pero Agustina tenía el don de hacerte reír aunque no tuvieras ganas. Te reñía de una manera que no parecía que lo estuviera haciendo.

Entré en la casa después de la abuela. No sabía cómo iba a saludar a Claudia, porque tampoco sabía cómo me iba a recibir. ¿Le daba un beso? ¿Un simple hola? La verdad es que, como no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar, no sabía cómo hacerlo.

—Hombre, hermano, ¿te has arrepentido?

—No, lo he sacado a rastras —dijo la abuela con las manos en jarras—. Y deja de meter cizaña, que al final al que voy a arrastrar es a ti. —Reímos—. Y ahora todo el mundo a comer.

Saludé al padre de Claudia y a su hermana. Cuando iba a sentarme, vi que Claudia aparecía con una jarra en la mano. Al principio se quedó parada un momento; por su cara no se imaginaba que iba a presentarme allí.

—Hola, Mauro. ¿Cómo estás? —me preguntó, soltando la jarra en la mesa y sentándose enfrente de mí.

—Bien, gracias. ¿Y tú? Ya me han contado por encima lo que ha pasado.

—Me alegro de que alguien esté bien aun sabiendo que hace las cosas mal —me dijo con todo el sarcasmo del mundo.

—Hija, no seas tan grosera —le reprendió su padre.

—No quiero escuchar un reproche más —dijo la abuela enfadada—. Aquí en mi mesa se come y no se discute. Cuando terminemos de comer, el que se quiera matar, que lo haga, pero fuera de la casa.

Claudia se fue a levantar de la mesa, pero su padre le sujetó la mano. Me dieron ganas de irme, y más cuando yo no pensaba venir. Si la abuela no me hubiera ido a buscar, me habría quedado en casa.

Empezamos a comer en silencio; no se escuchaba ni una mosca, la tensión se palpaba en el ambiente.

Cuando terminamos de comer, mi hermano y yo nos levantamos para ayudar a quitar la mesa. Claudia se quedó sentada, estaba ausente y creo que era por lo de su hijo.

Entré en la cocina y vi que la abuela se limpiaba los ojos con un pañuelo.

—Agustina, ¿estás bien? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Ay, hijo, me pasa mi nieta. Nunca la había visto así, como si fuera un robot al que le dices «haz esto» y lo hace.

—No creo que yo pueda ayudarte con ella, creo que también está enfadada conmigo.

—Como para no estarlo, si te fuiste sin decir nada.

—Tuve que salir de madrugada, no tenía el teléfono y he estado muy ocupado.

—Eso es una excusa, porque podías haberlo pedido. Ya puedes hacer lo posible para que te perdone, porque mi nieta te necesita ahora a su lado.

No sabía qué decir; tampoco hacía tanto tiempo que nos habíamos conocido. Sí, nos conocíamos de vernos alguna que otra vez cuando ella era una niña y yo no era mucho más mayor que ella.

—Agustina, no sé si soy la persona adecuada para ello.

—¿Cómo que no? He visto cómo la miras con ese brillo en tus ojos, lo mismo que he visto cómo te mira ella a ti. Hacía mucho tiempo que no la veía mirar a nadie de esa manera.

—Eso es verdad. —Entró en la cocina Laura con mi hermano—. No había vuelto a ver a mi hermana tan entusiasmada ni siquiera cuando conoció al desgraciado de Daniel.

—Hija, que te va a oír —le dijo la abuela.

—Se ha ido a su dormitorio, no creo que tenga el poder de escuchar, pero vamos, que me da igual.

—Laura, quizás es lo que se merezca el tal Daniel —le dije—, pero ahora es cuando os necesita más que nunca. Voy a intentar hablar con ella.

Capítulo 12



Claudia

No me podía creer lo que estaba pasando. Mi hijo con su padre cuando nunca quiso saber de él. Lo veía cuando iba a casa de su madre, y no hablemos de la manutención, que eso es otro cantar, ya que llevaba meses sin dársela. Eran sus padres quienes me daban el dinero a escondidas de él. Tenía que llamar a su madre y pedirle disculpas, pues no se merecía el desprecio con el que le hablé.

Como no tenía bastantes problemas, ahora se sumaba Mauro, aunque este no era el mayor de ellos. Cuando terminamos de comer, pensaba levantarme a ayudar a mi abuela, pero, como vi que entró en la cocina con ella, me quedé sentada.

Le dije a mi hermana que iba a mi cuarto a descansar. Bueno, más bien a llorar, pero, aparte de eso, no tenía ganas de escuchar a nadie hablar y menos de verlo a él, ya que en esos momentos no me apetecía escuchar ninguna explicación. Estaba tumbada en mi cama, de espaldas a la puerta, cuando lo escuché hablar.

—Claudia, ¿puedo pasar? —dijo tocando la puerta—. Necesito hablar contigo.

—Mauro, en este momento de mi vida con el que menos quiero hablar es contigo. Vuélvete por donde has venido.

—Claudia, quiero ayudarte. Déjame entrar, por favor.

Lo llevaba claro si pensaba que me iba a convencer.

Me levanté sin hacer ruido y fui hacia la puerta a echar el pestillo.

—Mauro, no quiero nada que venga de ti y no voy a abrir esta puerta.

—Tuve que irme sin avisar, aunque tengo que recordarte que fuiste tú la que se fue sin despedirse del *pub*.

Será cabrón. Sí me fui por su culpa, aunque, pensándolo bien, él no la había tenido, ya que me fui por lo que había hecho.

—¿Ah, sí? No recuerdo nada de eso. Te lo estás inventando.

Ni yo misma me creía la mierda que le estaba diciendo.

—Haz memoria, chaval. Cuando salí del baño, no estabas.

—Sabes que eso no es verdad. Venga, abre la puerta, que quiero estar a tu lado en estos momentos. Olvídate de lo que pasó entre nosotros; ahora lo que me importáis sois tú y Hugo.

Ahí me ganó un poco.

—Por poco sí lo consigues, pero no cuela. No quiero verte. Déjame en paz.

—Claudia Sánchez Muñoz —escuché decir a mi abuela—, o le abres esa maldita puerta o subo yo y la tiro abajo. Tú decides. Cuento hasta tres.

Ahí no pude contenerme y solté una carcajada. Desde luego que mi abuela era la única capaz de hacerte reír incluso cuando menos ganas tenía.

—¡Claudiaaa! ¡Que sube la abuela! —gritó mi hermana—. Corre, abre la puerta.

La muy jodía se meaba de risa.

—Ya está abierta —dije asomando la cabeza—. Ni se te ocurra entrar.

Me fui para la cama y me puse mirando hacia la pared otra vez. Sentí cómo la cama se hundía a mi espalda y una mano en mi cintura.

—¿Qué coño estás haciendo? Ya puedes dejar las manos quietas.

—No me gusta verte llorar.

—Pues sal por esa puerta y vete a casa de tu abuelo.

—Siento mucho por lo que estás pasando y créeme que haré todo lo posible para ayudarte.

—No necesito tu ayuda.

Me di la vuelta para decírselo y nuestras bocas quedaron tan cerca que casi nos besamos.

—Eres muy cabezota para lo guapa que eres. Siento haberme ido sin decirte nada, pero te prometo que fue un imprevisto.

—No me importa. No somos nada, ni siquiera amigos como para que me moleste eso ahora. Lo que me preocupa es que mi hijo esté bien.

—Eres una mentirosa, pero te entiendo. Lo primero es que tu hijo vuelva otra vez contigo y después ya veremos, pero tienes que serenarte.

—Gracias, Mauro, y perdóname. Me estoy comportando como una adolescente.

No dijo nada. Tan solo me abrazó, acariciándome la cabeza mientras yo soltaba esas lágrimas que necesitaba exteriorizar.

—Me dio miedo —le dije hipando—. No quería que pensaras que era una fresca, aunque, siendo sincera, tampoco estaba preparada. Yo no soy así, Mauro.

—Shhh… Lo sé. Fue el momento, pero te prometo que eso ya está olvidado. Ahora descansa.

Me recosté en su pecho mientras me centraba en los latidos de su corazón y fui cerrando los ojos lentamente.

No sé el tiempo que estuve durmiendo, pero lo único que sí sé es que Mauro no se despegó de mí ni un solo momento. Me quedé un rato sin decir nada, solamente escuchando los latidos de su corazón. No sabía si dormía o estaba despierto, pero me gustaba estar así.

—¿Has descansado? —preguntó cogiéndome de la barbilla para que lo mirase.

—¿Cómo sabías que estaba despierta? No he movido ni un músculo de mi cuerpo.

—Lástima —me dijo, y me tensé—. Lo sé por tu respiración.

—Gracias por quedarte, Mauro.

—Gracias por dejarme, Claudia.

Nos quedamos en silencio. No me apetecía perder el contacto con él. Estaba a gusto, ya que me hacía sentir protegida, segura, y era la primera vez en mucho tiempo que no sentía esa sensación en los brazos de un hombre que no fuera mi padre.

Después de estar un rato en silencio, se incorporó llevándome con él.

—Deberíamos bajar ya. No creo que nadie esté durmiendo a las siete de la tarde.

—¿Tan tarde es ya?

Pegué un salto de la cama.

—Claudia, no se va a acabar el mundo porque te levantes tarde. Necesitabas descansar.

Nos levantamos de la cama. Cuando bajamos, no había nadie. Sobre la mesa de la cocina había una nota de mi hermana que cogí para leerla.

«Hemos ido a bañarnos a la piscina de un amigo del abuelo.
Volveremos para cenar. Laura.»

No nos habían esperado y me habían dejado sola con Mauro. Solo de pensar que estábamos solos, mi corazón no solo se aceleró, también noté cómo mis mejillas se habían enrojecido.

—¿Te parece si nos arreglamos y salimos a tomar algo y cenar? —me preguntó cerca de mi oreja.

—No tengo ganas de nada. Gracias por el ofrecimiento.

—Claudia —me dijo dándome la vuelta y agarrándome la cara—, el que te quedes aquí encerrada no va a cambiar la situación. Sal conmigo y despéjate.

—No, me voy a la ciudad. Tengo que estar cerca de mi hijo.

—No puedes empeorar las cosas —me dijo mirándome a los ojos—. Dúchate y salgamos a que nos dé el aire. No te voy a dejar sola en esto, Claudia, pero no quiero que te hundas. Piensa en Hugo.

Me eché a llorar, ya que no podía con la angustia que sentía, pero Mauro tenía razón. Lo peor que podía hacer era hundirme.

—¿Te recojo en una hora? —me preguntó separándose de mí.

—No quiero quedarme sola.

—No me pongas en este aprieto, por favor —me dijo señalando la erección que tenía, la misma que hizo que me sonrojara.

—No quiero quedarme sola, Mauro. Quédate conmigo.

Vi cómo resoplaba y se echaba el pelo hacia atrás. No le estaba diciendo nada que no fuera verdad, porque deseaba a ese hombre. Aquel día en el bar me quedé con ganas de más.

—Está bien, iré por mi ropa.

—No. —Me miró con la ceja arqueada—. Cojo yo la mía y nos vamos a tu casa. Es más tranquila que la mía. Un día de estos veo a tu abuelo viviendo aquí.

Soltó una carcajada.

Abrí la puerta del armario, saqué un vestido de flores y cogí unas zapatillas blancas. Y, cómo no, mi neceser con mis cremas y mi maquillaje.

—Lista. Pensándolo bien, casi que hubiera sido mejor quedarnos aquí.

—Ja, ja, ja. Anda, vámonos —dijo riendo y cogiéndome de la mano.

No voy a negar que estaba nerviosa. Por un lado quería que pasara lo que teníamos pendiente, pero por otro lado volvíamos a lo mismo.

Entramos en la casa, subimos a su cuarto. Cuando entré, el aroma que había a él me envolvió.

Tenía una cama en la que podían entrar perfectamente seis personas, dos repisas a cada lado, un armario empotrado de pared a pared, unas puertas a la terraza como las de mi habitación y otra puerta que imaginé que era el cuarto de baño.

Me quedé en medio de la habitación mientras notaba cómo me quitaba mis cosas de las manos. Lo dejé hacer, pero no me moví.

—¿Entras sola a darte una ducha o tengo que ayudarte? —me dijo al ver que no me movía del sitio.

—Pensé que tú ibas a ducharte primero.

—También podemos ducharnos juntos, ¿no crees? —me susurró al oído.

—¿Me está proponiendo usted algo?

—Te estoy proponiendo lo mismo que quieres, pero no te atreves a decirlo en voz alta.

Me jodía que ese hombre, al que había visto tan solo dos veces, me conociera tan bien.

—Si me ducho contigo, sé lo que pasará y no creo que sea prudente, aunque lo esté deseando.

—Claudia, si no quisieras, no me habrías pedido que me quedara. Yo también lo estoy deseando desde el primer momento en que te vi.

Capítulo 13



Claudia

Llevaba razón. Lo estaba buscando. Tenía las mismas ganas que él, pero al mismo tiempo tenía miedo, miedo a volver a sufrir.

Me quedé mirándolo. No quería ser yo otra vez la que diera el primer paso y, al mismo tiempo, me moría por besarlo.

—¿Me vas a besar ya? —le pregunté, consiguiendo que soltara una carcajada.

Me cogió por la cintura, acercándome a él.

—Simplemente estaba esperando a que me lo pidieras, muñeca.

—¿Muñeca? —Reímos.

Nos besamos, pero lo hicimos sin prisas. Nuestras lenguas iniciaron un baile lento al principio, pero después vino la urgencia. Tuve que retirarme porque me estaba quedando sin aire.

Me miró con esa mirada que pedía más, a la vez que empezó a quitarme la ropa e iba dejando besos por mi cuerpo. Hasta que no me quitó la blusa, no se dio cuenta de que no llevaba sujetador.

—Te ves preciosa así —me dijo pellizcándome un pezón—, pero mejor te vas a ver cuando te haga disfrutar.

Terminó de desnudarme y me llevó a su cama, dejándome caer en ella despacio mientras se desnudaba. No dejaba de mirarme y eso estaba haciendo que me empezara a poner nerviosa.

—¿Qué pasa, muñeco? ¿No te gusta lo que ves? —le dije riéndome.

—Ja, ja, ja. Al contrario, muñeca, me gusta todo lo que veo.

En ese instante se acabaron las risas para dar paso a las miradas, los besos, las caricias, el deseo. En el momento en que bajó a mi pubis y vio que lo tenía depilado, me miró con una sonrisa.

—Me gusta lo que veo por aquí.

—Pues sigue, que cuando pruebes algo seguro que te gustará más.

No dijo nada. Simplemente me abrió las piernas, se las puso sobre los hombros y empezó a lamer mi clítoris de una manera majestuosa. No podía parar de gemir. No quería parar de gemir. Le costó poco llevarme al primer orgasmo, el cual me dejó laxa.

Levantó la mirada relamiéndose. Ese simple gesto hizo que me estremeciera.

—Tenemos un problema —me dijo besándome—. No tengo preservativo. La verdad es que últimamente no me han hecho falta.

—No te preocupes. Desde que nació Hugo, tomo la píldora.

Después de esas palabras se hundió dentro de mí. Al principio pegué un respingo, ya que hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre. Él lo notó y se quedó parado.

—¿Estás bien?

—Solo que hace mucho que no… y claro, ese pedazo de tamaño…

—Lo siento, iré más despacio.

—Si lo haces, eres hombre muerto.

Enredé mis piernas en su cintura, levantando la cadera para ir a su encuentro. Cuando vio que hacía eso, empezó a penetrarme; cada embestida era más fuerte que la anterior. Mis gritos quedaban amortiguados con sus besos.

Llegó un momento en que no sé cómo lo hizo, pero me vi a cuatro patas. Dios, cómo me gustaba esa postura. Hacía que lo sintiera más aún y, si encima contraía la pelvis para atraparlo dentro de mí, más me excitaba.

—Mauro, más… dame más —le dije mirándolo por encima del hombro.

Salió de mí, dejándome un vacío que no quería sentir. Me cogió y se sentó, poniéndome encima de él, mirándonos a los ojos, hecho que consiguió ponerme a mil por hora. No dejé de mirarlo cuando llegamos los dos a la vez.

Salí de él y se quedó mirándome, porque no se esperaba que lo hiciera en ese momento. Me puse de rodillas, cogiendo su miembro entre mis labios. Lo recorrí desde la base hasta la punta. Noté cómo le daban pequeños espasmos.

—Dios, eres la primera mujer en mi vida que me hace este regalo.

—Me alegro. Era lo justo. Me ha encantado hacértelo.

Se bajó de la cama, cogiéndome en brazos y llevándome al cuarto de baño.

Nos duchamos entre besos y caricias. No repetimos, no por falta de ganas, pero no quería que nos pillaran aunque fuéramos adultos.

Cuando terminamos, él salió para dejarme mi espacio para arreglarme. Me miraba en el espejo. Aún veía mis mejillas sonrojadas. Ese hombre me estaba cambiando a la velocidad del viento.

Terminé de arreglarme y salí a la habitación, encontrando a Mauro sentado en la cama revisando el móvil.

—¿Todo bien? —le pregunté al ver su expresión.

—Estás preciosa, Claudia.

—Gracias, pero no me has contestado.

—No te preocupes, cosas sin importancia. ¿Nos vamos?

—Sí, que no quiero que me vean saliendo de esta casa.

—A mí eso me da igual, Claudia. No me importa que te vean saliendo de aquí.

—No es que me importe, pero ya sabes cómo es mi abuela y las películas que se monta ella sola.

—Tu abuela es una gran mujer.

Me cogió de la mano y salimos a la calle. Pensé que iríamos a la plaza, como hace todo el mundo, pero no. Íbamos en dirección contraria, hacia el coche.

Mauro me abrió la puerta como todo un caballero. Este hombre me gustaba cada vez más, y no quería que fuese un problema añadido a los que ya tenía.

—¿Puedo saber a dónde vamos?

—A Ávila. Vamos a cenar un buen chuletón, de esos que quitan las penas.

—¿Ávila? ¿Estás loco? Se nos hará muy tarde.

—¿Tienes prisa?

—Sabes que no. La única persona por la que podría tener prisa no está conmigo —le dije mirando por la ventana.

—Eh. —Me cogió la mano y me la apretó—. Todo va a ir bien, ya lo verás.

—No pensé que fuera capaz de hacerme esto, la verdad, y menos por parte de su madre.

—Claudia, es su madre. No puedes culparla a ella de las decisiones de su hijo.

—Y yo soy la madre de su nieto y siempre había estado de mi parte.

—No se lo pongas tan difícil. Ponte en sus zapatos por un momento.

Me quedé callada. Quizás tuviera razón, pero eso no quitaba que me hubiera dolido. Ella sabía perfectamente todo lo que me había hecho su hijo.

—¿Volverías con él? —me preguntó sin apartar la vista de la carretera.

—¿Volverías con ella? —Le devolví la pregunta.

—Eso no pasará porque ella sabe perfectamente que no lo haría.

—Pues date por contestado.

Nos quedamos callados por un momento. Me gustaba mirarlo cuando creía que no lo hacía, ver sus facciones, cómo murmuraba por lo bajini cuando pensaba que no lo escuchaba.

El camino se me hizo corto. Había momentos llenos de silencios y otros riendo por cualquier comentario tonto. Mauro era de esos hombres que olían a peligro, de los que llevan esa palabra escrita en la frente.

—¿De qué te ríes? —me dijo aparcando el coche.

—Créeme, no quieres saberlo.

—Ya te digo que sí.

—Como quieras, pero mejor espera a que me haya bebido al menos dos cervezas.

—¿Tardará mucho en hacerte efecto? —Reí.

—No lo sé, tal vez sí o tal vez no.

—Miedo me das, chica de ciudad.

—Habló el pueblerino. —Reímos.

Entramos en el restaurante. Una vez dentro dio su nombre y nos llevaron a una terraza con unas vistas espectaculares a la muralla.

Pedimos una botella de vino tinto. Miré a Mauro con la carta en la mano mientras él me miraba con esa sonrisa que hacía que le salieran esos dos hoyitos cerca de la comisura de la boca.

—No me mires así, Claudia.

—¿Así cómo? Te estoy mirando como todo el mundo lo haría.

—No, me estás mirando como diciendo qué bocado me darías. —Soltamos una carcajada—. Y sabes que me dejaría.

—Qué peligro tienes. De hecho, lo llevas escrito en la frente.

—Ja, ja, ja. ¿En serio me lo dices?

—Cállate, que nos están mirando.

—No me importa. Eres única, te lo juro. Eres la mujer que más me ha hecho reír en tan poco tiempo.

—Claro, tengo el título de payasa —le dije guiñándole un ojo.

No me pudo contestar porque vino la camarera a tomarnos nota. Pedimos unas tostas de queso de cabra con cebolla caramelizada y otras de salmón ahumado.

—¿Compartimos el chuletón? —me dijo mirándome por encima de la carta.

—Claro. Es bueno compartir.

La camarera nos retiró la carta con una sonrisa.

—Me gusta estar en tu compañía, me haces reír —me dijo cogiéndome una mano.

—Vaya, no sé qué decir. Aunque quizá tenga que darte las gracias porque, por un momento, me olvidé de lo que me tiene mal.

—No lo has olvidado. Simplemente lo has dejado aparcado porque, en el fondo, sabes que tu hijo está bien.

Quizá tuviera razón. Sabía que mi hijo iba a estar bien, y más estando con sus abuelos, porque no creía que Daniel se lo llevara a su casa. Eso sería una molestia para la parejita.

—¿Tendrán de postre yemas de Santa Teresa?

—Seguro que sí.

—Pues ya tengo mi postre decidido —le dije guiñándole un ojo.

Capítulo 14



Mauro

Me gustaba ver a Claudia reír. Sabía que lo estaba pasando mal por lo de su ex al haberse llevado al niño. Cuando me vio con el teléfono en la mano, le mentí, diciendo que no era nada importante, cuando la realidad era bien distinta… una pesadilla con nombre de mujer: Verónica.

Llevaba una semana insistiendo en hablar conmigo y, sinceramente, no quería saber nada de ella. No me importaba nada de lo que me pudiera decir. Desde que Claudia se cruzó en mi camino, no tenía ojos para otra mujer que no fuera ella.

No es que quisiera tener una relación seria, no por el momento, pero sí me apetecía conocerla más, pasar más tiempo con ella, disfrutar de su cuerpo.

Mi plan no era solo venir a cenar, sino quedarnos a dormir aquí. Su hermana me había preparado una bolsa con sus cosas y la abuela me dijo que no la dejara salir de la habitación al menos por un mes, lo cual me hizo soltar una carcajada, aunque sinceramente no me importaría a su lado.

Y aquí estaba con ella, riendo, hablando, mirando la cara que ponía cuando no estaba de acuerdo con algo. En el momento de comernos el postre, mi teléfono vibró y me sobresalté. Ella lo notó y yo sabía perfectamente de quién se trataba.

—¿Ocurre algo? Te has puesto tenso.

—Tranquila, no es nada.

—Mauro, voy a decirte algo, y es que odio que me mientan. Es cierto que entre tú y yo no hay nada, ni siquiera somos amigos, pero pienso que estamos en esto último, ¿no es así?

—Llevas razón, no somos nada. —Cuando dije eso se quedó con la boca abierta—. Pero creo que es hora de que lo vayamos siendo.

—Capullo, me estabas asustando y ya estaba a punto de levantarme de la silla.

—Es mi ex. No sé qué quiere de mí, pero no le voy a permitir que me dirija ni una palabra.

—¿Te quedó algo pendiente con ella?

—Nada de nada. Me imagino que lo que querrá será dinero, como siempre, pero eso se acabó. Se lo dejé bien claro.

Nos trajeron el postre. Lo que disfruté viéndola comer esas yemas, cómo gemía cerrando los ojos en cada bocado. Me estaba empalmando y no quería terminar de cenar e irnos directos al hotel.

—Claudia, ¿podrías dejar de gemir en cada bocado? —Me miró soltando una carcajada.

—Perdón, yo no quería, pero es que están riquísimas.

Negué con la cabeza, pero me encantaba verla así, a pesar de que me estaba dando miedo todo lo que me estaba haciendo sentir. Presentía que iba a ser un dolor de cabeza, y de los grandes.

Terminamos de cenar, pagué la cuenta. La llevaba cogida de la mano cuando nos dirigíamos a la puerta. Al pararme en seco, chocó contra mi hombro.

—La madre que te parió, me acabo de morder el labio, joder. —Me di la vuelta cuando dijo eso.

Iba a contestarle, pero no me dio tiempo ni de abrir la boca.

—Hombre, pero mira a quién tenemos aquí —dijo en tono sarcástico—. Ahora entiendo por qué no me coges el teléfono.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿No me vas a presentar a tu amiguita?

—Hola, soy Claudia, una amiga —le dijo extendiendo la mano.

—Yo soy Verónica, su novia. Encantada.

Claudia se soltó de la mano de golpe. Vi por el rabillo del ojo cómo retrocedía, pero no la dejé. La cogí de la cintura y la arrimé a mí.

—Eso de que eres mi novia creo que te has equivocado, ¿no crees? —le dije sin soltar a Claudia—. Mira, Verónica, creo que te lo dejé bien claro en su día. No tenemos nada más que hablar.

Abrí la puerta para largarnos del restaurante cuanto antes, pero esa frase hizo que Claudia se parara.

—Claudia, tienes un niño muy guapo —dijo riendo.

—¿Qué coño estás diciendo tú?

—Verónica, déjalo estar, por favor.

—Ja, ja, ja. Nos volveremos a ver, Claudita. —Siguió riendo.

—Mauro, quiero irme a mi casa.

—No eran esos mis planes, la verdad.

—¿Cómo? ¿No veníamos a cenar?

—Pero no dije nada de irnos. —Me miró sorprendida—. Claudia, todo está bien. Tu hermana y tu abuela saben que nos quedamos, pero tranquila, que no pasará nada que tú no quieras.

Se paró en seco, con los brazos en jarra.

—¿Me estás diciendo que voy a dormir contigo? —asentí—. ¿Que mi abuela y mi hermana están en el ajo? —volví a asentir—. Asquerosas que son.

Ahí ya no pude aguantar y solté una carcajada.

—Era una sorpresa. Siento que te hayas tenido que enterar de esta manera.

—Mauro, voy a hacer una llamada. Depende de ella si me quedo o no.

—Adelante.

No supe a quién llamaba hasta que escuché el nombre de la persona al otro lado del teléfono. Esa persona no era otra que la madre de Daniel.

—¿Todo bien?

—Sí, Hugo está en casa de sus abuelos.

—¿Eso es un sí?

—Eso es. Vamos a disfrutar de esta noche mientras todo esté bien.

Escuchar esas palabras fue música para mis oídos, ya que estar con ella era desearla constantemente. Quería hacerla mía y no había tenido bastante con lo que habíamos hecho antes de salir de la casa.

Llegamos al hotel, recogí la llave y fuimos directos hacia el ascensor. Al girar por el lateral, vi a Verónica sentada en una de las mesas del comedor con un hombre que habría jurado que era Daniel. No pensaba detenerme para comprobar si realmente era él.

No me habían visto. Mejor. No quería que supieran que estábamos en el mismo hotel. Claudia tampoco se había dado cuenta de ese detalle, y me pareció lo mejor, porque no sé lo que hubiera pasado si lo llega a ver.

Al entrar en la habitación se quedó en medio observando. No era una habitación espectacular, pero tampoco le faltaba detalle alguno. Vi cómo

observaba cada rincón, esa pared de piedra donde posaba un cabecero de madera en tono claro.

—Esto es precioso, Mauro.

—Tú sí eres preciosa —le dije abrazando su cintura—. No sé qué estás haciendo conmigo, pero cada vez me cuesta más retener todos mis deseos.

—¿Quién te lo impide? —me dijo dándose la vuelta.

Y ahí, en medio de la habitación, la besé. Un beso suave, abriéndose paso. No tenía prisa y quería saborearla todo el tiempo que pudiera. Le quité el bolso que aún tenía colgado del hombro y lo dejé caer en cualquier sitio de la habitación.

Beso a beso le fui quitando la ropa. Me encantaba cuando la veía ponerse roja. No tenía motivos, pero sabía que después de haber estado con su ex no había vuelto a estar con ningún hombre. Yo ya había tenido la oportunidad de verla desnuda.

Cuando terminé de desnudarla, me separé de ella, cogiéndola de las manos para poder observarla de arriba abajo.

—No me mires así, que me da vergüenza.

—¿Por qué? Si tienes un cuerpo espectacular. —Se encogió de hombros—. Sabes que eso no es una respuesta.

—Mi cuerpo no es como el de las chicas con las que sales.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se supone que es tu cuerpo?

—Pues con defectos, ya lo has visto.

—Ven aquí, que a mí eso no me importa.

La cogí y la tumbé en la cama. Besé y lamí cada centímetro de su cuerpo. No me importaban sus estrías o sus pechos un poco caídos, solo me importaba

ella. Fui bajando por su cuerpo hasta llegar a su vagina. La abrí bien y lamí de arriba abajo, notando cómo se estremecía.

Me llevé un rato lamiendo de esa manera mientras le pellizcaba el clítoris. Quería que relajara esa zona y disfrutara del sexo.

—Mauro, yo por ahí… —no la dejé terminar.

—Tranquila, por ahí de momento nada. Solo quiero que sientas el placer que te puede proporcionar esa zona. —La acariciaba por detrás.

Seguí lamiendo hasta que introduje dos dedos dentro de su vagina, mientras que al mismo tiempo le presionaba su puerta trasera. Ya no se tensaba, ahora gemía. Me estaba volviendo loco.

—Mauro… No aguanto más.

—No lo hagas. Dámelo, preciosa.

No hizo falta decir más. Se corrió en mi boca, gritando, mientras yo lo saboreaba.

—Dios, esto es una locura —murmuró mientras controlaba su respiración.

En un descuido me empujó y me puso bocarriba. Primero me miró con descaro; después, fue besando y lamiendo mi piel hasta llegar a mi vientre. Lamió de lado a lado, haciendo que me estremeciera.

—Veo que voy bien —dijo sacándome la lengua.

Cogió mi miembro en la mano y vi cómo se mordía el labio. Lo sujetó y empezó a lamer desde la base hasta la punta, pasando la lengua de abajo arriba un par de veces. Cuando llegó a la punta, hizo círculos con ella, hasta que me acogió en su boca poco a poco, hasta el final.

Me estaba volviendo loco. Sentía cómo llegaba a su garganta. Las arcadas me lo confirmaban. Empezó a subir y bajar cada vez con más ritmo, hasta que llegó un momento en que la tuve que parar.

Capítulo 15



Mauro

La cogí, dándole la vuelta. Subí sus piernas a mis hombros y la penetré de golpe. Gritó, desatándome. La embestía una y otra vez. La estaba follando como a mí me gustaba, fuerte, directo, sin medias tintas. No podía evitarlo, era lo que ella provocaba en mí desde el primer momento en que la vi.

Pero mientras la empujaba contra el colchón, una parte de mí sabía que estaba cruzando una línea que no había hablado con ella.

Cuando conseguí sacarle el orgasmo, la senté encima de mí. Quería que cabalgara mientras mi boca se recreaba en sus pechos. Mis manos en sus caderas marcaban el ritmo que yo deseaba, no el que quizá ella necesitaba.

—Joder, Mauro, no puedo más.

—Sí puedes. Mírame a los ojos, Claudia, y sigue así.

Me gustaba verla entregada. Me gustaba esa mezcla entre agotamiento y deseo. Pero había algo en su respiración que no era solo placer.

Seguía agarrándola con fuerza. Una, dos, tres embestidas más… y estallamos juntos en un orgasmo que a ella la dejó completamente laxa.

—Joder… no puedo con mi alma —dijo dejándose caer.

La miré. No era solo cansancio.

—¿Una ducha, preciosa?

—La ducha te la vas a dar tú solo. Yo no me puedo ni mover. Me duele todo.

Ahí fue cuando el golpe me llegó.

—Claudia, ¿me he pasado? ¿Te he hecho daño?

—¿La verdad? —asentí—. Nunca he tenido sexo de esta manera. No te voy a mentir, me ha gustado… pero no todo el tiempo. No sé cómo explicarlo. Pero no volveré a repetirlo.

Sentí algo que no estaba acostumbrado a sentir: culpa.

—Quizá me dejé llevar más por cómo me gusta a mí que por cómo te gusta a ti.

—¿Te gusta siempre así?

Me quedé callado un segundo de más.

—Sí. Me gusta más duro incluso que hoy.

Vi cómo su expresión cambiaba. No era miedo. Era decepción.

—Pues lo siento. Yo no creo que pueda seguir tu ritmo si hay dolor.

Y ahí entendí que no estábamos hablando solo de sexo. Estábamos hablando de compatibilidad.

—Hay gente a la que el dolor le da placer… pero siempre si es consentido.

—Entonces creo que esta será la última vez que nos acostamos.

Esa frase me dolió más de lo que esperaba.

—¿Por qué no me has dicho que parara? —le pregunté más suave—. Si algo no te gustaba, tenías que haberlo dicho.

—Lo acabo de hacer. Buenas noches, Mauro.

Me levanté a servirme una copa. Debería haberle dejado claro la forma en la que me gusta el sexo. Me gustaba todo de ella. Su cuerpo es perfecto para mí.

Me senté en la terraza de la habitación a fumarme un cigarrillo y me sentía mal conmigo mismo. Debería haberle preguntado antes de hacer nada, pero ya era tarde para ello.

En esos momentos me vinieron a la cabeza todas las mujeres que habían pasado por mi cama, mujeres que sí se ajustaban al tipo de sexo que a mí me gustaba, como era el caso de Eliana.

Ella era la mujer que, cada vez que viajaba a Alemania, tenía un encuentro conmigo. Pero no solo conmigo, sino también con mis amigos. La compartíamos unas veces los tres, otras dos, o alguna vez solo uno.

Eliana trabajaba para mi empresa. Era la secretaria de Roland. Al principio solo se acostaba con él. Tenía bien claro que este no quería pareja, al igual que ella. Pero hubo un día en que todo cambió. Una fiesta en un club donde estábamos Roland, Eliana y yo fue el principio de miradas cómplices y acercamientos.

Ella fue quien nos propuso hacer un trío y, desde entonces, teníamos encuentros cada vez que surgía la ocasión. Antes de todo esto ya se había acostado con Roland.

Recuerdo la primera vez que la vi, con esa cara de niña dulce, con una mirada que te comía con los ojos. Cuando Roland me dijo que era su secretaria y vi cómo la miraba, entendí que entre ellos había algo más.

Pensamientos que, por un momento, me sacaron una sonrisa, pero que desapareció en el instante en que miré hacia donde estaba Claudia.

Le di un sorbo a mi vaso, apurando lo que quedaba antes de dejarlo sobre la mesa. Me fui a la ducha, ya que necesitaba quitarme esa sensación de haber hecho daño a la mujer que me estaba haciendo sentir lo que no quería.

Me di cuenta de que la había cagado, y a lo grande. Me tumbé en el sofá. No quería que se despertara y me viera a su lado.

—Mauro, Mauro, despierta. —Escuché una voz mientras me zarandeaba —. ¿Has dormido aquí toda la noche?

—Buenos días, preciosa. Por lo visto me he quedado dormido aquí, sí.

—Pues levántate, que tengo un león dentro de mí.

Eso me hizo soltar una carcajada. Miré el reloj y vi que solo había dormido tres horas.

—¿Sabes que puedes pedir el desayuno?

—De eso nada. Yo quiero desayunar en la calle. Venga, levántate de una vez.

Me incorporé y me quedé sentado mientras observaba cómo se vestía. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que tenía mis dedos marcados en sus nalgas.

—Lo siento, Claudia —le dije acercándome a ella—. Siento lo que pasó anoche. Bueno, sinceramente, no lo siento. Lo que siento es no haber sido claro contigo sobre mis gustos.

—¿Me ves enfadada? —me preguntó dándome un beso en los labios—. Ya hablaremos de eso. Ahora quiero desayunar y disfrutar de lo que nos depare el día.

—Pues venga, vamos a por un gran desayuno para la señorita.

Salimos del hotel riéndonos por el comentario de una mujer mayor sobre mi persona.

—Levantas pasiones por donde quieras que vas, eh —me dijo dándome un leve empujón.

—Con levantar la pasión del que tengo al lado soy feliz, señora.

Se quedó callada, caminando hacia delante hasta llegar a la terraza de una cafetería.

Desayunamos casi en silencio. Ella comía y yo la observaba.

—Lo echo de menos —me dijo, más seria de lo normal—. Aún no entiendo por qué Daniel me ha hecho algo así. Al fin y al cabo, el niño para él solo es un estorbo.

—Solo quiere hacerte daño a través del pequeño. Pero, como tú dices, si está con su abuela, sabes que va a estar bien.

—Sí, por ese lado me quedo más tranquila, pero no quita que lo eche muchísimo de menos.

—No pienses en eso ahora. Termina de desayunar y después le hacemos una videollamada.

—Vale, daremos tiempo a que se levante.

Volvimos a hablar sobre nuestros padres, sobre la manera en que nuestras madres hicieron lo que hicieron así, de la noche a la mañana. Me sorprendió cuando Claudia me contó que no entendía cómo su madre, desde que tenía uso de razón, no hacía más que reprocharle cualquier cosa que hacía o decía.

—Me gustaría que cuando vinieran del crucero lo hicieran acompañados —se refería a nuestros padres.

—Yo no las tengo todas conmigo. A mi padre le va a costar superarlo.

—Como al mío. Pero, como dicen, un clavo saca otro clavo. Para mí, mi madre no será como antes. Bueno, eso de madre le queda un poco grande.

—No digas cosas de las que puedas arrepentirte.

—Lo dudo mucho. Desde que tengo uso de razón siempre me ha estado reprochando y, para colmo, si por ella hubiera sido, aún estaría con Daniel. ¿Y qué me dices de los abuelos? —me preguntó con una sonrisa.

—Pues que, al fin, son felices.

—Mauro, hablas como si nunca lo hubieran sido y te puedo asegurar que mi abuela ha sido una mujer feliz.

—No te estoy diciendo que no lo hayan sido, pero que ahora su felicidad es completa.

Seguimos disfrutando del desayuno entre risas. Me asombraba que, a pesar de lo que había pasado la noche anterior, ella actuara como si nada. No sé si debería preocuparme o dejarlo correr.

Decidimos volvernos para casa, pero no sin pasar por una de las mejores confiterías a por esos dulces que a Claudia le encantaban.

De camino de vuelta no hablamos mucho. Bueno, no hablé mucho yo, ya que era ella quien me iba contando cosas de sus «niños», como ella los llamaba. Me gustaba verla con ese entusiasmo. Se notaba que amaba su trabajo.

—Mauro, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, lo que quieras.

—Interesante respuesta. —Rio—. ¿Te gustaría tener hijos?

—Es una de las cosas que está en mi lista de deseos.

—¿Tienes una lista de deseos? —asentí—. No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer? ¿Que tenga una lista de deseos?

—Últimamente no dejas de sorprenderme, la verdad.

—Claudia, yo… siento mucho lo que pasó anoche. Debería habértelo dicho antes.

—No te disculpes. Pensé que el sexo contigo iba a ser como antes de salir de tu casa, aunque tampoco fue nada suave.

—¿Te duele algo?

—Me duele no haber sabido estar a la altura y que pienses que soy una mojigata en el sexo.

—No vuelvas a decir eso. —Le apreté la mano—. Cada uno vive el sexo a su manera. No tienes por qué sentirte avergonzada por eso.

Capítulo 16



Claudia

Hacía dos semanas que había pasado la noche con Mauro. Desde entonces nos veíamos muy a menudo. Mi padre, por fin, se había ido de crucero; mi hermana y el hermano de Mauro se habían ido a Tenerife, y los abuelos se marcharon con ellos.

Nos habíamos quedado solos.

Mauro me pidió que me fuera con él a la ciudad unos días hasta solucionar unos problemas que le habían surgido en el trabajo. No lo dudé demasiado. Necesitaba distraerme. Necesitaba no pensar.

Y aquí estaba, en casa de Mauro, peinándome para ir a ver a mi hijo y poder comer con él.

—¿No te estás poniendo muy guapa para ir a ver a tu hijo?

—¿Celoso?

—Estoy bromeando, nena. Sabes que me gusta verte arreglada… y feliz —me dijo dándome un beso—. Por cierto, ¿hablaste con Adela?

—No. Quiero darles una sorpresa.

—Entonces Hugo se va a poner muy contento cuando te vea. Tengo que irme. Cualquier cosa…

—Ve tranquilo.

Terminé de arreglarme. Tenía muchas ganas de ver a mi hijo. Ya no me conformaba con videollamadas, y eso cuando decidían ponérmelo, porque había días que siempre había una excusa.

Adela había cambiado conmigo. No sabía en qué momento. No me convenía tenerla de enemiga. Siempre había sido mi apoyo dentro de aquella familia, y ahora… ahora me sentía fuera.

Tenía un mal presentimiento, pero quería creer que era paranoia mía.

Cogí el bolso, guardé el teléfono y el regalo que le llevaba preparado a Hugo. Al salir a la calle, el calor ya se hacía notar, a pesar de que aún era temprano. Pensé en coger un taxi, pero decidí ir andando. Necesitaba caminar. Necesitaba ordenar lo que sentía.

Media hora después estaba delante de la casa.

Cuando iba a llamar al telefonillo, salió un vecino y aproveché para entrar.

Llamé al timbre. Cuando Adela abrió y me vio, se quedó blanca.

Blanca de verdad.

—Claudia… ¿qué haces aquí?

—Hola, Adela. Yo también me alegro de verte. ¿Puedo pasar?

Titubeó.

—Si vienes a ver a tu hijo… no está en casa.

Sentí algo que se me descolocaba por dentro.

—Vaya. ¿Tardará mucho?

—No me has entendido, Claudia. El niño ya no está en esta casa. Se lo llevó su padre.

—¿Cómo que se lo ha llevado? No entiendo nada.

—Está muy claro. Se lo ha llevado a su casa. Pero ahora mismo están de viaje. Están en Disneyland.

Disneyland.

Sin decirme nada.

—No se lo puede llevar sin comentármelo.

—Es su padre, Claudia.

—Pero siempre me has contado las cosas.

—Es mi hijo, Claudia. Entiéndelo.

Esa frase me atravesó.

—Mira, Adela, no sé qué mosca te ha picado últimamente, pero estás rara de cojones. Y sí, es su padre, pero eso no le da derecho a hacer lo que le venga en gana. Sabes perfectamente que nunca ha querido saber nada del niño.

—Está muy arrepentido.

—Los cojones está arrepentido.

No le di opción a contestar. Me di la vuelta y me fui antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme.

Llevaba un cabreo monumental. ¿Cómo se podía ser tan gilipollas? No sabía qué se traería entre manos con el niño, pero nada de aquello me estaba gustando un pelo. A ver, que me parece muy bien que se lo lleve, que todo lo que mi hijo pueda disfrutar me parece perfecto, pero que no me hubiera dicho absolutamente nada… eso era lo que de verdad me encendía la sangre.

Porque no era el viaje.

Era la falta de respeto.

Caminé sin rumbo hasta que me senté en la primera cafetería que encontré.

—Buenos días, ¿qué le pongo? —me preguntó un camarero.

—Una cerveza bien fría y la jarra más grande que tengas.

—¿No le parece que es muy temprano para eso? —Ya lo que me faltaba por oír.

—Eso no es de tu incumbencia. Si te pido una cerveza, me la traes y punto.

—Madre mía, qué carácter. Ya te la traigo, mujer.

Al final me tuve que reír para mí misma por la manera en que había dicho esa última frase. Saqué el móvil del bolso para escribir a Daniel.

Claudia: *¿No te parece que antes de llevarte al niño, lo tienes que consultar conmigo? Así no van las cosas, Daniel. Por el bien de Hugo tenemos que ponernos de acuerdo y llevarnos lo mejor posible.*

—Tenga su cerveza —me dijo el camarero, poniéndome un café en la mesa.

—¿Me está vacilando?

—Lo sé, pero viendo su estado es mejor no hacerle caso y traerle un café.

—Pues lo mismo me da que me da lo mismo.

—¿Quieres una tostada o una porra?

—Lo que te dé la gana, total, ya me da igual.

Iba a levantarme para irme cuando volvió a hablarme.

—Señorita, no se vaya. Yo solo quiero que, sea lo que sea, no lo solucione con alcohol.

—Tienes razón, perdona por mi comportamiento. Tráeme mejor unas porritas —le dije guiñándole un ojo.

Vi que Daniel ya me había contestado.

Daniel: *Siento decirte que también es hijo mío, pero tranquila, que el niño está bien. Te mando una foto para que lo veas.*

Cuando vi la foto me quedé de piedra. ¿Qué hacía esa con mi hijo y su padre?

Si cuando digo que tengo un mal presentimiento, es que lo tengo.

Claudia: *Ya hablaremos cuando vengas, pero sabes que las cosas no son así. Dale un beso de mi parte, por favor.*

Tenía que plantearme llevarme bien con él, no quería que mi hijo se viera envuelto en una guerra constante.

Vino el camarero con unas porras y una sonrisa. Le pedí que me calentase más el café, ya que me gustaba primero comer y después bebérmelo. Me había ido al pueblo para cambiar de aires, estar relajada, y desde que llegué a él me iba de mal en peor.

Pensé en ir a buscar a Mauro, pero decidí que era mejor dejarlo hacer sus cosas e irme al centro comercial y darle una sorpresa. Cada vez que estaba con él tenía la necesidad de que me tocara y terminar enredada entre sus brazos.

Entré en una de las tiendas de ropa interior. Me gustaba todo lo que veía, pero a la hora de comprar era muy indecisa; había muchas veces que, por no decidirme, me iba sin nada.

Hoy no era ese tipo de día, ya que adquirí dos conjuntos, uno en rojo y otro negro. Este último era precioso, porque era un corpiño de encaje con media copa y un tanga que no tapaba apenas nada. El rojo era muy parecido, pero llevaba su liguero.

Salí con mi bolsita de lo más contenta, pensando en dar ese paso que tanto me había costado y que sabía que a Mauro le iba a alegrar.

Había dado ya demasiadas vueltas por las tiendas sin comprar nada más que los dos conjuntos de ropa interior y, aun así, sentía un nudo en el

estómago que no tenía nada que ver con la lencería. Entonces sentí la necesidad de llamar a Mauro para saber si comeríamos juntos.

Cogí el móvil y marqué su número, al segundo tono me lo cogió.

—Dime, preciosa.

Sonreí sin querer.

—¿Vas a venir a comer a casa?

Hubo un pequeño silencio al otro lado.

—No voy a poder. Me ha salido otra reunión más. Se me está complicando la mañana.

Noté una punzada de decepción, aunque intenté que no se me notara.

—Ah.

—Oye, aprovecha que estás en el centro comercial y quema la VISA, eso siempre quita las penas, ¿no?

—Sí, eso dicen —respondí con una media risa—. Igual me compro medio centro comercial.

—Hazlo. Y come por ahí. No me esperes.

—Vale. Comeré algo aquí.

Colgué.

Miré las bolsas que llevaba en la mano. El conjunto negro. El rojo con liguero. La ilusión que había sentido al comprarlos empezó a disiparse.

Pensé en Hugo, en la foto que Daniel me había enviado y en Andrea apareciendo en segundo plano como si no quisiera estar, pero estando. Pensé también en Daniel, jugando a ser el padre atento que nunca había sido cuando estábamos juntos.

El centro comercial, que unos minutos antes me parecía una distracción perfecta, empezó a resultarme agobiante. El murmullo constante, las luces, la música de fondo… todo me apretaba el pecho y me hacía sentir fuera de lugar.

Entré en un restaurante casi por impulso, buscando sentarme y obligarme a comer algo. Abrí la carta, la recorrí con la mirada sin llegar a leer realmente ningún plato y la cerré con un suspiro. Antes de que el camarero se acercara, ya me estaba levantando.

No era hambre lo que tenía.

Era angustia.

Decidí volver a casa. A la de Mauro. A la nuestra durante aquellos días en la ciudad. Necesitaba meterme en un espacio conocido, cerrar la puerta y sentir que, al menos entre esas paredes, nada se me iba a escapar de las manos.

Capítulo 17



Claudia

Entré en la vivienda y cerré la puerta tras de mí. Solo me recibió el silencio. Demasiado.

Subí las escaleras despacio, con las bolsas colgando de la muñeca. Pensaba dejar los conjuntos en la habitación y darme una ducha antes de que él volviera.

A medida que subía, empecé a escuchar ruidos. Pero no eran simples ruidos. Eran gemidos. La voz de Mauro y otra voz masculina que no conocía.

Cuando abrí la puerta me quedé congelada. Allí estaba Mauro en la cama penetrando a una mujer, mientras otro hombre, de rodillas, recibía una felación por parte de ella.

—Preciosa, ¿quieres unirte a nosotros? —me dijo aquel tipo con acento extranjero; no sabría decir de dónde.

Mauro se volvió hacia la puerta y me vio.

Dejé caer las bolsas al suelo y no esperé más. Me di media vuelta y bajé corriendo las escaleras.

Escuché pasos detrás de mí. Era Mauro, que me alcanzó en el salón.

—Claudia, espera.

Me giré.

Venía desnudo, sin vergüenza ni pudor, como si nada de lo que acababa de pasar tuviera la menor importancia. Y lo más absurdo de todo era eso: estar discutiendo en mitad del salón con un hombre en pelotas, cuando lo verdaderamente indecente no era su cuerpo, sino lo que acababa de hacer con él.

—¿Me puedes explicar qué coño es esto?

—No es lo que piensas.

Solté una carcajada seca.

—¿Ah, no? Porque lo que yo he visto ha sido bastante gráfico.

—Han venido unos amigos. Se nos ha ido de las manos.

—¿Se os ha ido de las manos?

—No pensé que ibas a regresar tan pronto.

—Claro. Ese es el problema. Que no sabías que iba a volver.

El silencio se instaló entre nosotros, denso, incómodo, como si pesara más que cualquier palabra mal dicha.

Él se pasó la mano por el pelo, en ese gesto tan suyo cuando no sabe qué decir o cuando está midiendo cada frase antes de soltarla.

—Claudia, no tenemos nada serio.

Eso dolió más que lo que había visto.

—Tienes razón —respondí con frialdad—. No tenemos nada.

Subí de nuevo las escaleras, recogí las bolsas del suelo y me dirigí hacia la puerta con el corazón latiéndome en la garganta.

—¿Te vas?

Me detuve en seco.

Lo miré una última vez, intentando que esa fuera la imagen que se me quedara grabada y no la otra.

—No te preocupes. No te voy a estropear la fiesta.

—Claudia, esto no significa nada.

—Para ti, no. Para mí, sí.

Abrí la puerta.

—Y una cosa más, Mauro.

Él levantó la vista.

—No vuelvas a llamarme.

Cerré tras de mí sin derramar una lágrima. Esta vez me ardía algo mucho peor que el orgullo.

En cuanto llegué a la calle, paré el primer taxi que pasó y le di la dirección de la casa de mi padre. Aunque él seguía de crucero, por suerte llevaba las llaves en el bolso.

Al llegar, dejé todo lo que llevaba en la entrada y fui directa a la cocina. Cogí una botella de vino y una copa, y me instalé en el salón. Me dejé caer en el sofá y me serví una copa tras otra, sin poder parar de llorar.

Me bebí la botella entera. Debí de quedarme dormida.

Desperté sin saber qué hora era. Tampoco me importaba demasiado; solo sé que era de noche. Miré el móvil. En mi vida había tenido tantas llamadas juntas: de mi abuela, de mi hermana y de Mauro; las de este último se pasaban.

Pensé en llamar a mi abuela para contarle por encima lo que había sucedido, pero al mirar el reloj decidí no hacerlo. Eran las tres de la mañana.

Bien había dormido la mona, sí.

Me dolía la cabeza a reventar, pero no tenía ganas ni de moverme. Tenía el estómago revuelto. Cerré los ojos y la imagen volvió como un latigazo.

¿Qué tan mala fui en otra vida para que me pasara dos veces lo mismo?

No podía tener tan mala suerte. Pero no iba a llorar más. Se acabó. Si con Daniel salí adelante después de años, no lo iba a hacer con alguien a quien conocía desde hacía apenas unos días.

El teléfono volvió a sonar. No sé cuándo me quedé dormida otra vez, pero mi cabeza seguía martilleando.

—Dígame, ¿quién llama a estas horas?

—Buenos días, hermanita, son las once de la mañana. ¿De mal humor?

—Me duele la cabeza. ¿Qué es lo que quieres?

—Saber cómo estás. La abuela está preocupada y quiere regresar.

—Ni se te ocurra dejarla, Laura. Sé que sabes más o menos lo que ha pasado, así que te pido, por favor, que no me preguntes. No estoy bien, pero lo estaré.

—Claudia, sé lo que pasaste…

No la dejé terminar.

—No vayas por ahí. No es lo mismo. Y tranquila, esto pasará en dos días.

—Si lo necesitas, ya sabes. Te quiero, Ita.

—Yo también. Dile a la abuela que estoy bien y no le digas nada a papá si hablas con él. Por favor, seguid disfrutando.

Hacía mucho tiempo que no dormía tanto. Y sí, era por la borrachera.

Me levanté del sofá y, aunque me dolía la cabeza, ya no era como a las tres de la madrugada. Fui directamente a la ducha; la necesitaba tanto como un buen desayuno.

Mientras el agua caía sobre mí, pensé en todo lo que había pasado el día anterior. Es cierto que no teníamos nada serio, pero eso no significa que no doliera. Yo creí que nos estábamos conociendo. Pero claro, si para él el sexo era solo eso…

No estaba dispuesta a llorar por ningún hombre más.

Me puse un pantalón corto, una camiseta de tirantes y unas zapatillas. Bajé a la cocina y pensé en desayunar fuera, pero ya era casi la hora de comer, así que me hice un café y lo acompañé con unas galletas que encontré en uno de los armarios.

Capítulo 18



Claudia

A la mañana siguiente me levanté sin lágrimas. Había llorado para tres vidas y decidí regresar al pueblo; allí estaría más tranquila y, además, tenía todas mis cosas. Entré en la página web donde compraba los billetes de tren y cogí el primero disponible.

Me duché, me vestí y solo me tomé un café; no tenía el estómago para mucho más. Cogí un taxi y me dirigí a la estación. Como iba con tiempo, entré en una cafetería y pedí una tostada con tomate, aceite y jamón, además de otro café. La camarera, al ver la cara que llevaba, cuando me trajo el desayuno me ofreció una pastilla para el dolor de cabeza.

Desayuné con calma y, cuando llegó la hora, me dirigí al andén para coger el tren y dejar a Mauro atrás.

Llevaba tres horas en la casa del pueblo cuando escuché la voz de una mujer llamando a Ezequiel. Me asomé a la puerta.

—Buenos días, señora, la he oído llamar a Ezequiel. No está.

En ese momento se abrió la puerta de enfrente y apareció Mauro.

—Vaya, bueno, después lo saludaré. ¿Tú quién eres? No te conozco.

—Soy Claudia, la nieta de Agustina.

—Anda, coño, debí imaginarlo. —Se acercó a darme dos besos—. Dile a tu abuela que salga.

—Tampoco está —intervino quien no había sido preguntado—. Yo soy Mauro, el nieto de Ezequiel. Están en Tenerife, de vacaciones.

—Hola, soy Valeria, su nieta. —Y prácticamente se lanzó a los brazos de Mauro.

—Bueno, si me perdonáis, tengo cosas que hacer.

No me gustó nada aquella escena. No eran celos posesivos, era algo más simple: incomodidad. Descoloque.

Llamaron a mi puerta. Pensé que sería ella, pero al abrir me encontré con él.

—¿Qué quieres?

—Que hablemos —dijo, apartándome suavemente para entrar.

—No tenemos nada que hablar. Ve y habla con tu amiga o con la que sea que hoy tengas en tu cama.

—¿Celosa, preciosa?

—Tus ganas. Y, por favor, no me llames preciosa.

—Claudia, sentémonos y hablemos.

—No puedo. Tengo que salir.

—Eres muy mala mintiendo.

—Me da igual lo que digas, pero no quiero hablar contigo. Y no me debes ninguna explicación.

—Lo que viste el otro día…

—Sé muy bien lo que vi. No hace falta que lo repitas.

—No sé qué me pasó. Llegaron mis amigos y, como era algo que ya habíamos hecho otras veces, empezamos a tontear y se nos fue de las manos.

—Me da igual. Sal de mi casa.

—No podemos terminar así. No significó nada para mí, solo sexo.

—Pues para mí sí significó algo. Y dejemos las cosas claras: ni soy tu tipo ni follo como a ti te gusta.

—Eso no me importa.

—Claro que no. Porque a la mínima irás a buscar lo que te gusta de verdad, y conmigo no lo tendrás.

—Podría gustarte si quisieras. Me puedo adaptar.

—¿Qué parte de que te vayas no entiendes? —le abrí la puerta.

—Ya me voy, pero estás equivocada.

—Vecino, cuando estés libre, pásate por aquí —escuché decir a la nieta de Faustina desde enfrente.

Lo que me faltaba. Éramos pocos y parió la abuela.

✣ ✣ ✣

Aún quedaba una semana para que volviera Hugo, así que no me lo pensé dos veces y busqué un billete de tren y otro de avión. Me marchaba unos días hasta que mi hijo regresara conmigo.

El tren salía a la una y veinte; el avión, a las ocho de la tarde. Tenía tiempo suficiente para llegar al aeropuerto sin prisas.

Cogí el bolso porque necesitaba comprar algunas cosas nuevas, como un bikini. El único que tenía contaba más años que mi abuela.

Salí a la calle sin mirar. Sabía que estaba en casa, y no solo. Al doblar la esquina, solté el aire que llevaba reteniendo sin darme cuenta. Me dolió su actitud. Sí, era libre y podía hacer lo que quisiera, pero no de esa manera.

¿Dije que no iba a llorar? Me equivoqué. Las lágrimas volvieron a caer.

Metida en mis pensamientos, choqué con un cuerpo. Y vaya cuerpo.

—¿Estás bien? —me preguntó con acento francés.

—Oh, perdón, no te vi. Sí, estoy bien.

—Tu cara no dice lo mismo. ¿Te puedo ayudar?

—No, gracias. —Arqueó una ceja preciosa; hasta eso lo tenía bonito—. De verdad, siento el choque.

—Yo no. Por cierto, me llamo Pierre.

—Claudia.

Se acercó y me dio dos besos.

—¿Un café? ¿O prefieres seguir llorando?

—No me había dado cuenta de que lloraba. Será la alergia.

—Como quieras. Que tengas buen día.

Había empezado a andar cuando algo me hizo girarme.

—¡Pierre! Acepto ese café… si aún quieres.

Sonrió y volvió hacia mí. Me ofreció el brazo y lo acepté.

Nos sentamos fuera; el calor todavía era soportable. Pidió dos cafés.

—Ahora dime la verdad.

—¿Qué verdad?

—¿Por qué llorabas?

—Digamos que volví a tropezar con la misma piedra.

—A veces hablar con desconocidos ayuda.

—¿En el primer encuentro?

—A veces es más fácil.

—Hay hombres a los que les gusta metérsela a cualquiera… y a cualquiera.

—Me caes bien. —Rio—. Simpática y guapa.

—Trabajo —respondió cuando le pregunté qué hacía allí—. ¿Y tú?

—Soy maestra. El próximo curso daré clase aquí.

—Pensé que dirías adolescentes imposibles.

—Primero y segundo de primaria.

—No sé qué es peor.

—Son adorables.

Su teléfono sonó y se apartó un momento. Lo observé sin disimulo. Era atractivo. Y me hacía sentir ligera.

—Qué guapa te ves cuando sonríes —dijo al volver—. Era un socio.

—Será mejor que cada uno siga su camino.

—No tengo prisa. Que esperen.

—Necesito comprar bikinis.

—Me apunto. Yo necesito un bañador.

—Un bañador no tiene misterio.

—Dime que sí y te invito a comer.

Reí.

—Vámonos antes de que el calor apriete.

En el centro comercial empezó por sus compras. Después fue mi turno.

—¿Te los vas a probar? —preguntó divertido.

—En mi casa.

—Me acabas de matar.

Entró conmigo en la tienda. No lo conocía, pero me hacía olvidar.

Cogí un bikini blanco mínimo.

—Te quedará increíble.

—No es mi estilo.

Al final pagué dos bikinis, dos pareos y un vestido.

Al salir no lo vi.

—¿Ya no quieres mi compañía?

—Pensé que te habías ido.

—Te estaba buscando.

—¿Comemos?

—Pensaba proponértelo yo.

—Iremos a mi casa —dije al ver su expresión—. No te voy a comer.

—Es una pena. Yo sí te comería.

Me ruboricé.

—Y a mí me gustan los hombres calladitos.

—¿Qué tan dolida estás?

—No te haces una idea.

Capítulo 19



Claudia

No hablamos por el camino; tampoco es que hiciera mucha falta. Él en su silencio y yo pensando en cómo se me había ocurrido invitar a un desconocido a mi casa.

Entré en la calle como salí, sin mirar la puerta del patético vecino. Abrí la puerta de mi casa, quitándome las zapatillas y tirando las bolsas en el sofá.

—Ponte cómodo. ¿Qué quieres tomar? Tengo cerveza, vino, agua y refresco.

—Lo mismo que tú.

—¿Seguro? Mira que yo voy a tomar cianuro —le dije, dirigiéndome a la cocina.

—No dejes que un hombre te haga sentir mal, Claudia —me dijo, agarrándome de la cintura.

Me solté y fui hacia el frigorífico para sacar las cervezas y las jarras del congelador. Las puse sobre la mesa.

—No me ha hecho sentir mal. No tengo nada serio con él, solo follábamos, pero me ha sentado muy mal; pensaba que había algo más.

—A veces metemos la pata hasta el fondo.

—¿Cuál de ellas, Pierre? —Reímos—. Tengo ensaladilla y tortilla de patatas, ¿te vale eso?

—Contigo me vale cualquier cosa.

—Si piensas que me vas a llevar a la cama, lo llevas claro.

—No es esa mi intención.

—Qué pena —le dije, dejándolo con la palabra en la boca—. Comemos aquí mismo, no tengo ganas de pasear para arriba y para abajo.

—A mí me da igual aquí que allí, ¿sabes? Si esta fuera mi casa, la reformaría dejando el espacio abierto.

—Claro, si yo fuera millonaria, también lo haría, pero como no lo soy me tengo que joder.

Nos sentamos a comer y estuvimos hablando de mi familia, de la suya, de sus socios, pero lo que más me gustaba es que parecía que nos conocíamos de toda la vida.

—Tengo algo para ti, voy a ir al salón a por ello.

Me resultaba raro porque estuvo todo el tiempo conmigo, excepto el rato que desapareció.

—Toma, sé que te había gustado. —Me dio la bolsa—. Espero que te guste.

—No deberías haberte molestado.

—Ábrelo, ya hablas mucho, Claudia. —Rio.

Cuando la abrí y vi lo que había dentro, no tuve más remedio que echarme a reír.

—No pienso ponerme esto, pero gracias, lo enmarcaré.

—¿Ni siquiera para que yo pueda verlo puesto?

Me cogió por la cintura, pegándome a su cuerpo. No sé en qué momento me puse de puntilla y lo besé, un beso que él correspondió de inmediato, un beso que decía más que mil palabras. Simplemente me dejé llevar; no pensé en ese momento en nada, solo en cómo me besaba, cómo nuestras lenguas danzaban en nuestras bocas.

—Pierre —le dije, separándome de él—. Esto no está bien, creo que deberías irte.

—Claudia, ¿estás segura de lo que dices?

—No, no estoy segura de nada. —Le atraje hacia mí y volví a besarle.

—Llévame a tu dormitorio.

—Eso está hecho. —Cogí el bikini sin que se diera cuenta.

Lo tomé de la mano y tiré de él para arriba; no me reconocía, yo no era así, llevaba tiempo sin acostarme con nadie y ahora lo estaba haciendo con uno y con otro.

Entramos en mi dormitorio; lo empujé hacia la cama.

—Ahora mismo vengo, ponte cómodo.

Me metí en el cuarto de baño, me reí sola al ver ese bikini que apenas tapaba lo que debía tapar. No quería pensar en lo que estaba haciendo, meter a un hombre que acababa de conocer en mi casa; había muchos lobos vestidos de cordero, pero bueno, mejor no pensar en eso y disfrutar, que bastante tiempo me había tirado de abstinencia.

Me miré en el espejo, me santigüé y sonreí para mí misma. Abrí la puerta, levanté los brazos y apoyé las manos en el quicio, viendo cómo tragaba saliva y se sentaba en la cama.

—Estás preciosa —dijo, acercándose a mí—. Me encanta cómo te queda, está hecho para ti —soltó con la voz ronca.

—Demuéstrame lo mucho que te gusta cómo me queda —le susurré al oído.

No necesitó escuchar nada más. Me cogió por las caderas y se pegó a mí, haciéndome sentir su miembro duro. Me besó con ansias y desesperación, como si fuera una despedida. Acto seguido, se dio la vuelta para dejarme caer en la cama.

Nuestra respiración cada vez más agitada, pero ninguno quería dejar de besarse. Sentí cómo sus manos iban recorriendo los laterales de mi cuerpo.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó cuando se separó de mí.

—Sinceramente, no; igual después me arrepiento, pero ahora mismo quiero que sigas y que me hagas gritar tanto que se escuchen los gritos en la casa de enfrente. —Soltó una carcajada.

—Debería decirte algo, Claudia.

—Después me lo dices, ahora quiero que me pongas mirando para donde tú quieras.

No hizo falta que le dijera nada más. Empezó a besar cada centímetro de mi cuerpo y mi respiración cada vez estaba más agitada al ver lo que se avecinaba. Separó mis piernas para adentrarse entre ellas. Lamió y mordisqueó mi clítoris, haciéndome gritar mientras su lengua seguía moviéndose.

Cuando sentí sus dedos dentro de mí, entrando y saliendo, me retorcí de placer. No aguanté más y me dejé ir, gritando su nombre. Se bajó de la cama, cogió mis piernas, arrastrándome hacia el filo; las levantó y me penetró. Al principio era como si me fuera a romper, pero después fue duro; entraba y salía cada vez más fuerte.

—Pierre, no pares, sigue así.

—No pensaba parar, preciosa, estaría follándote el día entero.

Me puso a cuatro patas y ahí se desató, entrando y saliendo de mí hasta que nos corrimos a la vez. Sentí cómo se derramaba en mi espalda y hasta ese momento no recordé que no habíamos usado protección.

—No te muevas, voy a por algo para limpiarte.

Lo vi ir hacia el cuarto de baño. En ese momento me vino un golpe de realidad: ¿qué es lo que había hecho? ¿Cómo acababa de pasar algo así? Estaba claro que había sido por despecho; no voy a negar que había disfrutado, porque mentiría.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras me limpiaba.

—No lo sé, la verdad. Creo que deberías irte, Pierre.

—Claudia… ¿te he incomodado en algo?

—No, tranquilo, no eres tú, soy yo.

—Esa frase es típica de parejas. —Solté una carcajada.

—Es verdad, pero no quiero que pienses que es por ti.

—Sé que te has acostado conmigo por lo que te ha hecho el tipo ese, pero que sepas que no me importa.

—No quiero que te sientas utilizado.

—No pienses eso, mujer, porque para nada ha sido así. Y ahora dime dónde queda esta dirección.

Cuando me enseñó la dirección, me dio por reír. Se me quedó mirando con los ojos bien abiertos.

—Cuando te diga dónde está, te vas a quedar de piedra.

—No te entiendo, Claudia.

—Ahora lo entenderás, ven, sígueme. —Fui hacia el balcón, saliendo los dos—. Ahí la tienes, esa es tu dirección.

La casualidad quiso que Mauro saliera con sus amigos de la casa, quedándose con la boca abierta cuando nos vio.

—¿Pierre? ¿Qué haces tú en esa casa y con ella? —le preguntó, cabreado.

—¿Qué te importa lo que haga en mi casa?

—No estoy hablando contigo, Claudia, abre la puerta ahora mismo —me dijo, acercándose a la puerta.

—Qué pesado eres, chico, que no te voy a abrir, que tú en esta casa no vuelves a entrar.

—Mauro es el culpable de que estés así, ¿cierto?

—Sí, pero no tiene importancia.

—Pierre, mi amor, vente con nosotros a comer —le dijo la tiparraca que estaba con Mauro.

—¿No has comido bastante? —le dije riéndome—. Anda, que no arrastras hambre, guapa.

—Claudia, será mejor que me vaya, no quiero empeorar las cosas más de lo que están.

—Bueno, si es por ti, vete, porque por mi parte no hay nada que empeorar.

—Sí, será mejor que me vaya. ¿Volveremos a vernos?

—No lo creo, Pierre, pero déjame decirte que ha sido un placer conocerte y que el que me haya acostado contigo no quiere decir que me acueste con el primero que me encuentre por la calle.

—Lo sé, pero si fuera ese el caso, no soy nadie para juzgarte.

—Pierre, amor, ¿tengo que subir a por ti? —Otra vez la tía esa chillando.

—Anda, ve, que te esperan —le dije, dándole un abrazo.

—Que espere, quiero despedirme en condiciones.

—¿Tú también te la follas?

—Sí —asintió—. Solos o acompañados, siempre que nos juntamos los cuatro, o bien con Roland cuando van a París.

—Demasiada información para mis oídos.

—¿Nunca has hecho un trío?

—No, ni un cuarteto, y no creo que lo haga. Anda, vete, que te están esperando.

—Cuídate mucho, Claudia. Ojalá nos volvamos a ver.

—Quién sabe. Espero que no tengas problemas con tu amigo. Si te dice algo, le dices de mi parte que no soy nada suyo. —Se rio.

Capítulo 20



Claudia

Habían pasado ya tres semanas desde que pasó lo de Mauro. Me fui a Tenerife con mi familia, donde disfrutamos todos de unos días espectaculares. Mauro se presentó donde estábamos; sabía de antemano que su hermano le diría que estaba con ellos, pero no me importó.

No le permití que se acercara a mí y, a los cinco días de estar allí, se marchó. Mi abuela no hacía nada más que decirme que ese hombre y yo estábamos predestinados, pero si ella supiera la verdad de por qué no estamos juntos, igual no pensaría lo mismo.

Le pedí a Daniel que si se podía quedar con el niño unas semanas más, cosa que me sorprendió cuando me dijo que sí. Necesitaba estar sola y no era el momento para estar pendiente de él.

Después de estar con mi familia, decidí irme sola unos días, y aquí estaba, tirada en una tumbona en el sur de España, escuchando el sonido de las olas, que me daba una paz inmensa. No podía dejar de pensar en Mauro; me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, hasta el punto de sentir que, si no ponía freno, acabaría enamorándome de él.

Siempre me había costado perdonar a alguien; de hecho, a Daniel aún no lo había perdonado. No quise pensar más y fui a darme un baño antes de comer; el agua estaba realmente buenísima. Observaba a un niño jugando con su

padre y no pude remediar acordarme de Hugo, en lo que estaría haciendo o si se acordaría de mí.

Salía del agua cuando noté un pelotazo en mi espalda y unas risas.

—Lo siento, ha sido sin querer —me dijo una voz infantil—. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono —le dije revolviéndole el pelo.

—Lo siento, no me ha dado tiempo de cogerla.

—Tranquilo, aún estoy viva. Me llamo Claudia.

—Yo soy Alfonso y este de aquí es mi hijo Pablo. ¿Has comido ya, Claudia?

—No, voy a hacerlo ahora.

—¿Quieres comer con nosotros?

—No quiero molestarte, seguro que a tu mujer no le hace mucha gracia, y menos de la manera que me estás mirando.

—No hay mujer, y siento si te he incomodado.

—¿Tú qué dices, Pablo? ¿Puedo comer con vosotros? —le dije al niño, quitando importancia a este comentario.

—Sí, y vamos ya, que tengo hambre, papi.

—No se hable más y a comer todo Dios.

—Papá, ¿Dios también viene a comer con nosotros?

—No, hijo, no viene. —No pude evitar reírme.

Fuimos hacia el chiringuito y, de camino, vi cómo Alfonso me miraba; también notaba cómo me ardía la cara. La culpa era de Pierre por regalarme un bikini tan minúsculo y precioso.

Cuando llegamos, Alfonso ya tenía mesa reservada.

—Albert, somos tres, espero que no suponga ningún problema.

—Para nada, solo hace falta poner una silla para la señorita.

—Gracias —le dije cuando me la arrimó.

—¿Qué quieres tomar?

—Una cerveza bien fría, que me estoy deshidratando.

—Que sean dos y para el niño un zumo.

El camarero se marchó a por las bebidas y miré a mi alrededor, observando que no había ninguna mesa libre, estando todo lleno de parejas, amigos y familias disfrutando de sus vacaciones.

—Claudia, ¿tienes hijos?

—Pablo, eso no se pregunta.

—Tranquilo, no pasa nada. Sí, tengo un niño de dos añitos que se llama Hugo.

—Soy mucho más mayor.

—Sí que lo eres, pero tú un día fuiste como él.

—¿Dónde está? ¿No va a venir?

—Para ya, curioso —le dijo su padre.

Iba a contestar cuando el camarero vino con las bebidas.

—Está con su padre de vacaciones. La semana que viene estaremos juntos.

—Qué bien, así jugaremos juntos.

—Oh, cuánto lo siento, pero me voy en cuatro días.

—Jo, pues yo también quiero irme, aquí no hay niños como yo.

—Bueno, vamos a comer, que yo tengo hambre —dijo el padre, haciéndole cosquillas—. Había encargado una paella, espero que te guste.

—¿Bromeas? Me encanta.

Jamás me imaginé pasar una comida tan llena de risas y buen rollo. Cuando Pablo terminó de comer, pidió permiso para ir a la zona de juegos que había en el lateral.

—Tienes un hijo muy guapo, aunque viendo al padre no hay más que añadir.

—¿Eso es un cumplido?

—Bueno, si lo quieres ver así, es un cumplido. ¿Puedo preguntarte algo?

—Murió en el parto.

—Lo siento, pensé…

—Que te daría otra respuesta.

—Pues sí. Daba por hecho que estabas divorciado.

—Ojalá hubiese sido eso.

—Yo… no sé qué decir, lo siento.

—Puedes empezar por contarme qué falló en lo vuestro, por ejemplo.

—Ja, ja, ja, eso es un programa de radio, a mi padre le gusta, pero prefiero no hablar de ello.

—¿Qué tan malo fue?

—Digamos que no solo me quería a mí.

No sé por qué, pero le conté todo, lo de Daniel, lo de Mauro y Pierre, lo mal que lo había pasado con el primero y lo que estaba pasando con el segundo.

—Esta es mi historia resumida en dos minutos.

—No estás haciendo nada malo, no tienes por qué justificarte.

—Pero no soy así, no voy acostándome con el primero que me encuentro por la calle.

—Yo me acostaría contigo y te acabo de conocer.

—No sé si me acostaría contigo, pero tengo que besarte ahora mismo.

Lo cogí de la camiseta, atrayéndolo hacia mí, y le besé. Fue un beso lento, suave, y lo que al principio iba a ser un besito se convirtió en una danza con nuestras lenguas. Qué bien besaba y qué calor más malo me estaba entrando. Escuché una voz detrás de mí.

—Claudia, ¿qué estás haciendo?

—Hombre, pero si esto no es lo que parece…

—Por favor, déjame que te explique.

—No me interesa tu vida sexual, gracias. ¿Cómo me has encontrado? No me lo digas, mi hermana.

—Da igual, hablemos.

—Escúchalo, deja que te explique y, si queréis jugar, llámame —me dijo al oído Alfonso—. Toma mi número y me alojo en la *suite* de la última planta.

Se levantó, saludó a Mauro y se fue. Quise levantarme, pero Mauro me frenó.

—¿Qué estás haciendo?

—Sentarme a hablar contigo. ¿Quieres tomar algo?

—Una copa de cianuro, pero para ti. No quiero hablar contigo, ¿es que aún no te has enterado?

—Sí me he enterado. Te estás comportando como una niña pequeña y tu hijo a tu lado es más maduro.

—Venga, suelta ya lo que tengas que decir y te vas por donde has venido.

—No pretendía hacerte daño, como tampoco pretendía que pasara lo que pasó.

—¿Y por qué te tengo que creer? Mauro, me digas lo que me digas, no va a cambiar nada entre nosotros.

—Porque me gustas mucho, porque quiero seguir conociéndote, porque aunque tus gustos no sean los míos, me adaptaría a ti.

—No aguantarías a una pavisosa en la cama, reconócelo.

—Yo no opino lo mismo, pero hay alguien que también opina lo mismo que yo.

—Pierre… no sé qué pasó, o quizás sí. No me he parado a reflexionar sobre ello.

—No te voy a juzgar por lo que hagas con tu vida. Eres libre, aunque no me parezca bien.

—No me hagas reír, Mauro, y si has terminado, te pido, por favor, que me dejes disfrutar de mis días de descanso.

Me levanté de la mesa dejándole solo. Sentía un nudo en la garganta. ¿Cómo se había metido ese hombre dentro de mí y cuánto daño me había hecho? Es cierto que cada uno es libre de vivir su vida como le dé la gana, pero pienso que cuando estás conociendo a alguien, ¿qué menos que tener un poquito de respeto o, al menos, que me lo hubiera contado?

Se me habían quitado las ganas de seguir en la playa, así que lo mejor que podía hacer era subirme a la habitación y dormir un rato o, al menos, intentarlo…

Estaba esperando el ascensor cuando alguien se abrazó a mi cintura.

—¡Pero bueno! ¿Quién me ha capturado? Socorro, policía.

—Claudia, que soy yo, Pablo, no te asustes. —Me di la vuelta con una sonrisa.

—Menos mal, ya me veía en un cuarto oscuro.

—Papá, qué graciosa es.

—Ya lo veo, hijo —me dijo mirándome con una sonrisa.

—¿Tú también vas a dormir? —me preguntó Pablo.

—Claro que voy a dormir para estar descansada.

—¿Te acuestas conmigo?

—Pablo. —Le reprendió su padre.

—Si a papá le parece bien, vale.

—Papá, di que sí, porfi, tú siempre estás trabajando.

—Está bien, si a ella no le importa.

—Será todo un placer.

Nos metimos en el ascensor y, al darme la vuelta, vi a Mauro con los puños apretados y mirándome de una manera que no supe descifrar.

Al salir, vi que solo había una puerta en esa planta. Abrió la de la derecha dándome paso; al entrar me quedé sorprendida.

Un gran recibidor con un mueble pegado a la pared para soltar las llaves. Seguí caminando y me encontré con un salón donde había un pasillo, una cocina impresionante y una terraza.

Capítulo 21



Claudia

—Esto es una pasada. Mi habitación es más pequeña que el recibidor.

—Ja, ja, ja, pues aún no lo has visto todo. Ven, que te lo enseñamos.

Me había dado cuenta de que había también una puerta al lado de la terraza; esa fue la primera que abrió, encontrándome con un despacho.

—Yo no puedo entrar —me dijo Pablo, agarrándome de la mano.

—Bueno, es muy serio para un niño tan guapo como tú.

Estaba muy bien distribuido. Enfrente de la puerta había una mesa preciosa en color nogal detrás de un ventanal que ya me gustaría a mí tenerlo en mi casa. Tenía un mueble con carpetas y archivadores; también había un pequeño sofá con una mesa.

—Es muy tú, muy serio —le dije.

—No soy tan serio como piensas. Venga, vamos a seguir.

Salimos cerrando la puerta y seguimos por el pasillo, en el que vi que había tres puertas. Abrí una de ellas y me encontré con un cuarto de baño muy parecido al que había en mi habitación. La siguiente era la habitación de Pablo y en la pared tenía dibujado el mar con palmeras, siendo la cama con forma de barco.

—Me encanta, estoy segura de que esta es la habitación más bonita de todo el hotel.

—¿Te gusta de verdad?

—¿Bromeas? Está chulísima, a Hugo le encantaría.

—Puedes traerlo si quieres, ¿verdad, papá?

—Claro que sí, hijo.

Contaba también con un precioso baño con motivos infantiles y, frente a él, un armario de pared a pared. Lo siguiente que vi fue su dormitorio y, si el del niño me había enamorado, el suyo me conquistó por completo.

Tenía una cama en la que podían dormir perfectamente cuatro personas; a cada lado, dos mesitas de noche de un color blanco roto. El cabecero me llamó mucho la atención, ya que eran como tres hileras de libros.

—Qué original me parece el cabecero.

—Me gusta lo original, no quería uno convencional; aparte, si quiero leer, me es más cómodo cogerlo así.

Cuando me abrió la puerta del baño, me quedé muerta; eso no era un cuarto de baño, eso era el mejor que había visto en mi vida. Una bañera con patas preciosa en la que podía ahogarme y, al lado, tenía una ducha bastante grande y una puerta que accedía al vestidor.

—No sé si quiero ver más porque me están dando ganas de pedirte matrimonio. —Soltó una carcajada.

—Ven, te voy a enseñar algo mejor que el cuarto de baño.

Cuando salimos a esa terraza, casi me da un infarto.

—Te dije que no quería ver más.

Esa terraza era de lujo, lo tenía todo: piscina, *jacuzzi*, barbacoa, una barra de bar, un sofá con dos butacas y hamacas alrededor.

—Creo que será mejor que me siente —dije mientras me abanicaba con la mano.

—¿Te gusta, Claudia? —me preguntó el niño.

—No, Pablo, no me gusta, me encanta, pero ahora, señorito, usted y yo nos vamos a dormir.

—Qué manía con dormir, te pareces a mi padre —ambos reímos—, si es que no tengo sueño.

—Eso me dice mi hijo y después no se quiere levantar. O dormimos o me voy a mi habitación.

—Está bien, ya venimos, papá.

—Vale, hijo. Descansa, aquí os espero.

Me fui con el niño dejando al padre en la terraza. Cuando se durmiera, regresaría, ya que tenía muchas preguntas que quería hacerle.

El que no tenía sueño se quedó dormido en cinco minutos. Me levanté con cuidado y fui en su búsqueda. Me asomé a la terraza y vi que no estaba. Entré de nuevo, y fui hacia su dormitorio a ver si, por casualidad, estaba allí. Abrí la puerta, pero no estaba; solo me quedaba un sitio y era su despacho.

La puerta estaba cerrada, pero lo escuché hablar con alguien. Retrocedí sentándome en el sofá. Me puse a mirar el móvil y tenía un montón de mensajes. Mi padre me había mandado infinidad de fotos de su viaje y, por algunas de ellas, vi que no lo estaba pasando nada mal.

Adela también me había mandado fotos de Hugo. ¡Cuántas ganas tenía de verlo!, pero necesitaba tener unos días para mí. Tan sumida estaba en mis pensamientos cuando escuché una voz.

—¿Estás cómoda? —me dijo Alfonso—. Lo siento, tenía que resolver un asunto de trabajo.

—Tranquilo, aquí no se está nada mal; además, es hora de que me marche.

—Quédate, por favor, hace mucho tiempo que no estoy con una mujer a la que no le importe que yo tenga un hijo, pero, sobre todo, que sea mi prioridad.

—La mujer que haga eso no es una mujer, Alfonso, la que te quiera tiene que querer a tu hijo; si no, no merece la pena.

—Lo sé, pero no hay mujeres que se quieran hacer cargo de un hijo que no es suyo.

—Sí las hay, verás que cuando menos lo esperes encuentras a la mujer de tu vida.

—¿Quieres que nos demos un baño en la piscina?

—Solo si me prometes no mirarme como me has mirado en la playa.

—No prometo nada, pero venga, vamos a aprovechar que Pablo está dormido.

Fui detrás de él. Alfonso se veía buena persona y era muy guapo, no lo voy a negar, pero no estaba yo para hombres, ni tenía que haberme fijado en Mauro. La piscina se encontraba a la espalda del cuarto de Pablo, por lo que, si hacíamos algo de ruido, no creo que se despertara.

—¿Por qué me has besado, Claudia? No es que no me haya gustado, pero no venía a cuento, a no ser que…

—La culpa la tienes tú por mirarme así.

—¿Así cómo? —dijo riendo—. Te miro con los ojos que tengo, pero aún no me has contestado.

—Lo hice porque vi a Mauro y quise hacerle pasar por lo que él me hizo, y la suerte suya es que estábamos en un sitio público.

—Vaya, qué lástima, yo pensé que era porque te gustaba.

—Te digo una cosa, estás para mojar pan y comerse la barra entera, pero… después de lo que ha hecho, se me han quitado las ganas de hombres.

—¿Me lo quieres contar? —asentí con la cabeza.

Le conté cómo lo conocí, lo que surgió entre nosotros nada más vernos, cómo me llevó a Ávila y lo que disfrutamos juntos, para luego encontrármelo en su casa de esa manera. Tampoco pasé por alto lo de Pierre sin saber que era su amigo.

—Vaya, ¿crees que dejaría atrás todo a sabiendas de cómo le gusta el sexo?

—Eso dice, pero no lo creo.

—Yo tampoco, sé lo que es eso. Al principio piensas que es de viciosos, hasta podría decirte de guarros. —Rio con ese comentario—. Verás, no soy de sexo convencional; bueno, ahora, si me aprietas, ni del convencional, pero sé lo que es eso.

—¿Dónde quieres ir a parar? No te entiendo.

—Que a mi mujer tampoco le gustaba el sexo que yo practicaba. Cuando llevaba seis meses saliendo con ella, se lo tuve que confesar, ya que lo echaba de menos. Una tarde, cuando la recogí del trabajo, la llevé a mi casa y allí le expliqué todo lo que me gustaba en el sexo; además, le pedí que me acompañara a un local donde puedes vivirlo libremente y sin prejuicios.

—Me estás dejando a cuadros —le dije, sentándome en la escalera de la piscina—. ¿Cómo se lo tomó ella?

—Al principio me puso mala cara, después fue preguntándome todo lo que le daba curiosidad, hasta que un día me dijo que la llevase.

—¿En serio? Ahora sí quiero esa copa y me cuentas.

—Ja, ja, ja, qué curiosa eres, venga, vamos a tomarla.

Salió del agua y no le quité la vista de encima. El tío tenía un buen culo y él lo sabía.

—Deja de mirar mi culo.

—No lo estoy mirando.

—Mentirosa, no te creo. Además, mi culo lo tengo asegurado como muchas famosas.

—Ja, ja, ja. Sí, claro. Venga, que me tienes intrigada. ¡Cómo seas igual para todo!

—Depende del momento.

Me quedé pensando en Mauro, quizás si le hubiera escuchado o me hubiera llevado a mí a un local de esos… pero claro, si es que no le dio tiempo cuando ya había metido la pata.

Vino con las copas en la mano y me ofreció una.

—Venga, continúa, ¿qué más pasó?

—Pues que cuando entramos en el local y vio que allí no se hacía nada que uno no quisiera, quiso probar.

—¿De buenas a primeras?

—Sí, así, de buenas a primeras. Le presenté a unos amigos que tenía y que solían acudir con sus parejas. Quería que cogiera confianza con el lugar y que ella decidiera.

—No me lo digas, le gustó.

—Más que eso, me pedía ir una vez al mes.

Capítulo 22



Claudia

De verdad que no me estaba escandalizando; de hecho, no lo hice con lo de mi madre, no lo iba a hacer con gente que no conocía, simplemente me estaba sorprendiendo o quizás me estaba dando que pensar.

—Claudia, nadie debe obligarte a hacer algo que no quieras, pero deberías confiar e intentar ponerte en sus zapatos; imagina que hubiese sido al revés, ¿cómo hubieras actuado?

—Pero que no le critico cómo le gusta el sexo ni le deja de gustar, lo que le estoy criticando es que me haya engañado. Creo que debería irme. —Iba a salir del agua cuando me agarró del brazo.

—Habla con él, Claudia, escúchale.

—No tengo nada que escuchar, eso es imperdonable. Pensaba preguntarte cómo es que te alojas en semejante *suite*, pero lo dejaré para otro momento. Dale un beso a Pablo de mi parte.

—Es donde vivo en verano; soy el dueño del hotel.

Creo que había llegado la hora de irme; ya no pintaba nada allí y sabía que Mauro estaba en el mismo hotel. Mi trato con Alfonso no sé si sería el mismo, ya que ahora entendía la frase que me dijo al oído cuando se fue al llegar Mauro.

Al entrar en la habitación sonó mi teléfono.

—Dígame —contesté de muy malas maneras.

—¿He llamado en mal momento, hija?

—¿Papá, eres tú?

—A no ser que tengas más de uno, que lo dudo, cosa que más madres sí que podrías tener —dijo con segundas.

—Muy gracioso, ¿cómo estáis Julián y tú?

—Bien, hija, lo estamos pasando mejor de lo que pensábamos; con decirte que hemos ligado y todo.

—¿No me digas? No le vayas a contar por quién te dejó tu mujer, que se echará a reír.

—Tarde, ya se lo hemos contado y no se han reído porque no nos han creído. —No pude evitar soltar una carcajada—. ¿Y tú?

—Yo me marcho. Mauro ya me encontró porque tienes una hija muy chivata y le fue informando de todos mis movimientos.

—¿Estás segura de que es tu hermana? Mira que hay alguien peor que ella, hija. Tengo que dejarte, cuídate y nos vemos en dos semanas. —Colgó.

Qué barbaridad, no me había dejado ni decirle adiós. Me dejó pensando que quizás no fuera mi hermana, sino la chismosa de mi abuela. Sonreí, no me podía creer que hubiera sido ella, ¿o sí?

Me puse a hacer la maleta. No llevaba mucha ropa, ya que, total, en la playa y sola no me hacía falta mucho. Una vez que la tuve preparada, salí de la habitación y me dirigí a la recepción, pedí la cuenta y me marché sin mirar atrás.

Salí directa a por mi coche y os juro que me daba miedo mirar atrás, no quería encontrarme con Mauro. Sabía que había venido a hablar conmigo,

pero no me apetecía para nada.

Al dejar el pueblecito, me paré en un mirador que estaba a cincuenta kilómetros, pues necesitaba pensar, ya que me estaba volviendo loca con lo relativamente tranquila que era mi vida hasta que Mauro apareció poniéndola patas arriba.

Había tomado una decisión y no fue otra que la de volver a casa. No iba a huir más de él, como tampoco iba a dejar que siguiera en mi vida. Volvería a centrarme en mi hijo, mi trabajo y en mi familia.

✣ ✣ ✣

Quedaba menos de un mes para que las vacaciones llegaran a su fin. Desde que había vuelto, había dedicado mi tiempo a mi familia y a mi hijo. Cuando llegó la hora de recoger a mi hijo me fui otra semana con él y mi abuela, los tres solos. Tuve que quitarle el móvil a mi abuela para que no filtrase dónde estábamos.

Daniel había cambiado mucho y cuando me trajo al niño me pidió perdón al mismo tiempo que me daba las gracias por lo bien que estaba criando a nuestro hijo. Tuvimos una charla de cuatro horas; ahí me enteré de que había dejado a Andrea porque era ella la que no quería que tuviera relación con Hugo.

Me contó cómo había conocido a Verónica, la ex de Mauro, pero solo estuvieron juntos tres semanas. No me importaba que anduviera con quien quisiera, tan solo le pedí que primero fuera su hijo por delante.

No había vuelto a ver a Mauro desde que me vine de la playa, como tampoco quise que nadie hablara de él delante de mí. Llamadme estúpida, pero a veces es mejor no saber nada del hombre al que amas, pero que, a su vez, tanto daño te ha hecho.

—Mami, *jugas* con Hugo.

—Se dice jugar, hijo, ¿a qué quieres?

—A pintar.

—Pues vamos a pintar dinosaurios gigantes.

—Sí, muchos.

Nos sentamos en la mesa de la cocina aprovechando que allí estaba mi abuela preparando la comida.

—¿Hoy qué se come? —le pregunté dándole un susto de muerte.

—Hija, cualquier día te quedas sin abuela. Hoy se come ensaladilla y flamenquines, que no tengo muchas ganas de guisar hoy.

—Eso te pasa por no dejarme a mí hacerla. Por cierto, ¿qué sabes de tu hija?

—Yo no tengo ninguna hija.

—Abuela… no deberías ser así con ella.

—Ni abuela ni nada, se ha portado muy mal con todos nosotros, sobre todo con tu padre.

—Pero mi padre ya la ha perdonado.

—O dejas ese tema o te hablo yo de Mauro.

Mi abuela sabía cómo callarme cuando no le interesaba la conversación, hecho que me hizo seguir coloreando con mi hijo y pasar del asunto.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó mi hermana.

—Tita, en la cocina.

—Ay, mi sobrino guapo, ya sabía que estabais en la cocina. Hermana, tus vacaciones están a una semana de terminar.

—Eres muy graciosa, pero vamos, que ya hay ganas.

—No sé cómo te pueden gustar tanto los niños y aguantarlos si no son tuyos.

—Muy bonito. Hugo, no quieras a tu tía, ya que no eres de ella y no te quiere.

—No seas payasa. Tengo que hablar contigo. Abuela, encárgate del enano un rato.

—Vaya por Dios, ya me quedé con las ganas de saber qué es lo que pasa.

—Abuela, cuando escuches los gritos, te lo imaginarás.

—Laura, si me vas a hablar del innombrable, ya te digo que paso.

—Quiero que seas su acompañante en un evento.

—Ni muerta vamos, antes me lío con el primero que me encuentre por la calle.

—Venga ya, hija, tú no eres así —soltó la abuela desde la puerta de la cocina.

—Anda, que te ha faltado tiempo, abuela, pero yo ya he dicho la última palabra —soltó mi hermana levantándose—. Ah, otra cosa, o eres tú o es la nieta de Faustina, que no lo deja ni a sol ni a sombra.

Aquellas palabras me dejaron fuera de combate, qué poco había tardado en sustituirme y encima con esa que pierde las bragas cada vez que le ve.

—Al final sabía que se liaba con ella.

—No están liados, como tampoco quiere ir con ella, pero esta no lo deja ni a sol ni a sombra y parece que lo huele.

—Me da igual. No insistas, por favor.

—Mira el vestido que te he comprado para la ocasión.

La dejé hablando sola y volví a la cocina. Saqué un poco de ensaladilla para Hugo y una tapita para mí con una cerveza.

—Hija, deberías escuchar a ese hombre, no creo que sea tan grave lo que haya podido pasar.

—Abuela, ¿qué harías si te encontraras al hombre que quieres haciendo un trío? —le dije bajito para que Hugo no se enterara.

—Ay, hija, pues que me uniría a ellos. —La miré con la boca abierta—. No me mires así, siempre he dicho que yo no debería haber nacido tan pronto.

—Ja, ja, ja, abuela, si eso hubiera sido así, me dejas sin el gran amor de mi vida —dijo Gonzalo dándole un abrazo.

—Bueno, hijo, pero igual el amor de tu vida sería yo. —Soltamos una carcajada.

Nos fuimos sentando para comer entre risas y hablando todos a la vez; entró Ezequiel dándole un beso en la mejilla y empezamos a jalear.

—Desde luego que parecéis borregos, ¿qué pasa, es que no me pueden besar?

—Claro que sí —soltó Gonzalo—. Abuelo, se besa en los morros.

—Los morros te los voy a poner como un tomate si no te callas.

—Qué barbaridad, abuelo, qué agresivo estás tú hoy.

—Por culpa de la niñata esa de Valeria, que no hace nada más que preguntar por Mauro.

—Abuelo…

—Ni abuelo ni nada, Claudia, como no espabiles te quedas sin él. Ya me ha contado por qué estáis así y, aunque no lo ha hecho bien, tú lo has condenado.

—Bueno, mejor vamos a comer y dejemos ese tema para dentro de unos años, por favor, que tengo mucha hambre.

Empezamos a comer y durante la comida no se escuchaba ni el revoloteo de una mosca, cosa que agradecí enormemente.

Capítulo 23



Claudia

Había llegado el día del dichoso evento, que aún no me había enterado de qué iba, solo que teníamos que presentarnos con un vestido griego. Finalmente, me convencieron para que acompañara a Mauro y, aunque no me apetecía nada, no iba a permitir que fuese Valeria quien lo acompañase, aunque yo tenía muy claras mis normas y no iba a temblar al decírselas.

Me había pasado toda la mañana nerviosa, y el motivo no era otro que estar al lado de Mauro. A la hora de comer apenas probé bocado, hecho que provocó que mi abuela me metiera la cuchara en la boca como si fuera una niña pequeña.

No lo había vuelto a ver desde la playa. Una de las condiciones que le dije a su hermano fue que no me podía buscar hasta el día del evento. Ezequiel no hacía nada más que decirme que los tenía bien puestos y que si él fuera su nieto ya se habría hartado de esperar.

Bueno, para ser sincera, eso me lo decían todos, hasta mi padre, que había alargado sus vacaciones con su nueva amiga y que me lo repetía cada vez que hablábamos.

Acababa de ducharme y cogí el vestido que me había comprado mi hermana. Era un poquito descarado para mi gusto y, aunque parecía de la antigua Grecia, he de reconocer que era precioso, en color coral, con escote en

forma de V hasta la cintura y lo mismo por delante que por detrás, con dos aberturas en los laterales hasta medio muslo.

—Joder, si voy medio desnuda —me dije a mí misma—. Pero me encanta.

—Te dije que te iba a gustar.

—Sí, pero sigo diciendo que voy medio desnuda. Me da la sensación de parecer que voy buscando tema.

—Bueno, si te sale, lo coges y ya está. Anda, ven que te peine y te maquille para que termines de parecer una griega de verdad.

Cuando mi hermana me giró para que me mirase en el espejo, me quedé con la boca abierta. Me había hecho una trenza holandesa preciosa, los tonos en mi rostro eran suaves y discretos, bien sabía ella que no me gustaba ir muy maquillada.

—Dios, qué guapa me veo, gracias, Laura. —Le di un abrazo.

—Cuando te vea uno que yo me sé, se va a quedar con la boca abierta.

—Me da miedo ese momento, ya que aún siento por él.

—Lo sé, solo te digo una cosa, disfruta y déjate llevar. Olvida lo que viste ese día, y si no, buscas a Pierre y os vais los tres a un hotel.

—¡Laura!

—En esta vida hay que probar de todo, hermanita, te lo digo yo.

—No me interesa saber lo que haces.

—Venga, vámonos, que se nos hace tarde.

Cuando bajamos, estaban todos en el salón, y cuando digo todos, eran todos, incluido Mauro, que me miraba sorprendido sin poder cerrar su boca.

—Hijas, estáis guapísimas —nos dijo mi abuela.

—Hermano, esta noche rompen cuellos, ya verás —dijo Gonzalo dando un codazo a Mauro.

—Mami, qué guapa estás.

—Gracias, cariño. Pórtate bien y haz caso a los abuelos.

—Sí, mami, prometo.

—Chicas, vamos, que se nos hace tarde —nos dijo Gonzalo, cogiendo a mi hermana de la mano.

Mauro fue a cogérmela a mí, pero no le dejé. Salí delante de él y la abuela, que nos miraba, movió la cabeza como diciendo que yo era tonta, pero me daba igual.

Al salir por la puerta, estaba Valeria tocando la puerta de casa de Ezequiel.

—No hay nadie —le dijo Gonzalo.

—Ya lo veo, ya. ¿Mauro, no me ibas a llevar contigo?

—Imposible, cuando lo que sí te dije es que contigo no iba ni a la esquina.

—¿Y por qué con ella sí?

—Porque será la madre de mis hijos. Y ahora, si me disculpas.

Cuando le escuché decir aquello, solté una carcajada.

—No te rías, capulla —me dijo mi hermana—. A mí me dice eso Gonzalo y se me caen las bragas.

—Pues ya sabes, no te las pongas. —Reímos.

El camino duró casi una hora y Mauro me estaba poniendo nerviosa. Íbamos en una limusina y ellos estaban sentados enfrente de nosotras. Mi hermana y Gonzalo iban hablando de lo bien que lo iban a pasar, mientras Mauro me miraba y sonreía el muy cabrito.

Cuando salimos de la limusina, me quedé sorprendida, ya no solo porque donde estábamos era en medio del campo, sino por la pedazo de casa que tenía ante mí.

—¿Dónde estamos? —le pregunté a mi hermana.

—Confía en mí, preciosa —me contestó Mauro en el oído.

Me agarró de la mano y quise soltarme, pero no me lo permitió. Cuando llegamos a la puerta, había un chico dándonos la bienvenida.

Nada más entrar había una especie de recibidor y un atril donde había una chica con un ordenador.

—Buenas noches, ¿sus nombres? —preguntó con una sonrisa.

—Mauro y Gonzalo Serrano.

—Aquí están, que disfruten de la noche.

—No lo dudes, preciosa —contestó Gonzalo, recibiendo un codazo de mi hermana—. Auch, que ha dolido.

—Pues te jodes. —Reímos y por un momento me relajé.

Cuando cruzamos las cortinas, no sé lo que me entró por el cuerpo, fue entonces cuando me di cuenta de dónde me encontraba; tonta no era.

—Laura, dime que esto no es un local de esos de sexo.

—¿Ya has estado en uno? Joder, qué callado te lo tenías.

—No seas payasa. Ya sabes que leo mucho y por lo que estoy viendo, estoy en uno de ellos.

—Relájate y disfruta. Te estás perdiendo las cosas buenas de la vida, Gonzalo y yo nos separamos aquí.

Me quedé en medio de aquel salón tan grande, donde a un lado había una barra de bar y en otro mesas donde la gente estaba tomando algo y charlando.

Fui derecha hacia la barra, sentía a Mauro detrás de mí, pero no me importaba, pensaba ignorarlo por completo.

—Un *whisky* doble, por favor —le pedí al chico que había detrás de la barra.

—Que sean dos —pidió Mauro.

—No sé con qué intención me has traído aquí, pero desde ya te digo que antes me follo al camarero.

Este, que lo escuchó, no tardó en contestarme.

—Lo siento, preciosa, pero yo prefiero que me folle él. —Mauro soltó una carcajada.

—Lo siento, no quería…

—Tranquila, ya sé que estoy muy bueno. Me suele pasar a veces. —Se fue dejándonos solos.

—No deberías beber eso.

—¿Ahora eres mi madre?

—No, solo que no deberías bebértelo.

No le hice caso. Cogí el vaso y me lo bebí de una vez como si fuera agua. Cuando terminé de beber, me dio por toser, la garganta me quemaba una barbaridad.

—Te dije que no deberías beber eso.

—No he pedido tu opinión, chico. Ponme otro igual.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí?

Me giré y vi a Pierre con el chico y la chica que ya conocía, pero no nos habían presentado.

—¡Pierre! —Me tiré literalmente a sus brazos—. Eres lo mejor que me ha pasado desde que salí de casa. —Rio.

—Estás preciosa, de verdad que sí —me dijo cuando me bajó—. Mira, te presento a Roland y a Eliana, una buena amiga de los tres.

—No me cabe la menor duda —le dije dándome la vuelta sin saludar a ninguno de los dos.

—Ja, ja, ja, veo que aún está cabreada —dijo el tal Roland.

—Siento que sigas siendo una estrecha —me dijo ella.

—Y yo siento que seas una cerda.

—No lo sabes bien, querida, cuando quieras soy una cerda contigo. Ya me han dicho que en la cama no estás nada mal.

No sé por qué, pero cuando soltó eso miré a Mauro y después a Pierre, arqueando una ceja.

—Juro que yo no he dicho nada —me dijo Pierre levantando las manos.

—Entonces ya sé quién ha sido. Sinceramente, no sé qué mierda hago aquí. —Me volví a beber la copa del tirón—. Que paséis muy buena noche, cosa que no dudo.

No me dio tiempo de dar dos pasos seguidos cuando noté que me cogían y me cargaban a la espalda.

—Haz el favor de soltarme, Mauro —le dije golpeándole con los puños.

—Estate quieta, que te están mirando y te estás comportando como una niña.

—Como si eso me importara, fíjate tú.

—¿Todo bien por aquí? —Esa voz me sonaba mucho.

—No, este hombre me está llevando no sé dónde sin mi consentimiento.

—Solo vamos a hablar.

—¿Claudia? ¿Eres tú?

—¿Alfonso? ¿Eres tú? —Soltó una carcajada.

—El mismo, escúchalo, Claudia, nos vemos.

—No pienso escucharte.

—Ni yo pienso soltarte.

Seguimos por un pasillo hasta llegar a unas escaleras; por más que le pedía que me soltara, no me hizo caso alguno.

Se paró en seco, se quedó quieto un momento cuando vi que tiraba hacia el lado derecho, abriendo una puerta por la que entró y entonces me soltó antes de cerrarla con llave.

—De aquí no nos moveremos hasta que no hablemos.

—Pero yo no quiero hablar.

Miré alrededor de esa habitación, vi cosas que no sabía ni que eso podía existir.

Capítulo 24



Mauro

Cuando vi a Claudia bajar por las escaleras con ese vestido, me quedé sin respiración. Estaba espectacular, aún más de lo que lo era, y yo no podía dejar de mirarla según iba bajando cada escalón mientras observaba cómo enseñaba sus piernas.

Cuando llegó abajo, nuestras miradas se quedaron enganchadas por unos segundos. Sabía que aún no me había perdonado, pero también era consciente, por el brillo de sus ojos, de que aún sentía algo por mí.

Y ahora la tenía aquí conmigo, medio borracha por las dos copas de *whisky* que se había tomado y, encima, como si estuviera bebiendo agua.

—No pienso hacer nada contigo —me dijo mirando todo lo que había alrededor de ella.

—Sí lo vas a hacer, vamos a hablar y me vas a escuchar. —La cogí y la senté en el sofá que había.

—No voy a follar contigo así seas el último hombre de la faz de la tierra —me dijo mordiéndose el labio inferior.

—Ten, bebe agua y no vuelvas a hacer eso.

—¿Qué pasaría si sigo haciéndolo? —Se levantó soltando el vaso y viniendo hacia mí—. Dime, Mauro, ¿qué pasaría?

—Claudia, no sigas —le dije echando un paso hacia atrás y tragando saliva —. Primero vamos a hablar y después ya veremos.

—Fóllame, Mauro, que para eso hemos venido.

—Estás borracha.

—Ja, ja, ja, eso es lo que tú piensas, pero estoy cuerda. O me follas ahora o salgo por esa puerta y busco a Pierre o a Alfonso.

No hizo falta que dijera nada más. La cogí por la cintura, atrayéndola hacia mí y besándola. Dios, qué ganas tenía de volver a besarla. No se resistió, me dio paso juntando nuestras lenguas.

No dejaba de gemir en mi boca y eso me estaba poniendo más duro de lo que ya estaba. Le di la vuelta, poniéndola contra la pared, y empecé a besarle el cuello mientras ella me quitaba la chaqueta.

—Te sobra mucha ropa —me dijo tirándola al suelo.

—Pues quítamela toda.

Mis manos fueron hacia sus pechos, esos que me volvían loco. Noté que no llevaba sujetador, saqué un pecho por fuera del escote mientras lo lamía y mordisqueaba el pezón. Hice lo mismo con el otro mientras ella no dejaba de gemir y chillar.

—Mauro, por Dios, no pares.

—Tranquila, que no pensaba hacerlo.

Con una de mis manos bajé, metiéndola por dentro del vestido. Cuando fui hacia sus partes, noté que tampoco llevaba bragas.

—Me estás sorprendiendo por momentos, Claudia, no llevas ropa interior.

—Era por si se me marcaba al andar.

Me puse de rodillas, separando sus piernas y echando una a los hombros. Separé sus labios y le pasé mi lengua, escuchando cómo gemía. Fui más deprisa, mordiendo y succionando su clítoris. No me dio tiempo a introducir dos dedos cuando se corrió en mi boca.

—Joder, Mauro, quiero más —me pidió.

Le quité el vestido y me la llevé a la cama. La penetré despacio, sintiendo ese calor que tanto me gustaba. Me costaba ir a su ritmo porque no era lo que me llamaba, pero necesitaba en ese momento estar dentro de ella, no era solo eso, también era lo que me hacía sentir.

La embestía una y otra vez mientras veía el deseo en sus ojos.

—Mauro, yo… quiero que me folles como tú lo haces.

—Claudia, ¿estás segura de ello? —asintió sonrojada.

No hicieron falta más palabras cuando la puse a cuatro patas y, sin esperarlo, la penetré, soltando un grito que hizo que se me endureciera más.

—Oh, Mauro, sí, joder, sigue así, más fuerte.

Por cada palabra que salía de su boca y en el tono que las decía, más me encendía. Me atreví a cogerla de la trenza, tirando hacia mí, haciéndole gritar en cada embestida.

—Joder, sí, sigue así, lo que me estaba perdiendo. Dios, me voy a correr.

Cuando escuché que dijo eso, esperé a que se corriera para hacerlo yo al mismo tiempo. Caímos en la cama exhaustos y yo me arrimé a ella dándole un beso en la frente.

—Gracias, Claudia.

—¿Bromeas? Gracias a ti, no sabía que podía dar tanto de mí.

—Te sorprenderías de lo que puedes dar de ti en el sexo. Solo tienes que dejarte llevar y nunca permitir que te hagan lo que no quieres hacer.

—Estás hablando como si hubiera permitido algo que no quisiera en mi vida y te puedo asegurar que no es así.

—No estoy diciendo eso, solo te digo que en el sexo todo vale si es consensuado.

—No sé si estoy preparada para eso, quiero ir poco a poco, pero hay una idea que siempre me ha rondado por la cabeza.

—Cuéntame, me gustaría saber cuál es.

—Me da mucha vergüenza; mejor lo dejamos para otro día.

Se levantó a mirar todo lo que había en la vitrina mientras la escuchaba resoplar. Me di cuenta de cómo se quedaba mirando unos vibradores que había de varios tamaños.

—¿Te gustan? —le pregunté acercándome a ella—. ¿Quieres probar alguno?

—Sí, y a ser posible de carne y hueso.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, que prefiero que sea de carne y hueso.

—¿Quieres un trío?

—O un cuarteto, ¿es lo que a ti te gusta, no?

Escucharla hablar así me había sorprendido y, al mismo tiempo, me había puesto duro de nuevo con solo imaginarme esa escena con ella.

—No sabes lo que dices.

—Ja, ja, ja, ¿piensas que soy tonta? Pues quizás sí, pero me da igual.

—Sigues estando borracha, será mejor que te lleve a casa.

—Puede ser, pero como tú no quieres, me voy a buscar a mis amigos.

No sé qué le había pasado para pensar de esa manera. Por un lado, me gustaría verla disfrutar, porque sé que lo haría, pero por otro lado me jodía compartirla, ya que es lo que siempre había hecho, compartir a algunas de mis amigas, pero con la diferencia de que no sentía nada por ellas; sin embargo, con Claudia lo sentía todo. Había tardado en darme cuenta de que era la mujer que quería para toda la vida.

—Me voy, Mauro, voy a buscar a Pierre y Alfonso, ¿no queríais mi hermana y tú que me despendolara? Pues eso voy a hacer.

—Espera. —La cogí suave del brazo—. ¿Estás segura de ello?

—¿Me ves titubear?

—Está bien, será como tú quieras, voy a ver si están disponibles.

Cogí el teléfono y llamé a Pierre. Le conté lo que Claudia me había pedido y se sorprendió cuando le dije que buscara a Alfonso y vinieran para la habitación donde estábamos.

—¿Qué es esto? —me preguntó.

—Es un plug anal. Ese es el tamaño grande, los hay más pequeños.

—¿Esta cosa entra por ahí? —Solté una carcajada.

—Preciosa, no te imaginas lo que eso de ahí da de sí.

—Quiero probarlo. —Se subió encima de la cama tirando de mí—. Quiero que me hagas disfrutar esta noche como nunca lo he hecho, quiero que me hagas gritar hasta quedarme afónica. —Iba a contestarle cuando llamaron a la puerta.

Escucharla decir eso me puso aún más excitado de lo que estaba, y aunque no me gustaba la idea de compartirla, iba a hacer lo que ella quería, disfrutar. Abrí la puerta y me encontré a Pierre con una ceja levantada y, a su lado, a Alfonso.

—¿Es aquí donde está la fiesta? —preguntó Pierre enseñándome dos botellas de *whisky* en las manos.

—Déjate de tonterías y pasa.

—Mauro, ¿quieres que nos vayamos? —me dijo cuando estaba a punto de entrar.

—De eso nada, de aquí no se va nadie hasta que yo lo diga —dijo Claudia sentada en el filo de la cama con las piernas abiertas.

—La madre que me parió —dijo Pierre.

—¿Quieres que tu madre también esté aquí? —Soltó una carcajada mientras que los tres la miramos con la boca abierta—. Me da a mí que aquí hay mucho lirili y poco lerele.

Alfonso se adelantó poniéndose de rodillas ante ella y pasando la mano por su entrepierna. Verle hacer eso me puso de mala leche.

—De eso nada, preciosa, que desde que te vi con ese maldito bikini en la playa no puedo quitarte de mi mente —le dijo pellizcando un pezón con la otra mano.

Iba a cogerle del cuello cuando Pierre me frenó.

—¿Qué haces, tío? Has sido tú el que nos ha llamado.

—Ha sido ella, quiere hacer en una noche lo que no ha hecho en su puñetera vida.

—Ja, ja, ja, te has enamorado, macho —me dijo muy bajito.

—Dejad de reíros y venid aquí —nos pidió Claudia—. Hasta que no diga lo contrario, ahora la que manda soy yo, os quiero a los tres desnudos y, cuando terminéis, nos tomaremos una copa los cuatro.

No sé lo que pretendía; no creo que fuera capaz de hacer mucho con los tres, no la veía tan valiente. Pierre fue a echar esas copas mientras que ella

estaba hablando con Alfonso, hasta que la vi acercarse a él, ponerse de puntillas y besarle.

Capítulo 25



Claudia

No sabía si cuando se terminara la noche acabaría arrepintiéndome de lo que iba a hacer, ¿estaba segura? No. ¿Me apetecía probar? Sí, la verdad es que me daba mucho morbo, solo de pensar en lo que me harían ya me excitaba.

Los tenía a los tres frente a mí desnudos. Miré a cada uno de ellos y la cara de Mauro era para grabarla, estaba como enfadado, pero eso a mí me daba igual. Bebí un sorbo de la copa que Pierre me dio y la solté en la mesa.

—Quiero que hagáis de esta noche una que sea inolvidable. Es mi primera vez en esto, no sé si me gustará, pero lo que sí sé es que voy a dar lo mejor de mí… y Mauro, o cambias esa cara o sales de esta habitación, tú decides. —No sé de dónde me salió la valentía de decirle eso, pero no me gustaba lo que estaba viendo.

Me levanté de la cama mordiéndome el labio inferior e yendo hacia donde estaban ellos. Pierre a la derecha, Alfonso en el centro y Mauro a la izquierda.

Me puse enfrente de Alfonso arrodillándome. Cogí su miembro con la mano y el de Pierre, los masajeé y escuché cómo gruñían. Primero me metí el pene de Alfonso y lamí cada centímetro; la verdad es que estaba muy bien dotado. De él pasé al de Pierre, ese ya lo había saboreado y me encantaba volver a hacerlo otra vez. Mientras iba de uno a otro, miré a Mauro, no sabría decir qué es lo que decía su mirada.

Sentí cómo me pellizcaba mis pezones haciéndome gemir en la boca de los dos, cada vez notaba que estaba más mojada, necesitaba que me tocaran.

—Mauro, tócame y prepárame.

Me cogió y me llevó a la cama, donde me puso a cuatro patas. Vi que iba hacia la vitrina mientras que Pierre y Alfonso se ponían de rodillas delante de mí.

—Sigue con lo que estabas haciendo, preciosa —me dijo Pierre.

No hicieron falta más palabras. Lamía y succionaba, iba de uno a otro, mientras sentía cómo Mauro me tocaba. Noté que me echaba un líquido por mi ano, lo acarició y fue metiendo un dedo poco a poco.

—Mmm, eso me gusta, sigue.

—Y más que te va a gustar —me dijo metiéndome el dedo hasta dentro.

Me estaban volviendo loca entre los tres. Sentí algo frío en mi parte de atrás y pegué un respingo.

—No te muevas, Claudia, o te dolerá —me dijo Mauro metiéndome el plug anal poco a poco.

—Céntrate en nosotros, preciosa. Ven y acógeme dentro de ti —me dijo Alfonso.

Se tumbó en la cama y me puse encima de él mientras fui bajando poco a poco hasta que lo tuve dentro de mí. La sensación que sentí era de estar llena absolutamente. Miré a Pierre y vi cómo se masturbaba mientras me miraba. Alfonso me agarró de las caderas para llevar el ritmo.

Sentía a Mauro detrás de mí mientras Pierre se puso delante de mi cara y me metió su miembro en la boca. Jamás pensé que me iba a ver en esta tesitura.

—Joder, Claudia, para no haber hecho esto nunca se te da de lujo —me dijo Alfonso.

—Yo tampoco pensé que se me iba a dar tan bien. Joder, Mauro, mételo ya, ¿o es que acaso no sabes?

Creo que eso le sentó mal, no, lo siguiente, porque cogió el plug y lo terminó de meter de golpe, un golpe que me hizo gritar, pero no de dolor, fue un grito de placer.

Una locura todo lo que pasó y que me hizo disfrutar de esos tres hombres. Probé a cada uno de ellos, de uno en uno, de dos en dos, le pedí a Mauro que se pusiera delante de mí mientras los otros dos me penetraban. Le cogí su miembro y me lo metí en la boca y fue cuando me agarró del pelo para marcar el ritmo.

No dejé de mirarlo en ningún momento, sé lo que estaba sintiendo, lo veía en sus ojos. Le agarré de las nalgas cuando vi que se iba a correr y no le dejé sacarlo de mi boca, el grito que pegó hizo que yo también me corriera y conmigo Alfonso y Pierre.

No sé el tiempo que estuvimos; lo único que sé es que estaba muerta en vida del cansancio. Terminamos los cuatro bocarriba sobre la cama.

—Claudia, para ser la primera vez has estado genial, de verdad —me dijo Alfonso dándome un beso en la boca antes de levantarse.

—Preciosa, me ha encantado lo que has hecho esta noche, sabía que llevabas una fiera dentro de ti —me dijo Pierre levantándose también.

—Gracias, chicos, por hacer esto posible —les dije a los dos antes de que se marcharan.

Miré alrededor y no vi a Mauro. Me levanté y me dirigí al cuarto de baño, la puerta estaba entreabierta y entré al comprobar que estaba duchándose.

—¿Puedo ducharme contigo?

—Me da igual, puedes ducharte si quieres.

—Mauro, ¿por qué estás así conmigo? ¿No era esto lo que querías?

—Sí, claro, es lo que quería. Ver cómo te follaban otros y hacerlo yo también.

Esas palabras no me dolieron tanto como la forma en la que me lo dijo y cómo me miró.

—Pensé que era lo que querías, que te gustaba compartir chicas con tus amigos.

—Así es, como me gusta el sexo, por eso vengo a este local muy seguido.

No quise escucharle más, estaba claro que lo que quería era dañarme y no lo iba a conseguir. Estaba dolido y no se lo iba a tener en cuenta.

Me vestí y salí de la habitación dejándolo solo. Fui hacia donde estaba la barra en la que me encontré a Pierre y Alfonso.

—¿Habéis visto a mi hermana?

—Desde que estamos aquí no hemos visto a nadie.

—¿Me podéis pedir un taxi? Quiero irme a mi casa.

—No puedes —me dijo Alfonso—. Aquí no vienen los taxis, preciosa, pero si quieres te puedo llevar.

—No hace falta. —Escuché la voz de Mauro—. Ya la llevo yo.

—Ja, ja, ja. —Rio Pierre—. Pensé que no vería esto en mi vida.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté toda intrigada.

—Nada, no te preocupes, ya lo sabrás.

Pedí un vaso de agua y me senté en una mesa a esperar a mi hermana, hasta que ella y Gonzalo no llegaran, no podíamos irnos.

Llevaba un rato esperando cuando vi aparecer a la chica que encontré en casa de Ezequiel, vio dónde estaba Mauro y se acercó a él contoneándose. Le

abrió las piernas y se metió entre ellas a la vez que se agarraba a su cuello y le besaba, llevando su mano a la entrepierna.

Al principio él la apartó, pero cuando vio que yo estaba mirando, la cogió de las caderas acercándola más a él. ¿De qué coño iba? ¿No se suponía que me iba a llevar a casa?

Mis lágrimas empezaron a salir una detrás de otra sin poder evitarlo, Pierre se dio cuenta y vino hacia mí sentándose a mi lado.

—Llévame a casa, por favor.

—Venga, vámonos, diré que le comuniquen a tu hermana que te has ido.

No quise mirar más hacia donde estaba él, había sido una mala idea venir, porque lo que había pasado lo había disfrutado, pero no pensaba repetirlo, al menos de momento.

Vi venir a Pierre y me levanté. Miré hacia la barra y vi que Mauro no estaba. No quería que me afectara, como tampoco quería volver a estar con él. Éramos muy diferentes y la vida que a él le gustaba a mí no. Lo había probado, disfrutado, pero aquí se quedaba todo.

Durante el tiempo que duró el recorrido hasta mi casa no abrí la boca y tan solo lloraba. Pierre respetó mi silencio, aunque me dijo que no llorara por alguien que no merecía mis lágrimas.

—Lo sé, no puedo evitarlo, es muy duro, no esperaba que me hiciera eso.

—Tú se lo has hecho.

—No, yo no he hecho nada, solo lo que a él le gusta hacer, ¿pensaste que yo era la única?

—Lo pensé porque ese hombre te ama, jamás le he visto mirar a una mujer como te mira a ti.

—Pues bonita manera de demostrarme que me ama, así que no me hagas reír.

No volví a decir nada, entendía que era su amigo y como hombre, también lo defendería.

—¿Dónde te estás quedando? —le pregunté cuando nos estábamos acercando a mi casa.

—¿Tú qué crees? Con Mauro.

—No quiero ir a mi casa así, mi abuela duerme con un ojo abierto y otro cerrado.

No tuve que decir nada más. Le dijo al taxista que nos llevara al hotel más próximo.

Llegamos; en otro momento me hubiera parado a mirar por todos lados, pero en ese momento no tenía ganas ni de respirar. Pierre pidió una habitación mientras yo le esperaba apoyada en una columna.

Subí en el ascensor en silencio, no me apetecía hablar, solo quería meterme en la cama. Entramos en la habitación y vi que solo había una cama, no dije nada, sinceramente, me daba igual.

—Lo siento, solo tenían dos habitaciones libres y de cama doble.

—No me importa, necesito dormir, y tampoco sería la primera vez que lo hacemos juntos. No tardes en apagar la luz, por favor —le pedí metiéndome en la cama tal como iba.

Capítulo 26



Claudia

Por fin había llegado septiembre y todo estaba volviendo a la normalidad. Quedaban tres días para que empezara el curso. Mi hermana ya se había marchado a la ciudad con Gonzalo y me alegraba por ellos porque se veían muy felices.

Mi padre también se había marchado ya, seguía viviendo con Julián, o Julián con mi padre. Mi madre estaba un poco más suave e intentaba ponerse en contacto con mi abuela, pero esta no cedía ni a la de tres.

Os estaréis preguntando qué pasó aquel maldito día, al menos para mí, pues algo tan sencillo como que, después de aquella noche, cuando volví a casa, me encontré con que mi abuela quería llamar a la policía por mi desaparición.

Cuando mi hermana nos lo contó, Pierre y yo nos echamos a reír, pero no por eso, sino porque se nos había olvidado completamente avisarla de dónde estaba. Quise hablar con Mauro, pero me dijo que no teníamos nada de lo que hablar y que lo mejor que podíamos hacer era seguir como antes de conocernos, cada uno con su vida.

Me quedé hecha una mierda, pero de las grandes. A mi hijo lo mandé con sus abuelos, ya que no quería que viera lo mal que lo estaba pasando, pero me di cuenta de que era lo mejor para los dos, no estábamos hechos el uno para el otro.

Estaba nerviosa, ya había conocido a muchos de los profesores, porque aunque las clases no empezaban hasta pasados tres días, yo ya había empezado.

Me sorprendió lo jóvenes que eran muchos de los maestros, no es que me importara mucho, pero sí que veía algunas caras que me miraban por encima del hombro y eso no me gustaba para nada.

Vicente, el director, me lo puso muy fácil. Dejó que la clase la pusiera como yo creyera conveniente y a mi gusto. Tendría unos cuarenta años, moreno y alto.

Miré mi reloj y vi que ya eran las doce de la mañana del viernes. Sentí unos pasos por el pasillo.

—Está quedando preciosa, cuando los niños vean ese mural, van a alucinar.

—Gracias, María, me muero de ganas por ver esas caritas.

María era con la que mejor me llevaba, no hacía preguntas, no juzgaba y siempre estaba ahí para cualquiera de sus compañeros.

—Vengo a por ti, es hora de tomar un café.

—Pero es que aún me quedan cosas por hacer y no me va a dar tiempo.

—Ya lo sé, pero no podemos dejar sola a Leticia con la arpía de Sandra. —Reímos.

Sandra era la típica persona que se creía por encima de las demás e intentaba dejarte en ridículo sin importarle quién estuviera delante.

—Está bien, pero solo un café, que siempre me lías.

—Bueno, ya veremos, lo que diga el señor director.

—Sí, claro, el señor director… tienes que disimular más.

—No sé de qué me hablas, Claudia.

—Lo sabes perfectamente y como no te espabiles, habrá alguien más espabilada que tú y te ganará la partida.

Se quedó callada mirándome; en el fondo sabía que tenía razón. Era observadora y desde el primer día me di cuenta de que estaba coladita por él.

—Venga, vamos a por ese café.

Entramos en la sala de profesores, donde solo estaban Óscar, Sandra y Vicente.

—Ya estamos todos —dijo Sandra con sorna.

—Claro, faltábamos las mejores —le dije en el mismo tono en que ella habló.

—Las mejores y las más guapas —dijo Óscar guiñándome un ojo.

—¿Cómo estás, María? —le preguntó Vicente ofreciéndole un café.

—Bien, gracias —le contestó sonrojada.

—Estoy bien, Vicente, gracias por preguntar —le dije.

—No me has dado tiempo, mujer. Bueno, mientras nos tomamos el café, quería preguntaros si todo está listo para el lunes.

—A mí me quedan dos o tres cosillas nada más, pero hoy quedarán terminadas.

—Está dejando la clase de tal manera que los niños no se van a querer ir —le dijo María.

—No entiendo cómo podéis perder tanto tiempo en niños tan pequeños que no entienden nada.

—Lo que yo no puedo llegar a entender es cómo, dedicándote a la enseñanza, digas esas cosas, creo que, aparte de los niños, tú también necesitas aprender.

—Mira, rica, yo sé muy bien lo que tengo que hacer y tú no eres nadie para decirme cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Pues aplícate el cuento, maja, no creas que porque seas tan altiva te va a ir bien conmigo.

Nadie dijo nada, pero me di cuenta de cómo Óscar y Vicente sonreían, como también me di cuenta de cómo Vicente miraba a María.

Nos tomamos el café charlando de lo que nos esperaba el lunes, llantos de los más chicos e incluso de alguna madre, eso es una de las cosas que me daba mucha pena. Pedí que Hugo no estuviera en mi clase, ya que prefería que estuviese con otra maestra, no es que no quisiera tener a mi hijo conmigo, lo que no quería era que hubiera malentendidos entre los padres.

Volví a terminar mi clase, el mural me estaba quedando precioso. En una pared había personajes de Disney; en otro mural había un popurrí de dibujos que a los niños les encantaba.

Había puesto las mesas en el centro de la clase. Eran seis y quería tenerlos a todos en el mismo sitio y así poder controlarlos mejor.

Me apoyé en el quicio de la puerta y cuando terminé de ver desde otro ángulo la clase, cogí mi bolso para marcharme. La verdad es que ya la había visto desde todas las perspectivas y es que quería que todo estuviera perfecto para recibirlos.

—¿Aún por aquí? —Escuché preguntar a Vicente.

—Sí, pero ya me voy, quería que todo quedara perfecto.

—Anda, venga, que solo quedamos tú y yo.

—¿Ya se han ido todos?

—Te estoy diciendo que solo quedamos tú y yo.

—Lo siento, no me he dado cuenta, deberías haberme avisado antes.

—No te preocupes que no he estado parado precisamente, pero es que ya no me apetecía más papeleo.

—Ja, ja, ja, ay, de verdad que lo siento, ¿una cerveza?

—Mira, te lo iba a proponer yo.

—Pues venga, vamos por ella.

Fuimos a un bar que había enfrente del colegio y nos dimos cuenta de que la gente empezaba a mirar y a susurrar. Nos sentamos en una de las mesas de la terraza, el camarero nos atendió de inmediato y nos volvimos a quedar solos.

—¿Estás nerviosa? He de advertirte que algunos padres son peores que los niños.

—No hace falta que me adviertas, sé lo que es eso.

—Bueno, cuéntame algo de ti, ¿casada, divorciada…?

—¿Me está tirando usted los tejos, señor director? —le dije sonriendo.

—No, por Dios, eres muy guapa, no lo voy a negar, pero mi corazón está ya ocupado por una persona.

—Vaya, es una lástima.

—¿Claudia? —El pobre me miró con una cara de pena.

—No, no, no es lo que imaginas, perdona, que yo no tengo ganas de hombres, es que… bueno, no me corresponde a mí decirte nada, perdona.

—Me gusta una compañera tuya, es María. No le vayas a decir nada. —Hice como que echaba la cremallera.

—No voy a decir nada, pero sí que te voy a dar un consejo. No dejes pasar el tiempo, que no sabes lo que puede llegar a pasar.

—Lo sé, me he prometido a mí mismo que si en este curso me entero de que no tiene pareja, la voy a invitar a cenar una de estas noches.

—Pues ya estás tardando en preguntárselo.

—Ya lo haré, también quiero decirte que mi sobrino también está en este colegio.

—No me habías dicho nada hasta ahora.

—No ha salido la conversación, mi hermano es viudo y se mudó aquí para que yo pudiera echarle una mano con el niño.

—Vaya, lo siento, conocí a alguien este verano en la misma situación que tu hermano y ningún niño debería crecer sin su madre.

—La verdad es que sí, pero bueno, mejor cambiemos de tema.

—¿Qué tal te llevas con tu ex? Te lo digo por si quieres que cuando empiece el curso, le metamos en el grupo de la clase.

—Ni bien ni mal, digamos que cordial. No sé si querrá, pero de todas maneras yo se lo diré por si quiere dar su número de teléfono.

—Estaría bien que participara, la verdad.

—Seguro que sí, él también es maestro y le gusta hasta participar con sus compañeras. —Soltó una carcajada.

—Lo siento por ti.

—Para nada, es lo mejor que me ha podido pasar, como también te digo que estaba muy a gusto como estaba sin saber nada de ningún hombre y ahora tengo un enredo de tres pares de narices.

—Eres muy exagerada, ya será menos, mujer.

—Si yo te contara…

Nos bebimos dos cervezas más y estuvimos hablando de las cosas del colegio, de los niños y de mi mudanza al pueblo.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de marcharnos, al menos yo que tengo mucho que preparar. —Nos despedimos con un beso y muchos curiosos mirando.

Capítulo 27



Mauro

—No necesito que me digas lo que tengo que hacer con mi vida, Gonzalo.

—Eres muy cabezota, sabes que las cosas no son como tú las estás haciendo, vas a perder a la mujer de tu vida.

—Gonzalo, eres mi hermano y te quiero mucho, pero deja de meterte en mi vida, te lo pido, por favor. Ahora tengo que dejarte, ya que tengo una reunión en quince minutos y no me dio tiempo a revisar unos documentos.

—Está bien, tú ganas. Pásate un día por casa a cenar, Laura se alegrará de verte.

—Está bien, una noche de estas te llamo.

Me alegraba mucho ver a mi familia, pero lo que no me gustaba era cuando mencionaban a Claudia. No quise hablar con ella en su día, lo mejor era que cada uno siguiera con su vida como antes de conocernos.

No había vuelto a ir al pueblo, es cierto que tampoco quería ir porque sabía que me encontraría con ella. Mi abuelo me llamaba todas las semanas para decirme los días que quedaban para su cumpleaños y quería que estuviera en él.

Estaba pensando mucho en ese día, jamás había faltado a un cumpleaños de mi abuelo y, aunque no me apetecía ir, no pensaba faltar por una mujer. He

de reconocer que pensaba mucho en ella, siempre me preguntaba cómo estaría y si ya se habría olvidado de mí.

—¿Se puede pasar? —me preguntó Roland asomando la cabeza.

—Sí, pasa.

—Ya está todo listo para la reunión, Pierre está aparcando y Eliana está en la sala de reuniones.

—Dame unos minutos que ponga estos papeles en la carpeta y nos vamos.

No quería que la reunión durase mucho, ya que era entre nosotros y el jefe de ventas de un concesionario del norte. Teníamos tres vehículos que queríamos quitarnos lo más pronto posible, puesto que no nos interesaba mucho venderlos como coches de lujo.

—Buenas tardes, señores, Eliana —todos me contestaron a la vez—, podemos empezar.

Dejé que Pierre hablara, ya que él era un experto en esto de la palabrería. Eliana estaba sentada a mi derecha y me estaba poniendo nervioso, no hacía nada más que llevar la punta del pie a mi entrepierna.

—Yo digo que lo mejor que podemos hacer es poner esos coches en venta en la próxima exposición, sería una buena ocasión para venderlos —dije levantándome de la silla.

—Eso mismo estaba pensando yo —dijo el jefe de ventas—. Eso suele funcionar muy bien.

—Pues si todos estamos de acuerdo, podemos dar por terminada la reunión.

Sabía que no dudaría mucho. Nos despedimos del jefe de ventas y nos quedamos los cuatro solos.

—No vuelvas a hacer lo que has estado haciendo toda la reunión —le dije a Eliana.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Pierre.

—No sé por qué te pones así cuando antes nunca te había importado.

—Eliana, te lo he dejado muy claro, aquella noche no se repetirá y ya no habrá nada entre nosotros.

—Todo por culpa de esa mosquita muerta. —Me escupió en la cara—. No te das cuenta de que lo que pretende es quitarte todo lo que tenías.

—Eso no es tu incumbencia.

—Sí lo es, porque antes lo pasamos muy bien los cuatro.

—Eso ya se terminó.

—Sigo perdido —volvió a decir Pierre.

—Pues nada, después de que este cabrón se desquitara conmigo aquella noche el cabreo que tenía, ahora no quiere saber nada más de mí.

—Eliana, déjalo ya —le dijo Roland—. Creo que ya llegó la hora de que cada uno navegue por su cuenta.

—Pues hazlo tú, yo no quiero perder a nadie, pero si me tengo que quedar con alguno de los tres, me quedo con Mauro.

En ese momento Pierre y yo miramos a Roland, que, sin decir nada, salió de la sala.

—Podías haber tenido un poco más de tacto —le dijo Pierre.

—Como si me importara.

—Pues deberías, ese hombre te ama con locura y acabas de romperle el corazón.

—Ja, ja, ja, ¿crees que no lo sé? Al principio pensé que yo también, pero luego me di cuenta de que el único que me importa de los tres eres tú, Mauro.

—Sal de aquí ahora mismo —le dijo Pierre porque yo no podía ni hablar.

Me senté en el sofá que había detrás de mí y me puse las manos en la cabeza. ¿Desde cuándo se nos había ido esto de las manos?

—Dijimos que nada de enamorarnos, ¿qué ha pasado?

—No sé, eso os lo deberíais preguntar vosotros dos, porque tú estás hasta el tuétano de Claudia y eres tan cabezota que al final la vas a perder.

—Qué sabrás tú.

—Más de lo que te imaginas, tú ándate con tonterías.

Me levanté y salimos en busca de Roland a mi despacho.

El cuadro que nos encontramos no nos lo esperábamos, todos los papeles que había en la mesa estaban esparcidos por el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté un poco cabreado.

—Vaya pregunta la tuya, macho, como si no lo supieras.

—Lo siento, Mauro, no la he podido detener. Ha venido como un vendaval, hecha una fiera y gritando que nunca será mía.

—Lo siento, Roland, yo no sabía…

—Tranquilo, que yo sí lo sabía, pero pensé que sentía algo por mí.

—Vamos a comer. Dejaos de tonterías, que parecéis adolescentes.

Ese comentario nos hizo soltar una carcajada. Pierre era el que siempre ponía un poco de cordura entre tanto caos.

Recogimos los papeles entre los tres antes de irnos. Aún estaba asimilando lo que había sucedido con Eliana, ya que creí que todo había quedado claro en su día cuando acordamos que no nos podíamos enamorar los unos de los otros.

Es cierto que Roland intentó evitarlo, pero no pudo; el día que nos lo dijo a Pierre y a mí nos dejó bien claro que nada cambiaría, pero cambió.

—¿Qué piensas? —me preguntó Pierre—. No le des más vueltas, que ya sabíamos que tarde o temprano esto iba a reventar por algún lado.

—No me lo esperaba, la verdad es que si lo llego a saber… no habría pasado nada de todo lo que ha pasado.

—No te mortifiques —me dijo Roland—. Ya llevaba tiempo notándola rara.

Entramos en el restaurante en silencio. Me dirigí a una mesa que había libre en el fondo, antes de llegar, mi móvil empezó a sonar. Lo saqué del bolsillo de la chaqueta y vi un nombre que no esperaba.

—Voy fuera a hablar, ahora vuelvo.

Pierre me miró, pero no dijo nada.

—¿Hasta ahora no has tenido tiempo de llamar? —fue lo primero que dije al contestar a mi madre.

—Hijo, necesito tu ayuda.

—¿Y por qué debería ayudarte, según tú?

—Porque soy tu madre, la que te dio la vida.

—Pues la que me dio la vida no ha hecho las cosas nada bien, ni con sus hijos ni con su marido.

—Mauro, no necesito reproches, necesito ayuda.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que hables con tu padre y que me deje volver con él, lo mío con Isabel se ha terminado y quiero volver con tu padre.

—Mira, mamá, no te has dignado a… ya no digo que nos pidieras perdón porque es tu vida, pero las cosas no se hacen como tú las has hecho. No ha habido ni una sola llamada por tu parte para preguntar cómo estábamos, ni tu marido ni tus hijos, ¿y ahora pretendes que te ayude? Pues lo siento, pero yo no voy a ayudarte. —Colgué el teléfono.

Me quedé en la puerta, ya que la llamada de mi madre me había dejado en *shock*. ¿Qué era lo que pretendía ahora, volver cuando mi padre ya había asimilado su abandono? Entré, pues no tenía sentido estar más tiempo pensando en una persona que para mí había perdido toda mi confianza.

—Hemos pedido por ti —me dijo Roland.

—Está bien.

—¿Qué ha pasado? Por la cara que traes no son buenas noticias.

—Joder, Pierre, no se te escapa nada —le dijo Roland y yo seguía sin articular palabra.

—Bueno, ¿vas a contarnos o vas a dejarnos con la curiosidad?

—Era mi madre, quiere que le ayude a volver con mi padre.

—Joder, macho —dijo Pierre—, qué marrón tienes encima.

—Ninguno, no pienso ayudarla, ya se lo he dejado bien claro.

Pierre iba a hablar pero llegaron los platos, aparte de que no me apetecía tocar ese tema y así se lo hice saber.

Comimos hablando del cumpleaños de mi abuelo, para el que quedaba una semana, y sí iría. No había faltado nunca a un cumpleaños y este no iba a ser la excepción, así se lo hice saber a mis amigos.

—Sabes que te vas a encontrar con ella y no podrás evitarlo.

—Lo sé, pero creo que somos adultos para comportarnos de la mejor manera.

—Tío, tú sí que tenías que arreglarlo —me dijo Roland—. Estáis hechos el uno para el otro, además de que os queréis. No pierdas al amor de tu vida por sexo.

—No puedo verla, tengo aquella noche grabada en mi cabeza.

—Te recuerdo que aquella noche pasó lo que tú querías que pasara, ella solo quiso saber cómo te gustaba.

—Pierre, déjalo, si tanto te preocupa, quédate tú con ella; total, ya sabes lo que es estar con ella a solas.

—Mira, no te doy una hostia porque sé que hablas desde el despecho. Ella no es una mercancía para que digas eso, piensa las cosas que dices antes de hablar. Nosotros sabemos que no sabes lo que dices, pero eso delante de otros se puede malinterpretar.

Tenía razón. Me callé y seguí comiendo.

Capítulo 28



Claudia

Hacía dos semanas que habían empezado las clases y estaba contenta. No solo me había adaptado bien, sino que tenía un grupo que daba gusto. Los niños eran buenísimos, aunque algún revoltoso había, pero nada que no pudiera resolver.

Los primeros días fueron un caos total: niños que nada más ponerse en la fila empezaban a llorar, otros que rompían a llorar en cuanto cruzaban la puerta, y también alguna madre a la que se le escapaban las lágrimas.

He de decir que a mí también se me escapó alguna cuando vi a Hugo en su fila llorando. Menos mal que solo duró tres días, porque me partía el alma verlo.

Pese a que todo me iba bien, tenía dos frentes abiertos, uno era mi madre, que no sabía por qué motivo no dejaba de llamar a mi padre y a mi abuela; el otro era Mauro, al que echaba de menos y mucho. Muchas veces intenté ponerme en contacto con él, pero después me arrepentía, me hacía la fuerte frente a los demás diciendo que no quería saber nada de él, pero en el fondo no era así.

Esa semana era el cumpleaños de Ezequiel y estaba nerviosa porque sabía perfectamente que él estaría allí. Me moría de ganas de verlo porque lo amaba, aun sabiendo que jamás estaríamos juntos. La decisión la tomó él, ya que yo solo me metí en su mundo.

—Señorita, señorita —me llamó la atención un niño—. Ya están todos los niños en el patio.

—Oh, perdón. Venga, vamos todos al patio. Ya sabéis, en fila y sin empujar.

Salieron de uno en uno; la verdad es que no tenía queja de ninguno.

—Hola, Claudia. —Escuché decir a mi lado.

—Pero bueno, qué sorpresa, ¿qué haces tú aquí, renacuajo?

—Aprender, ¿qué voy a hacer? —Me tuve que reír.

—Eso es bueno, ¿sabes que Hugo también está aquí? Pero la diferencia es que está empezando a aprender. —Le saqué la lengua.

—Verás, cuando le diga a mi papá que te he visto, no se lo va a creer.

—Pablo, a jugar —le dijo Vicente—. Perdónalo, es un niño muy abierto, habla con todo el mundo y eso a veces da miedo.

—Ah, pero no pasa nada, si a Pablo lo conozco.

—¿Cómo que lo conoces?

—Este verano en la… espera, ¿tu hermano se llama Alfonso?

—Así es, así se llama mi hermano y, por la conversación que tuvimos aquel día, mi hermano es el playero.

—Ja, ja, ja, ese mismo, qué sorpresa tan grande.

—Pues verás cuando se entere, va a flipar.

—No le digáis nada, cuando venga a recoger a Pablo, se llevará la sorpresa.

—Pues hoy no será, así que le diré a mi sobrino que guarde el secreto.

—Seguro que sabes cómo hacerlo.

Se fue riendo de lo que acababa de decir. Yo estaba supercontenta, ya que Alfonso me había caído muy bien y estaba deseando verlo.

La mañana fue transcurriendo como otra cualquiera, pero no pensaba que iba a terminar como lo hizo. Estaba cantando con los niños cuando Vicente entró sin llamar.

—Claudia, tienes una llamada.

—Puedes decir a quien sea que si no es urgente, que me llame más tarde.

—Venga, mujer, que no pasa nada, yo me hago cargo hasta que tú vengas.

—Espero que cantes bien porque no quiero que llueva. —Reímos.

Fui hacia el despacho pensando que había pasado algo porque, de otra manera, no me llamarían. Entré y atendí el teléfono.

—Dígame, soy Claudia.

—Claudia, hija. —Cuando escuché esa voz me quedé parada.

—¿Mamá? ¿Qué quieres?

—Hija, necesito tu ayuda, no me vayas a decir que no.

—Creo que te estás equivocando, tú nunca has necesitado nada de tu familia.

—Hija, necesito que me ayudes a que tu padre vuelva conmigo. He terminado con Ana.

Cuando escuché eso me quedé con la boca abierta. ¿Desde cuándo mi madre pedía ayuda? Jamás lo hizo desde que tenía uso de razón.

—Mira, mamá, te lo voy a decir solo una vez, no le voy a decir nada a mi padre porque tampoco pienso ayudarte.

—Eres mi hija y tu deber es ayudarme.

—¿Ahora soy tu hija? ¿Tú que siempre has criticado todas mis decisiones? ¿Tú que siempre le has dado la razón a los demás sin tenerla?

—Eso no es verdad, siempre he querido lo mejor para ti.

—Mamá, no te voy a ayudar, no ahora cuando mi padre empieza a ser feliz.

—Eso es hasta que yo vuelva a aparecer en su vida.

—Te lo advierto, ni se te ocurra hacerle daño.

Colgué el teléfono sin más, no me apetecía seguir escuchándola.

Salí del despacho y volví a mi clase. Aún quedaba una hora para la salida, aunque me temía que esa hora se me iba a hacer eterna.

Y cuando llegó el momento de irme, me llevé dos sorpresas sin saber que aún me quedaba una más ese día.

—¡Claudia! —Escuché a mi espalda—. ¿Eres tú?

—Hombre, Alfonso, qué sorpresa, ¿tú por aquí?

—Veo que mi presencia no te pilla tan de sorpresa como dices.

—Ja, ja, ja, y yo veo que tu hijo ha sabido mantener la boca callada.

—¿Lo sabía? —asentí dándole un abrazo—. ¿Desde cuándo?

—Desde que empezó el colegio.

—Ya os vale. ¿Cómo estás?

—Estoy, que no es poco, ¿y tú cómo estás?

—Bien, como siempre. Mucho trabajo, la verdad, menos mal que tengo a mi hermano para que me eche una mano.

—Ya me he dado cuenta, ¿quién nos lo iba a decir?

—Claudia, aquí —me llamó una voz que conocía muy bien.

—¿Qué haces tú aquí?

—Dar una sorpresa a mi hermana, ¿o es que no puedo?

—Sí, claro. —Me dio un abrazo—. Ven, te voy a presentar a alguien.

—Mira, este es Alfonso, un buen amigo.

—Vaya, hermanita, desde tu divorcio no te he visto con amigos feos. —Alfonso soltó una carcajada y yo me estaba muriendo de vergüenza—. Encantada de conocerte, Alfonso. Yo soy Laura, su hermana preferida.

—¿Tienes más hermanos?

—No le hagas ni caso, ella es así.

Recogimos a los niños y quedamos en vernos otra vez para tomar algo. Al llegar a casa encontramos a Ezequiel consolando a mi abuela.

—Abu, ¿qué es lo que te pasa, por qué lloras así? —le preguntó mi hermana.

—Ay, hija, tu madre está arriba. Ha entrado aquí como un huracán y por mucho que le he dicho que aquí no puede estar, no me ha hecho caso.

—¿Qué se ha metido aquí sin pedir permiso?

—No necesito permiso para estar en mi casa. —Me di la vuelta para encararla.

—Mira, mamá, recoge ahora mismo tus cosas y sal de aquí. Es mi casa.

—No puedes echarme, eres mi hija y, como tal, tienes que ayudarme.

—Y dale, eres una pesada y no tengo por qué ayudarte con nada. Haber pensado las cosas antes de hacerlas. Ezequiel, llévate a mi abuela y al niño a tu

casa, por favor.

—No, yo me quedo.

—Tú te vas ahora mismo, por favor.

Ezequiel la convenció y se la llevó a su casa. Mi madre se sentó en el sofá con aires de superioridad.

—Mamá, o subes ahora mismo a por tu maleta o la saco por la ventana, tú decides.

—No serás capaz de hacer eso a tu madre.

—Oh, sí, ya lo creo que soy capaz, y me da igual lo que digas. —Subí a la habitación donde sabía que mi madre había dejado la maleta.

—Claudia, no lo hagas. —Venía mi madre gritando detrás de mí—. No tengo adónde ir.

—Te quedas en un hotel, pero te vas de aquí ya mismo.

—Claudia, ¿no crees que deberías dejar que se quede?

—En mi casa no, llévatela a la tuya —le dije a mi hermana—. Cogí la maleta, que aún estaba cerrada, y la bajé para abajo.

Mi madre salió de casa llorando y chillando todo lo que tenía que chillar, pero no le sirvió de nada.

—Te has pasado un poco, ¿ya no te acuerdas de que ella te dejó entrar con el niño?

—Ella no me dejó entrar, fue papá y no quiero discutir contigo. Vamos a por la abuela.

—Para la abuela nada de esto será fácil, es su hija, le guste o no.

—Lo sé, Laura, no soy tan insensible. A mí también me duele verla así.

—Lo sé y lo siento, no quería hacerte sentir mal. Anda, vamos a por ella y el terremoto de tu hijo.

—Espera, una copa de vino antes y me cuentas qué haces aquí.

—Pero bueno, ¿no te acuerdas de que el sábado es el cumpleaños del abuelo?

—La verdad es que no, y mira que le compré el regalo junto con la abuela hace dos semanas.

—Claudia, el amor te tiene absorbida. Por mucho que no quieras que te lo nombremos, no puedes olvidarte de él.

—¿De quién? —Reímos—. Es verdad, ese hombre me ha calado muy hondo, pero no somos compatibles y yo no me enfadé.

—Le diste donde más dolía.

—No, le di lo que él quería. No dijo nada de que no me quería compartir. —Me bebí la copa del tirón. Fui a por mi hijo y mi abuela.

Capítulo 29



Mauro

Entró en la casa de mi abuelo como un vendaval y estaba guapísima. Desde donde yo estaba no me había visto aún y me estaba gustando porque sabía que en el momento que me viera borraría esa sonrisa de su cara.

—Mami, tengo una *presa* para ti —le dijo Hugo y me hizo sonreír con su media lengua.

—Hijo, se dice sorpresa y no sé si quiero más sorpresas por hoy. Hola, Gonzalo, no te había visto.

Mi hermano la saludó con un beso y un abrazo.

—Hermanita, no te quejes, que la del tal Alfonso ha sido buena. —Esas palabras me hicieron apretar la mandíbula.

—La única buena del día. Bueno, vamos a dejar ese tema a un lado y centrémonos en lo que nos importa —dijo mirando a su abuela—. Abuela, yo… lo siento por ti.

—Tranquila, hija, ya sé que es mi hija y también sé cómo es. Ya arreglaremos las cosas con ella en otro momento.

—Ezequiel, siento mucho que te hayas visto envuelto en otra rencilla familiar.

Tenía una presión en el pecho de verla ahí tan frágil que se me rompió el alma. La amaba y eso era innegable.

Salí de donde estaba y me puse detrás de ella.

—Mami, mira mi *presa* —dijo Hugo señalándome.

—Sorpresa, hijo, se dice sorpresa.

—Hola, Claudia. ¿Cómo estás? —Noté cómo se tensaba.

Se dio media vuelta, vi el brillo de sus ojos que no supe interpretar.

—Hola, Mauro. Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—Mejor que nunca.

—Me alegro. —Me dio otra vez la espalda—. Venga, vámonos a casa.

—Quedaos a comer —dijo Ezequiel.

—Lo siento, tengo cosas que hacer. Abuela, quédate tú si quieres.

—Yo también, mami.

—Claro que sí, hijo —le dijo mi abuelo.

—Te acompaño —le dije.

—No me voy a perder.

—Lo sé, pero tenemos que hablar.

Salió sin decir nada. Al entrar en su casa, dejó la puerta abierta. Entré y fui detrás de ella a la cocina.

—No tenemos nada de qué hablar —me dijo sacando dos cervezas del frigorífico—. Ya es pasado y te recuerdo que fuiste tú, no yo.

—¿Qué ha pasado? Solo hace unos meses que no nos vemos.

—¿Que no nos vemos? Te recuerdo que fuiste tú el que saliste por patas, desapareciste y todo porque… aún no lo entiendo, pero eso ya no me importa.

—Claudia. —Me acerqué a ella—. Me equivoqué, no supe asimilar lo que pasó.

—Simplemente pasó lo que tú querías que pasara.

—Me equivoqué, lo siento; el ver cómo te tocaba otro hombre se me revolvía el estómago.

—Mauro, tú y yo no podemos estar juntos. Lo que a ti te gusta, a mí no. Con esto no te digo que no me gustara, pero eso no me va.

—Dame una oportunidad.

—No se trata de eso, se trata de nuestros gustos.

Pasó por mi lado y la agarré de la cintura. Nos miramos a los ojos y no hicieron falta más palabras. La besé. No se apartó en ningún momento, al contrario, se arrimó más a mí.

—Te he echado de menos —le dije en el oído y sentí cómo se estremecía —. Y lo digo en serio, no ha habido ni un solo día que no pensara en ti.

—Yo también te he echado de menos y tampoco ha habido un solo día que no me haya acordado de ti.

—¿Y si nos damos una oportunidad? —le pregunté—. ¿Qué pasaría?

—No lo sé, pero averigüémoslo.

Me cogió de la mano y subimos a su dormitorio. Entramos y cerré la puerta con el pie. Le di la vuelta y volví a besarla mientras mis manos se metían por debajo de su camiseta.

Me gustaba sentir cómo se estremecía con cada roce, cómo se le erizaba la piel. Escuchar cómo gemía en mi boca. Se despegó de mí, agarrando mi camiseta y tirando hacia arriba de ella.

—¿Tienes prisa? —le pregunté al ver que no le dio tiempo de quitarla de las manos cuando ya estaba tirando de mi pantalón de chándal hacia abajo.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido. —Solté una carcajada—. No te rías, que es la verdad.

Se subió a la cama tirando de mí, besándome. Nos quedamos de rodillas en la cama. Sus manos recorrían mi cuerpo con urgencia, no sabía quién tenía más ganas, si ella o yo.

—¿Tienes prisa? —le pregunté agarrando su cara.

—Tengo hambre. —Solté una carcajada.

La tumbé en la cama metiéndome entre sus piernas y lamiendo sus partes sin prisas, saboreando a conciencia. Noté sus manos en mi cabeza para atraerme más hacia ella, centrándome en su clítoris mientras la penetré con dos dedos.

—Joder, Mauro. He echado mucho de menos esto.

No le contesté, seguí dándole placer. Yo también la había echado de menos y no podía llegar a hacerse una idea de cuánto.

Se corrió sin avisar y no me retiré, seguí jugando con mi lengua y con mis dedos dentro de ella. No le di tiempo a recuperarse, pues con sus piernas en mis hombros la penetré poco a poco, sintiendo cada centímetro. Sus ojos no desconectaban de los míos.

No la estaba follando, no quería eso en ese momento, quería que sintiera que yo también podía adaptarme a ella, pero no solo por eso, quería que sintiera que la amaba, que era todo para mí, pero, sobre todo, que sintiera que era la mujer que quería para siempre. Cuando se estaba preparando para otro orgasmo, la penetraba más aprisa para poder llegar juntos al clímax, y eso es lo que hicimos.

Hubiera seguido más tiempo como estábamos, pero teníamos que ir a comer. Sabía que nos estaban esperando y no sería justo que los hiciéramos esperar más tiempo.

—Creo que tendríamos que ducharnos e irnos a comer.

—Sí, pero será mejor que lo hagamos por separado porque, si no, creo que no comeremos en todo el día —me dijo dándome un azote en el culo al dirigirse al baño.

Cuando llegamos a la casa, escuchamos las risas de Hugo junto a las de mi abuelo.

—Veo que os estáis divirtiendo.

—Mamá, el abuelo *pee*. —Mi abuelo soltó una carcajada.

—Bueno, tú también lo haces. Venga, vamos a comer que tengo hambre —dijo dirigiéndose a la mesa.

—Hermano, ¿tengo cuñada por partida doble?

—Tienes una cuñada, por partida doble.

—Menos mal, ya era hora, vaya dos idiotas —dijo Laura.

—Laura, el niño, que pareces nueva, hija, siempre igual —le dijo Claudia, un poco enfadada.

—Que no se ha enterado, mujer, no te enfades, que hoy tienes que estar feliz.

Nos sentamos a comer y noté cómo mi abuelo estaba pendiente de Agustina y ese gesto decía mucho de él. Mi abuelo siempre la tuvo presente en su vida aunque mi abuela tuviera un papel muy importante también.

—Mauro, ¿se puede saber dónde estás, hijo? —me preguntó mi hermano con retintín—. ¿No estarás rememorando lo que ha pasado un rato antes, verdad?

—Ja, ja, ja, qué buena esa, cariño —le dijo Laura—. Por la cara de mi hermana ya sabemos lo que ha pasado.

—Vamos a ver, dejad de quitar protagonismo al abuelo, que hoy es su día —dijo Claudia—. Hugo, cariño, dale el regalo.

—Sí, regalo al abuelo. —Se levantó corriendo a por una bolsa que había en el sofá.

—Pero, hija, si aún no he soplado la tarta.

—Ya está aquí —dijo Laura.

La cara de Claudia no tenía precio cuando escuchó a mi hermano cantarle el cumpleaños feliz a mi abuelo.

—Tranquila, cada año es peor que el anterior.

—Ja, ja, ja, este nieto tuyo se parece mucho a ti cuando eras joven —dijo mi abuela y las risas no se hicieron esperar.

El abuelo se emocionó con todos los regalos que fue recibiendo de unos y de otros; casi todo fue ropa, sin obviar la broma de mi hermano, que le regaló tres cajas de preservativos, lo que volvió a causar la risa en todos.

Miré a Claudia y vi cómo reía al lado de su hermana y de su abuela con Hugo. En ese momento me vino algo a la cabeza y quería hacer un viaje aunque el curso ya hubiera empezado.

Necesitaba estar a solas con ella, teníamos que aclarar muchas cosas y aún necesitaba que supiera lo mucho que la amaba, pero no solo a ella, sino también a ese niño que cada día me iba robando un trocito de corazón.

—Te veo muy pensativo —me dijo Claudia tendiéndome un trozo de tarta.

—Estaba pensando que nos vendría bien hacer un viaje, tú y yo, los dos solos.

—Pero ahora no puedo, deberíamos esperar un puente o bien irnos un fin de semana.

—¿Tanto he de esperar?

—Claro, chato, lo bueno se hace esperar —me dijo señalando a su cuerpo.

—Lo sé, pero con tanto bueno no tengo espera. —Rio—. Creo que nos lo merecemos.

—Eh, para el carro, será que me lo merezco porque tú solo me has dado dolores de cabeza.

—Si me dejas, te los compensaré todos. —La besé en la sien.

Capítulo 30



Claudia

Habían pasado dos meses desde que Mauro y yo decidimos darnos una oportunidad. Los días pasaban muy rápido hasta que empezó a acercarse el puente y es ahí cuando los días parecían ralentizarse.

Sí es cierto que necesitábamos estar nosotros dos solos, no solo para hablar de esa conversación que no terminamos, sino para poder conocernos un poco mejor. Siempre dije que yo con Mauro empecé la casa por el tejado, como se suele decir, ¿me arrepiento de ello? Pues no, aunque me haya traído más de un dolor de cabeza y de los grandes, pero vamos, que igual yo tengo algo de culpa.

Me hacía mucha ilusión irme de viaje con Mauro. Esta vez estaba convencida de que iba a ser diferente a la primera vez, bueno, aquella primera vez tampoco me fue mal, la verdad sea dicha.

En esos días me había llamado Daniel y me sorprendió el cambio que había dado. Le comenté que me iba de viaje con Mauro y que el niño se quedaba a cargo de mi abuela; de hecho, no puso pega ninguna, como también me dijo que si necesitaba ayuda, que su madre podía irse unos días con ellos.

En el colegio todo iba bien, mis niños eran unos amores, lo mismo que mis compañeros; bueno, quitando a Sandra, que esa era harina de otro costal.

El final de la semana se notaba en el ambiente, lo mismo en menores que en mayores. Estaba colocando los cuentos en las estanterías cuando oí que llamaban a la puerta.

—¿Puedo pasar? —me preguntó una voz que conocía muy bien.

—¡Alfonso, qué sorpresa! Claro que puedes pasar. —Se acercó a mí dándome un beso en la mejilla—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vine a recoger a Pablo y pensé en venir a ver a la chica que me ha roto el corazón.

—No seas tonto —le contesté dándome la vuelta—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Nada, solo quería saludarte y ver cómo estás.

—Estoy bien, de verdad, y espero que dure.

—Lo tuyo con Mauro… ¿Sigue adelante?

—De momento sí, y espero que siga así.

—Yo también, porque si te hace daño, tendrá que vérselas conmigo.

—Tranquilo, que eso no pasará —dijo Mauro entrando por la puerta—. ¿Qué haces tú aquí?

—Te recuerdo que mi hijo estudia en este centro.

—Pero que yo sepa, no en esta clase.

—Vamos a ver, si vais a seguir así me lo decís y yo me voy. Mauro, Alfonso ha venido a saludarme porque somos amigos y eso seguirá siendo así. Si tengo que ir a tomarme un café con él o incluso a comer, lo haré y no quiero tener que preocuparme porque te vayas a molestar.

—Perdón, tienes razón. Lo siento, Alfonso —le dijo extendiendo la mano.

—Tranquilo, yo también lo siento.

—Así me gusta, que os llevéis bien. Y ahora, señores, voy a terminar de guardar esto y nos marchamos, ¿una cerveza? —les pregunté.

—Las que hagan falta —dijo Alfonso—. Voy a decirle a mi hermano si se une a nosotros.

Esperé a que Alfonso desapareciera de mi vista.

—¿Han sido celos? —pregunté a Mauro dándole con el dedo en el pecho —. Porque si es así, de antemano te digo que tienes dos opciones, o respetar a mis amistades o irte de mi vida.

—Ya te he dicho que lo siento. —Me cogió de la cintura pegándose a mí —. No volverá a pasar.

—Pues venga, que voy a estar con los tres hombres más guapos del pueblo.

Salí riéndome hacia la puerta y vi que ya nos estaban esperando. María salía a la par mía.

—María, ¿te vienes?

—Hola, Claudia. ¿Dónde hay que ir?

—A tomarnos unas cañas.

—Eso ni se pregunta.

Se agarró a mi brazo y nos echamos a reír. Vi cómo Vicente la miraba con ojitos de cordero degollado. Al pasar por su lado le guiñé un ojo.

Al entrar en el bar, vimos que algunos de nuestros compañeros también estaban allí, incluida Sandra, que ya nos miraba por encima del hombro.

—Hola, chicos. Aquí se está mejor que allí, ¿verdad? —les dije señalando el colegio—. Os presento a Mauro, mi pareja. —Me miró con un brillo

distinto en los ojos.

—Hola, Mauro, mucho gusto —le dijo Sandra, siendo la primera que se levantó, rodeándole el cuello y dándole dos besos.

—Hola, Mauro —dijeron los demás al unísono.

—¿Eres de aquí? —le preguntó Sandra.

—Me crie aquí, pero llevo desde los dieciocho años viviendo en la capital.

—Vaya, Sandra, por mí no te interesas tanto —le dijo el camarero, haciendo que nos miráramos.

—Contigo no tengo nada que hablar, pero con él sí.

—Pues lo siento, la ronda de preguntas ya se ha terminado —le dije poniéndome delante de él.

—Todas las tontas tienen suerte —dijo cogiendo el bolso y andando hacia la calle.

—Será porque las listas las desaprovechan.

—Yo ya la hubiera cogido de los pelos —me dijo Leticia riendo.

—No merece la pena, mejor es que corran por la barra los botellines —le dije al camarero.

—Mauro, ¿también eres maestro? —le preguntó Vicente.

—No, para nada. Me dedico a vender coches.

—Ya sabemos a quién comprarle el coche familiar, cariño —dijo Leticia acariciando a Santiago.

—Bueno, no me dedico a esas ventas. Las mías son más de coches de lujo, pero uno tiene muy buenos amigos.

—Leti, ¿me estás diciendo que…? —La miró y pasó una mano por su barriga.

—¿Qué dices? Como si no tuviera bastante con veinticinco monstruitos.

Todos estallamos en carcajadas, bueno, todos menos Santiago, que se había quedado con una cara que hizo que nos riésemos más. A lo tonto se nos hizo tarde entre cervezas, tapas y charlas que hicieron que el tiempo volase.

—Un día de estos mi abuela no me deja entrar en la casa. Sois unas muy malas influencias —reímos—. Bueno, aquí hay dos personas que se van.

—Disfrutad del viaje —nos dijo Vicente y los demás se unieron.

—Gracias, chicos.

Salimos del bar riéndonos sin saber aún que toda esa risa se pararía de golpe. Estábamos cruzando la calle cuando sentimos un acelerón y un gran impacto fue lo último que oí.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando desperté no conocía el sitio donde estaba; solo sé que cuando fui a levantarme no podía.

—Ya se despertó la bella durmiente, abuela.

—¿Qué hora es? ¿Dónde estoy?

—Voy a llamar a la doctora.

—¿Qué doctora? ¿Laura? Dime algo, por favor.

—Claudia, dime qué recuerdas.

—Lo último que recuerdo es que salía del bar con Mauro y sentí un fuerte golpe.

—Habéis tenido un accidente y has estado dos meses en coma.

—¿Y Mauro? ¿Dónde está él?

—Estoy aquí —Se acercó a mí y me di cuenta de que andaba con muletas.

—Veo que ya te han puesto al día —me dijo una mujer que entró con la abuela—. Soy la doctora Durán, has tenido un traumatismo craneoencefálico, dos costillas rotas y el cuerpo todo magullado.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Una mujer despechada que os ha querido quitar del medio.

—Bueno, yo os dejo. Antes de irme pasaré para ver cómo te encuentras.

—Gracias, doctora —le dijo mi hermana.

—Hija, qué susto nos has dado, creía que te perdíamos.

—Abuela, no seas exagerada, que mi hermana tiene que dar mucho por culo aún.

—¿Dónde está Hugo?

—Se lo llevé a sus abuelos. En estos momentos era lo mejor.

Por un instante cerré los ojos. No quería llorar, pero noté cómo mis lágrimas corrían sin pedir permiso por mis mejillas.

—Nosotras nos vamos; si podemos, venimos esta tarde y, si no, vendremos mañana —dijo mi hermana—. Vamos, abuela, esta parejita tiene mucho de lo que hablar.

Se despidieron de nosotros y vi cómo salían de la habitación. Mis ojos se centraron en Mauro, que estaba mirando por la ventana, apoyado en sus muletas y con un pie escayolado.

—¿Me vas a contar qué es lo que pasó?

—Lo siento, Claudia, ha sido todo por mi culpa. La persona que conducía era Eliana.

—¿En serio? ¿Y por qué haría eso? Espera, no me digas, celos, los malditos celos.

—¡Ya te dije que lo siento! —me gritó—. Perdona, no quería gritarte.

—Necesito estar sola.

—Claudia, perdóname, no quería gritarte y no es excusa, pero lo he pasado muy mal estos dos meses sin saber cuándo despertarías.

—Mauro, necesito estar sola de verdad. Todo está bien, pero déjame sola.

No dijo nada y salió de la habitación sin mirar para atrás. Me dolió la manera en que me habló, pero a su vez entendía que él no tenía culpa de nada.

El día estaba pasando lento y me aburría como una ostra. Mauro no había vuelto a aparecer, pero después de cómo lo eché, yo tampoco volvería. Cerré los ojos no porque tuviera sueño, sino porque necesitaba asimilar todo lo que me habían contado y el cómo había salido Mauro por esas puertas.

—¿Podemos pasar?

—Pues claro, que me aburro como una ostra.

—Papá, ¿las ostras se aburren? —preguntó Pablo a su padre.

—Pues no lo sé, hijo, pero si la maestra dice que las ostras se aburren, será porque es verdad. —Reí.

Capítulo 31



Claudia

—Claro que es verdad, las ostras se aburren y mucho —le dije a Pablo muy seria.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Alfonso.

—Pues, sinceramente, parece que me han atropellado —sonreí—. Me duele todo, pero dentro de lo que cabe estoy bien.

—¿Podemos pasar? —Asomó la cabeza Pierre.

—Claro, adelante.

Vi que no venía solo, sino que Roland le acompañaba.

—¿Yo también puedo? —me preguntó quedándose en la puerta.

—No veo que nadie te lo impida.

—Entonces nos marchamos Pablo y yo.

—Alfonso, no hace falta que te vayas, hay sitio para todos.

Tenía a Pablo sentado a los pies de mi cama, era el centro de atención de todos nosotros. Por un momento me acordé de Hugo y de cómo me gustaría que viniera a verme.

—Pierre, ¿me haces un favor? Llama a Mauro y dile que venga.

—Ahora mismo, princesa.

—Me he portado muy mal con él.

—Claudia —me habló Roland—, siento mucho lo que Eliana os ha hecho.

—Tranquilo, no es culpa tuya.

Y era cierto que no era culpa de él, nadie tenía la culpa de que esa mujer se volviera loca. El rato que estuvieron conmigo nos reímos muchísimo y había momentos en que la atención se la llevaba Pablo.

—Hora de irse. Vamos a dejar a la princesa descansar —dijo Pierre.

—Gracias por venir a verme, chicos. Por un momento me he sentido una mujer muy importante con tanto hombre pendiente de mí. —Soltaron una carcajada.

—Adiós, señorita, ponte pronto buena —me dijo Pablo.

—Adiós, cariño, y gracias por venir a verme. —Le di un beso y un abrazo que hasta a mí me vino bien.

Cuando se cerró la puerta, sentí un vacío que no me gustaba nada. Intenté no pensar y cerré los ojos. Había pagado mi enfado con Mauro y no se lo merecía.

Abrí los ojos y vi que Mauro estaba sentado leyendo un libro. No quise interrumpirle y volví a cerrar los ojos.

—Por fin te despertaste, ya pensé que te quedarías durmiendo hasta mañana.

—No estaba durmiendo, estaba descansando los ojos.

—Pues has necesitado dos horas para relajarlos.

—¿Tanto? No me lo puedo creer, pero si se acaban de ir los chicos. Mauro, perdóname, no debí hablarte así. Sé que no tienes culpa de nada y lo pagué contigo.

—No sé de lo que me estás hablando, pero si alguien tiene que pedir perdón, ese soy yo. No era mi intención gritarte, lo siento.

—Ven, dame un beso, anda, me hace falta.

—Te quiero, Claudia. El ver que no despertabas me estaba matando en vida.

—Yo también te quiero y no entraba en mis planes volver a querer a ningún hombre.

—Y llegué yo con mi cara bonita y te enamoré.

—Dilo bien, llegaste a trastornarme la vida entera y, de qué manera.

—¿Quieres cenar algo?

—No, no tengo mucha hambre, necesito ver a mi hijo, Mauro.

—Tranquila, este fin de semana lo verás.

—¿Qué día es hoy? ¿Cuánto queda para el fin de semana?

—Tres días, es martes, bueno, ya casi es miércoles… Claudia, sé que igual no es el momento, pero quiero decirte que cuando te den el alta nos iremos a ese viaje que teníamos pendiente.

—No sé si será buena idea, no sé cómo voy a quedar, lo mismo quedo coja o algo así.

—Ah, no te preocupes, la cojera en la cama no se nota.

—Ja, ja, qué tonto eres.

—Pero te has reído y es lo que quería.

Hablamos de tantas cosas que hizo que lo viera a él de otra manera, un Mauro más sensible y humano. Se le metió en la cabeza quedarse conmigo a dormir, pero logré que se fuera amenazándolo con no volverle a ver.

Los días iban pasando y por fin llegó el día que se suponía que mi hijo iba a venir a verme, y digo que se suponía porque al final no pudo venir al tener fiebre por una bronquitis.

Ese día lloré todo lo que creí que no se podía llorar, no me conformaba con verlo por videollamada, no ponía en duda que con sus abuelos estaba bien cuidado, pero eso no quitaba que no me sintiera preocupada por él.

Mauro tuvo que ir a París junto a Pierre a resolver algo importante. Sentí mucho que se marchara, pero entendí que la vida de alguien no podía pararse porque yo estaba convaleciente en una cama.

Mi abuela y Ezequiel eran las únicas personas que me visitaban mañana y tarde, bueno, también he de decir que algunos de mis compañeros habían venido, sobre todo Vicente y María.

Me habían llevado a hacerme una resonancia para ver cómo estaba todo, según la doctora, dependiendo de los resultados, dejaría que me fuera a casa.

—¿Dónde está mi hija favorita?

—Papá —protestó mi hermana.

—Hola, papá, qué alegría que por fin hayas podido venir.

—Hija, he estado aquí mientras dormías, ya no podía perder más días.

—Tranquilo, que lo entiendo.

—Hija, he estado hablando con tu madre. —Iba a abrir la boca, pero no me dejó—. No ha venido a verte mientras estabas en coma porque sabía que no querías verla, pero creo que ya va siendo hora de que la dejes estar en tu vida.

—Tú mejor que nadie sabes cómo me ha tratado siempre.

—Lo sé, hija, siempre se lo reproché porque no tenía motivo alguno.

—Déjame pensarlo, sin presión —asintió.

—Tengo que decirte otra cosa. Elvira y yo nos vamos a ir a vivir juntos.

—Me alegro por ti, papá, te lo mereces.

—Ya se lo he dicho yo, que mucho ha tardado, total, mamá ya perdió su sitio.

—Laura, hija, un poquito más de sensibilidad.

Pasé una tarde de lo más amena con mi familia, con las locuras de mi hermana y por cada una de sus ocurrencias que me hacían reír. Los abrazos de mi abuela, esos que me reconfortaban como cuando era pequeña y llegaba del colegio llorando por algo que me hubiera pasado o simplemente por alguna nota más baja que otra.

Llegó la hora de que se marcharan. La verdad es que estaba cansada, había terminado agotada, sobre todo con mi hermana, había veces que era un poquito intensa.

Una vez que me quedé sola, noté el vacío de la habitación. Echaba de menos a Mauro y lo peor de todo es que desde que se fue no me mandó ni un solo mensaje; eso era lo que más me dolía de él.

Cogí mi teléfono y lo llamé, ya que quería escuchar su voz antes de dormir. Sonó el primer tono, segundo, esperé a que saltara el contestador. Lo llamé tres veces con los mismos resultados.

—No me lo puedo creer —dije en voz alta.

—¿Estás bien? —me preguntó un enfermero que entró en la habitación—. Vengo a traerte las pastillas de la noche.

—Sí, no te preocupes, estaba hablando conmigo misma.

—¿Tengo que llamar a la doctora?

—Mejor a una vidente. —Rio.

—No te fíes de ellas. Aquí te dejo las pastillas, no te olvides de tomarlas.

—Gracias, no lo haré.

Volví a llamar cuando me quedé sola, no había manera de ponerme en contacto con él. ¿Esto era lo que iba a pasar dándonos esa oportunidad? No sé si en verdad estaba preparada para estar con Mauro, si a la mínima no iba a saber de él.

Hice un último intento y nada. Marqué el número de Pierre, esperando no molestar y que estuviera con él.

—¿Claudia? ¿Pasa algo?

—Bueno, si estar llamando a tu amigo y que no me coja el teléfono lo es, sí que pasa entonces.

—Claudia… —El silencio se hizo largo e incómodo—. Hemos cenado juntos, pero se quedó tomando una copa, yo estoy en mi casa.

—Vale, ya me puedo imaginar en qué ha terminado esa copa.

—No te montes películas, que lo mismo no ha puesto el sonido aún al teléfono.

—Pierre, sé que es tu amigo, pero no hace falta que lo defiendas.

—Claudia, eres mi amiga, pero te puedo decir que nunca había visto a Mauro como lo veo contigo.

—Pierre… esa frase la suelo leer en los libros. —Soltó una carcajada.

—Bueno, igual tu historia con Mauro es como leer un libro.

—Puedes jurar que sí. Bueno, perdona por molestarte y te haré caso en no montarme películas. Esperaré a que él me dé una explicación.

—Esa es mi chica, y ya que estamos hablando, cuéntame cómo te encuentras.

—Pues harta de estar entre estas cuatro paredes, pero creo que a primeros de semana me dan el alta.

—No te imaginas cómo me alegro por ti, sabes que te quiero mucho aunque no seas para mí.

—Pierre, no digas tonterías.

—Claudia, no son tonterías. Eres la mujer que muchos hombres quisieran tener.

—Ja, ja, ja, eso es porque no me has visto cabreada de verdad, ahí sale el muñeco diabólico y hasta la niña del exorcista. —Soltó una carcajada—. Te dejo que descanses y gracias por este rato que la verdad es que me ha venido muy bien.

—Ha sido un placer. Descansa, preciosa.

Solté el teléfono en la mesita e intenté dormir sin pensar en nada.

Capítulo 32



Mauro

Llevaba dos semanas en París con Pierre. Lo que pensé que sería cuestión de días se había convertido en tres semanas. Me hubiera gustado haber estado con Claudia cuando recibió el alta. Por un momento pensé que mi relación con ella estaba en peligro por el robo de mi móvil.

Me costó trabajo convencerla de que eso es lo que me había pasado, pero, con ayuda de su hermana y de Pierre, lo conseguí.

—¿Ya estás pensando otra vez? —me dijo Pierre sacudiendo unos papeles en las manos—. Pues ya puedes hacer las maletas que nos vamos a casa.

—Estoy pensando en irme con lo puesto. —Me miró como si no hubiera oído bien—. Quiero traer a Claudia aquí para que conozca todo esto.

—Me parece muy buena idea, sabes que mi casa es tu casa.

—Había pensado llevarla a un hotel con vistas a la Torre Eiffel.

—Como quieras, pero en mi casa tienes tu dormitorio y baño propio, y no notarías ni que estoy. —Reímos.

—Lo sé, ya veré lo que hago, gracias, amigo. Venga, terminemos esto a ver si para la noche ya estoy en casa.

—No te acompaño porque ya es hora de que me centre en los negocios, aunque sé que puedo confiar en la gente que tengo trabajando.

—Como tú veas, sabes que por eso no tienes problemas.

—No me digas eso que me lo tomo al pie de la letra. —Me dio una palmada en el hombro—. Tengo que llamar a Roland; desde que nos volvimos no he hablado mucho con él y eso me preocupa.

—A mí también, sé que lo ha pasado muy mal por lo de Eliana y me siento culpable por ello —le dije muy apenado.

—Quítate eso de la cabeza porque no ha sido culpa tuya.

—Bueno, voy a reservar vuelo para volver.

—Yo me voy a la cama, que el día de hoy ha sido muy duro. Descansa.

—Gracias, descansa tú también.

Estaba deseando volver a casa, en realidad, lo que estaba deseando era ver a Claudia para poder hacer ese viaje que teníamos pendiente y dejar las cosas claras entre nosotros de una vez por todas.

Cuando tuve el vuelo reservado, preparé una pequeña maleta y me di una ducha para ir directamente a la cama, como dijo Pierre, el día había sido bastante duro y necesitábamos descansar.

El despertador sonó muy lejano y era el de Pierre. Yo no lo puse y, aun así, lo oí. Me costó abrir los ojos y hasta ese momento no me di cuenta de lo agotador que había sido el día anterior. El sol entraba por la ventana, por lo que creí que se me habían pegado un poco las sábanas, menos mal que hasta las cuatro no salía el vuelo.

Me levanté, entré en el cuarto de baño, me di una ducha ligera, recogí todo lo que me tenía que llevar y dejé todo listo. Siempre pensé en comprarme una casa aquí en París, pero Pierre me quitó la idea diciendo que él vivía solo, pero creo que ya iba llegando la hora de buscar algo que fuera de mi propiedad.

Llegó el momento de volver a casa y me despedí de Pierre. El taxi ya estaba esperando para llevarme al aeropuerto.

Estaba nervioso, era como si fuera a ver a Claudia por primera vez, pero no era por eso, era porque sabía que estaba aún disgustada conmigo. Sentía que le había fallado y no había estado con ella cuando salió del hospital, tampoco cuando me había llamado tantas veces, era un cúmulo de cosas.

Me monté en el avión y me senté al lado de una señora mayor que me tuvo entretenido todo el viaje, tanto que ni me enteré del vuelo. Me despedí de ella deseándole que disfrutara de sus nietos.

Cuando cogí la maleta, al darme la vuelta la vi. Se me partió el alma cuando la vi sentada en una silla de ruedas, pero al mismo tiempo se veía preciosa y más cuando me regaló tan bonita sonrisa.

—Estás preciosa, me alegro mucho de ver que ya estás fuera de esa habitación de hospital. —Le di un suave beso en los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, deseando que llegase este momento. La espera ha sido larguísima.

—Para mí también lo ha sido —le dije al oído notando cómo se estremecía —. ¿Cómo está Hugo?

—Bien, apenas lleva una semana conmigo. —Eso hizo que arqueara una ceja—. Aunque ahora está en casa de sus abuelos.

—Bueno, cuando lleguemos a casa ya me cuentas y no tenías que haber venido a esperarme, y más estando tan lejos.

—Estaba con nosotros. ¿Cómo te va, hermano?

—Un poco cansado, pero bien.

—Me alegro.

—Venga, vámonos, que mi hermana se desespera muy pronto.

—Pues no la hagamos esperar.

Decidimos comer en casa de mi hermano y cuando acabamos nos fuimos a mi casa. No solo necesitaba descansar, sino también necesitaba tener a Claudia entre mis brazos.

Nos despedimos de mi hermano. Claudia y yo nos marchamos para mi casa. Aparqué en mi plaza de garaje. Subimos en silencio y dejamos la silla en el maletero del coche.

—Solo la necesito cuando he de andar mucho —me dijo cuando me la quedé mirando.

Nos montamos en el ascensor y ya no pude esperar más. La cogí de la cintura y la besé. Un beso tras otro hasta subir la intensidad. Metí la mano por debajo de su blusa y necesitaba tocar esa piel que me volvía loco. El ascensor paró y se retiró sofocada.

La cogí de la mano mientras abría la puerta y solté la bolsa. Seguí caminando hasta mi dormitorio, no podía esperar.

—No te puedes imaginar las ganas que tenía de tenerte así entre mis brazos. Te he echado de menos —le dije por cada beso que le daba.

—Yo también te he echado de menos y pensé en lo peor cuando no me cogiste el teléfono.

—Ya hablaremos de eso después, ahora vamos a disfrutar el uno del otro.

Empecé a besarle el cuello con leves mordisquitos, notando cómo se estremecía mientras fui desabrochando los botones de la blusa hasta dejarla en sujetador.

Me paré un momento para admirar su belleza y ver cómo se sonrojaba. Seguí besándola mientras mis dedos recorrían sus brazos lentamente. Pasé a sus costados subiendo hacia arriba, quitando el sujetador para dejar sus pechos a mi alcance.

Pellizqué un pezón tirando de él para después meterlo en la boca. Claudia gemía agarrándome la cabeza y pidiéndome más.

Llevaba tanto tiempo queriendo tenerla como la tenía, expuesta a mí con esa mirada llena de deseo. No me entretuve mucho, necesitaba estar dentro de ella y así se lo hice saber. Fui despacio, no me atrevía a ir a mi ritmo sabiendo que aún estaba convaleciente.

—¿Piensas seguir follándome como si fuera la primera vez? —me dijo dándome toquecitos en el brazo.

—No te estoy follando, estoy haciendo el amor a mi mujer; además, todavía estás convaleciente.

—Pero es que…

—Es que nada, iremos al ritmo que hay que ir y punto.

La besé, no dejé que me dijera nada más porque entonces no terminaríamos de discutir por aquello. Me senté en la cama y la senté encima de mí penetrándola de esa manera. Quería sentirla así y vi en su cara que esa postura le gustaba, al menos era lo que sus gemidos decían. Noté cómo se estaba preparando para tener su tercer orgasmo.

—Joder, Mauro, no aguanto más, lo siento.

—No lo sientas, hazlo ahora, hazlo conmigo.

No hizo falta decir más nada, llegó al orgasmo con un grito al que yo acompañé. Me eché para atrás llevándola conmigo.

—No tengo palabras para describir lo que acabo de sentir.

—Yo sí, ha sido perfecto.

—Vanidoso eres. —Rio.

—No es eso, es haber disfrutado de la persona que amas.

—Mauro. —Me agarró la cara—. Yo también te amo más de lo que podía imaginar.

La besé y nos quedamos abrazados en la cama. Noté cómo su respiración se volvía más acompasada. La miré y vi que se había quedado dormida. Me quedé un rato con ella hasta que cogiera bien el sueño, ya que no quería levantarme y que se despertara.

La dejé durmiendo y fui a darme una ducha. Cuando terminé, fui a meterme en el despacho, aprovecharía para revisar la documentación que me había traído para cuando fuéramos de viaje, no tuviera que trabajar.

Había pensado en irnos lo más pronto posible, pero también tenía una idea en mente y no era otra cosa que mi hermano y Laura viajaran con Hugo para llevarlo a Disney sin que Claudia lo supiera; sería una sorpresa que se llevaría ella.

—¿Por qué no me has despertado? —me dijo apoyada en el marco de la puerta.

—Mmm, qué bien te queda esa camisa y con el pelo mojado.

—Déjate de tonterías y contesta.

—Pensé que necesitabas descansar y mientras tú lo hacías, yo adelantaba el trabajo.

Capítulo 33



Mauro

Por fin estábamos en París. Pierre había venido a buscarnos y volvió a ofrecernos su casa, pero volví a negarme, ya que quería vivir unos días a solas con Claudia.

Cuando entramos en el hotel, ella miraba de un lado a otro maravillada, me encantaba verla con esa cara de felicidad, parecía una niña pequeña con zapatos nuevos.

Reservé una *suite* con dos dormitorios, ya que quería que Hugo tuviera el suyo cuando llegara. Entramos en la habitación para dejar las maletas; era hora de comer y lo íbamos a hacer con Pierre, que nos estaba esperando abajo.

—Madre mía, Mauro, qué bonita es —me dijo mirando así un poco por encima—. ¿Por qué tiene dos habitaciones?

—Pues porque era la única que quedaba con vistas a la Torre Eiffel y quiero que disfrutes de ella.

—Pero esto te habrá costado un ojo de la cara —me dijo acercándose a mí —. Y a mí lo mismo me daba mirar a la torre que mirar a una pared de ladrillos, el caso es estar contigo. —Se puso de puntillas y me besó.

—No te preocupes por eso y disfruta, que te lo mereces. Anda, vámonos, después la ves más detalladamente, que Pierre es capaz de subir aquí y no irse. —Soltó una carcajada.

—Venga, sí, que yo también tengo hambre y no faltará mucho para que despierte el león.

Salimos del hotel y nos dirigimos donde Pierre nos esperaba con el coche.

—Ya iba a subir para probar también esa cama.

—Pues mira, lo mismo me da la neura y te dejo subir para que la pruebes con nosotros.

Cuando dijo esas palabras, me paré en seco, ¿había dicho lo que creía que había dicho?

—¿Quieres montarte en el coche? Te has quedado lelo. —Pierre rio.

—¿He escuchado bien?

—Sí, has escuchado bien…

Me monté en el coche mientras escuchaba la risa de ella. No me había sorprendido lo que había dicho, lo que me había sorprendido es que ella quisiera cuando me había dicho muchas veces que eso no iba con ella.

Nos llevó a Montmartre, más conocido como el barrio de los Pintores. La cara de Claudia se iluminó de una manera que era digna de enmarcar.

—Me encanta esto, es precioso —le dijo a Pierre.

—Pues verás cuando pruebes la comida, vas a querer quedarte conmigo para toda la vida.

—Ni que tú fueras el chef —le dijo Claudia soltando una carcajada.

—Amigo, tu mujer se está soltando el pelo salvajemente.

—¿Eso quieres, Pierre? ¿Que me suelte el pelo? —le dijo parándose delante de él.

Pierre me miró y no dijo nada, siguió caminando y explicando todo lo que iba viendo a su alrededor.

Llegamos donde íbamos a comer. No era un restaurante de esos caros, era un bar de barrio donde se respiraba la magia que el que no supiera lo que era el barrio de Montmartre no podía apreciarlo bien.

—Oh, qué bonito, me encanta este lugar.

—Te dije que te iba a gustar —le respondió Pierre acercándose a la barra.

Mientras él hablaba con el camarero, vi cómo Claudia lo miraba. Me tensé, no quería parecer celoso, primero porque nunca lo había sido con nadie y segundo porque Pierre era mi amigo y sabía que él no haría nada.

—Mauro, ya tenemos mesa —me dijo chasqueando los dedos.

—El Mauro se ha quedado en Babia —le contestó Claudia riendo.

—Solo estaba pensando.

—Mauro, te conozco y sé lo que se te ha pasado por la cabeza y de antemano ya te digo que no.

—Pierre, cuéntamelo, porque yo no sé lo que se le ha podido pasar por la cabeza, aunque tengo una ligera idea.

—Dejad ya de decir tonterías —les solté caminando hacia la mesa.

Nos sentamos y el camarero nos atendió al momento. Pierre pidió una botella de vino y una tabla de quesos para ir abriendo boca.

Cuando nos lo trajeron, el camarero aprovechó para tomarnos nota. Claudia pidió un plato de *ratatouille* que consistía en una mezcla de verduras asadas, ya que decía que, después de ver la película con su hijo, le hacía ilusión probarlo.

Pierre y yo pedimos un entrecote a la brasa con patatas y, de postre, Paris-Brest, que era un pastel relleno de crema de avellana.

—Espero que te guste lo que hemos pedido —le dije a Claudia con una sonrisa.

—Yo también lo espero, y ahora cuéntanos por qué has cambiado la cara desde hace un rato.

—Son imaginaciones tuyas.

—Si tú lo dices, así será.

Pierre, que no era tonto, no quiso quitarle importancia al asunto.

—Claudia, ¿cómo sigue tu familia? —preguntó dando un sorbo de vino.

—Están todos bien, incluida mi madre, que no deja de dar por culo.

—No seas rencorosa, mujer, mira que madre no hay más que una —le dijo.

—Vaya, y que yo sepa hay dos, la de Mauro y la mía. —En ese momento estaba bebiendo vino, que hizo que se me saliera por la nariz por no escupirlo. Pierre soltó una carcajada.

—Ese ha sido un golpe bajo, Claudia.

—No me jodas con esas, Mauro, ¿acaso tu madre no es igual que la mía?

—Se equivocaron, solo es eso, y te pido por favor que comamos tranquilos.

Nadie dijo nada durante lo que duró la comida. Parecíamos tres extraños que comían en la misma mesa, pero que no se conocían.

—Voy al baño —nos dijo Claudia—. Os espero fuera.

—¿No quieres nada más? —le preguntó Pierre a ella.

—Sí, a ti.

—Mauro, no le hagas caso, que está cabreada y sabe darte donde más duele. Sabes que a ella no le va nuestro rollo.

—No lo sé, Pierre, no sé qué pensar, creí que este viaje iba a ser para unirnos más y el comienzo es todo lo contrario.

—Tal vez no tendría que haberme unido a vosotros.

—Deja de decir estupideces, que esto no tiene nada que ver contigo. Si cuando salgamos de aquí lo que quiere es estar con los dos, pues la complaceremos y punto.

—Mauro…

—Vámonos, Pierre, Claudia estará ya fuera.

No me había equivocado; Claudia estaba en la calle admirando cada rincón de ella. Seguimos caminando mientras veía cómo admiraba el colorido de la calle y la gente que se agolpaba en cada rincón.

—Esto es precioso, me encanta todo lo que estoy viendo, de verdad, pero creo que es hora de ir a descansar un rato ya que esta noche quiero salir y ver el famoso *Moulin Rouge*.

—Bueno, pues yo os dejo para que descanséis. Ya nos veremos —dijo Pierre.

—¿No vienes con nosotros? A mí me apetecería mucho, ¿Mauro?

Me quedé parado y no sabía qué decir, por un lado quería que ella disfrutara de mi mundo, pero, por otro, me sentía egoísta y no la quería compartir con nadie, ni siquiera con Pierre.

—Pierre, vente con nosotros. —Claudia saltó agarrándose a mi cuello dándome las gracias.

—Gracias, amor, por complacerme.

—¿Estás segura? —le preguntó Pierre a Claudia.

—Tan segura como que amo a este hombre —le dijo señalándome a mí.

No hablamos, solo fuimos caminando hacia el hotel. Claudia iba en medio de los dos, nos había agarrado a cada uno de una mano. Hablaba como si estuviera haciendo un monólogo; ella sola reía hasta que frenó en seco.

—¿Pensáis seguir así? ¿Como dos muermos? Pensé que me haríais sentir la mujer más deseada del mundo.

Miré a Pierre y solo con la mirada ya sabía lo que le estaba diciendo. Apretamos el paso, si eso era lo que quería, eso le íbamos a dar.

Llegamos al hotel, saludamos a la chica que había en la recepción y seguimos hacia delante.

Entramos en la habitación y no le di tiempo a reaccionar. La puse en medio de los dos, Pierre se colocó a su espalda y yo me puse delante de ella.

Agarré su cabeza y la besé con intensidad, mientras que Pierre acariciaba sus brazos, notando cómo le iba quitando la ropa. Gemía en mi boca, haciéndome saber cómo se estremecía al contacto de mi amigo.

—¿Te gusta esto, Claudia? —le pregunté mordiendo el labio inferior.

—Dios, sí que me gusta esto.

Me dio un leve empujón para desabrocharme el pantalón. Cuando lo hizo, me lo bajó del tirón llevándose con él el bóxer. Cuando terminó conmigo, le hizo lo mismo a Pierre, para acto seguido arrodillarse ante nosotros.

Con sus manos agarró el miembro de ambos, llevando su mano de arriba abajo. Tragué saliva cuando vi lo que venía… Cogió mi miembro y lo lamió dando un pequeño mordisco en la punta, esa que ya estaba mojada. Se lo metió en la boca mientras que su otra mano seguía en el miembro de Pierre.

Me estaba sorprendiendo por momentos el cómo me miraba. Cuando creí que iba a terminar, ella lo notó y se retiró para darle a Pierre el mismo placer que me había dado a mí.

—Soy toda vuestra —nos dijo llevándonos a la cama.

Capítulo 34



Claudia

Me dejé llevar, ya que me apetecía disfrutar de esos dos hombres que me miraban con cara de deseo. Sabía que a Mauro no le hacía mucha gracia, pero es lo que yo quería, tener una última vez con Pierre en ese sentido.

Con cada caricia me sentía mimada, querida; donde no llegaban las manos de uno, llegaban las del otro. El placer que yo les di me lo multiplicaron y me hicieron llegar al orgasmo en cuestión de minutos.

Sentir cómo esos dos hombres me llenaban me hacía sentir especial. Gemí, grité, pero sobre todo disfruté de cada uno de ellos.

Cuando todo acabó, Pierre no quiso quedarse con nosotros. Se despidió de mí con un beso y con un «gracias por dejarme estar».

Llevábamos cinco días en París. Disfruté de todo lo que me iba enseñando y una de las noches me llevó al *Moulin Rouge*. Volvimos a pasear por *Montmartre*, visitamos la catedral de *Notre Dame* y pude admirar París desde su torre. Recorrimos todo y cada noche terminaba con los pies destrozados, pero merecía la pena cada uno de los pasos.

No había vuelto a saber nada de Pierre, sabía que Mauro no lo había llamado. Aún estaba dolido, no enfadado, y no solo con su amigo, sino también conmigo.

Me levanté esa mañana con una sensación rara y vi que estaba sola en la cama. Al asomarme descubrí que Mauro estaba en la terraza pensativo.

—¿Hasta cuándo vas a seguir así? —le pregunté sirviendo una taza de café.

—No sé de qué me hablas —me respondió sin mirarme.

—Joder, Mauro, por lo menos mírame cuando te hablo, ¿crees que soy tonta?

—No tengo ganas de discutir, y menos hoy.

—Yo tampoco, pero desde que Pierre estuvo con nosotros no eres el mismo.

—Joder, Claudia, vale que lo disfruté, pero no me esperaba eso de ti y no quería compartirte ni con él ni con nadie. Me ha dolido mucho.

—Ves cómo sí te pasaba algo, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué dejaste que pasara? No lo entiendo. No quiero, pero lo disfruto.

—Porque vi el deseo en tu rostro y no quería que me echaras en cara algún día mi egoísmo hacia ti.

—Mauro. —Me arrodillé apoyando mis manos en sus piernas—. Deberías habérmelo dicho, ya que es la segunda vez que pasa esto y con el mismo resultado.

—Quería que tú disfrutaras.

—Mírame —le dije agarrándole la barbilla—. Solo era una despedida.

—No te entiendo.

—¿Y si nos damos una oportunidad? ¿Recuerdas esa pregunta?

—Sí la recuerdo, pero no entiendo qué tiene que ver.

—Mi respuesta es sí y al «¿qué pasaría?» solo me queda decirte que vamos a descubrirlo juntos, viviendo el día a día, pero sin mentiras, sin dejar capítulos abiertos en nuestras vidas. Mauro, Pierre es muy importante para mí, sé que es tu amigo, pero me tendió la mano aun sin conocerme. Preferí tener sexo con él y contigo, a hacerlo a espaldas de ti.

—¿Lo hubieras hecho? —Iba a contestarle cuando le sonó el teléfono.

Lo vi levantarse de un salto. Me miró guiñándome un ojo.

—Gracias, en veinte minutos estamos abajo.

—¿Mauro?

—No hay tiempo que perder, tienes veinte minutos, venga, una ducha rápida y nos vamos.

—¿Y no me vas a decir nada?

—No puedo ahora, cuando bajemos, lo entenderás.

Me metió en la ducha protestando y mientras yo me duchaba, él se afeitaba.

Elegí ropa cómoda porque no sabía lo que tenía en mente y pasaba de ponerme algo que después me resultara incómodo. Opté por una sudadera, unos vaqueros y unas zapatillas deportivas.

—¿Estás lista?

—Sí, pero te advierto una cosa, y es que me duele ya hasta el cielo de la boca de tanto andar.

—¿No querías conocer París? Pues es lo que estás haciendo. —Soltó una carcajada.

Bajamos todo el tiempo en el ascensor riendo por las tonterías que hacía con su cara. Cuando las puertas se abrieron, yo estaba de espaldas a él y cuando escuché…

—¡Sorpresa!

Me di la vuelta y me quedé con la boca abierta.

—¡Mami, contigo! —me gritó mi hijo llorando.

—Ay, mi niño, claro que conmigo —le dije dándole muchos besos—. ¿Qué hacéis aquí?

—Tu amorcito nos ha invitado a pasar el fin de semana con vosotros.

—Vaya, esto no lo esperaba, gracias, mi amor —le dije dándole un beso.

—Cuñada, ¿tan mal te caigo que ni me has saludado? —me dijo Gonzalo haciendo un puchero.

—Vaya por Dios, lo de los celos veo que viene de familia.

—Me he perdido, hermanita.

—Ya te lo contaré, tranquila. Ahora vamos a desayunar a una cafetería que hay en la esquina que tiene los mejores cruasanes de mantequilla del mundo.

—Yo quiero, mamá.

—Yo también, sobrino —le dijo Gonzalo.

Hugo iba en brazos de Mauro delante de nosotros con Gonzalo, mientras yo iba hablando con mi hermana, contándole un poco por encima lo que había pasado para que Mauro estuviera así conmigo.

—Joder, hermana, si me lo llega a contar otra persona, no la creo. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

—Quería dejar ese capítulo atrás.

—Y una mierda, tú lo que quieres es estar con los dos.

—No seas grosera, anda.

Reímos tan fuerte que los chicos se giraron hacia atrás. Mauro me regaló una sonrisa que me llevó a pensar que ojalá se le pasara el enfado, ya que no quería que mi relación con él se basara en esas cosas.

Nos pusimos las botas desayunando; no solo comimos cruasanes, también pedimos churros con chocolate. Mi niño se puso para meterlo entero en la lavadora, pero estaba disfrutando de lo lindo.

—Mauro, ¿cuándo le vas a decir a mi hermana lo que le tienes que decir?

—Me hubiera gustado decírselo en su momento, pero como ya has abierto la boca, tendré que decírselo. Hugo, dile a mamá dónde vamos a ir.

—A casa de Mickey Mouse, mami.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo este niño?

—Que nos vamos a Disney, hermanita.

—Mauro, yo… no sé qué decir, la verdad.

—Mejor dale un beso, hermanita, pero de esos de tornillo. —Reímos.

Me había emocionado tanto con esa noticia, y no por mí, sino por mi hijo, ya que él había estado con su padre, pero el que pudiera otra vez disfrutar de sus personajes favoritos y encima conmigo me hacía superfeliz.

Saldríamos a la mañana siguiente, mi hermana lo tenía todo preparado, puesto que era la mejor cómplice que se había buscado Mauro. Disfrutamos del día por las calles de París y a Hugo hubo que comprarle un carrito de los más simples porque no aguantaba tanto andando, y a nosotros nos tenía los brazos reventados.

Cuando llegamos al hotel, le tuve que dar una ducha ligera porque no podía con su alma y encima había que madrugar al día siguiente.

Mauro y yo nos metimos en la ducha dejándonos llevar por el momento y a sabiendas de que Hugo estaba tan rendido que no se despertaría.

—Siento que te haya molestado lo que hice.

—Claudia, vamos a cerrar ese capítulo. Se acabó tanto para mí como para ti.

—Pero no es justo por Pierre, él no se merece que le dejes de hablar.

—¿Quién te ha dicho que voy a hacer eso? Para mí él es como otro hermano, no solo mi amigo, y tranquila que ese tema nunca se volverá a tocar.

—Te quiero, Mauro, sé que no te lo he dicho en muchas ocasiones, pero que sepas que es así. —Me besó apagando la luz.

Jamás pensé que vería a mi hijo disfrutar de la manera que lo estaba haciendo, ya que no dejaba de correr detrás de todos los personajes y hubo un momento en que lo tuvimos que llevar en brazos porque no había manera de que se quedara quieto mientras veíamos el desfile.

—Madre mía, sobrino, qué energía tienes para lo pequeño que eres, jodido —le dijo mi hermana.

—Cariño, tú tampoco andas muy mal de energía que digamos —le dijo Gonzalo y nos echamos a reír.

No solo estaba disfrutando el niño, sino cada uno de nosotros. A mi hermana se le veía una cara de niña cada vez que pasaba alguna de sus princesas de la infancia, que me emocionaba al verla así de feliz.

Llevamos al niño a las atracciones; Gonzalo y mi hermana fueron los encargados de que el niño las disfrutara, mientras yo me dediqué a inmortalizar todos esos momentos.

—Sé que es poco tiempo, pero te prometo que volveremos otra vez con menos prisas.

—No te preocupes, y gracias por hacer feliz a la persona más importante de mi vida.

—Siempre, mi amor, aunque ese niño me enamoró desde la primera vez que lo vi, lo mismo que me pasó con su madre.

Llegó la hora de irnos. Todo fue salir del parque y Hugo se quedó dormido en los brazos de Mauro, no era para menos del trote que se había pegado.

Una vez en el hotel y después de acostar al niño me asomé a la terraza suspirando.

—¿Cansada para compartir una ducha conmigo? —Me volví sonriendo.

—¿Bromeas? Para eso nunca estoy cansada, aunque te advierto que tengo sueño. —Lo cogí de la mano y me metí con él para dentro mientras reía.

Epílogo



Seis años después…

Claudia

—Hugo, deja de hacer el tonto y vístete que al final llegaremos tarde.

—Mamá, deja de estresarte, que después nos estresas a todos.

—Yo no sé por qué te dejo estar tanto tiempo con tu tía, eres igual que ella.

—Papi, dile algo a tu mujer —le dijo a Mauro—. No se aguanta ni ella con la barriga.

—Yo me niego, sabes que cuando discutís prefiero no meterme.

Esta era una de las escenas típicas que más se repetían en casa y sí, habéis leído bien, Hugo llamaba papi a Mauro y papá a Daniel.

Para poneros en contexto, os diré de qué va la pelea de hoy. Se bautizaba a Alba, la niña de mi hermana, que tenía ya tres meses y nos tenía locos a todos.

Como bien ha dicho mi hijo, tenía barriga y estaba embarazada de siete meses de Violeta, que es como le había puesto su hermano desde el momento que supo que era una niña. Ni Mauro ni yo nos opusimos.

—Hugo, haz caso a tu madre y no la hagas enfadar en este día —le pidió Mauro mientras lo ayudaba a terminar de arreglarse.

En estos años habían pasado muchas cosas, entre ellas mi madre. Hablaba con ella por mi abuela y en parte por mi padre, ya que fueron ellos los que me lo pidieron. No nos veíamos mucho, mi hermana sí que trataba más con ella, pero es que a mí no me nacía.

Mi padre seguía con Elvira, al igual que Julián seguía con Susana. Las dos mujeres que habían conocido durante el crucero por el Mediterráneo.

Finalmente, la madre de Mauro se fue a vivir a Alemania con una hermana suya.

La abuela se mudó a vivir a casa de Ezequiel, ya que decía que así estaban acompañados las veinticuatro horas del día.

Seguía en el colegio del pueblo, como también seguí con mi amistad con Alfonso, cosa que me costó algún que otro enfado con Mauro que, aunque no lo hacía con maldad, seguía con esos celos rondándole.

Qué deciros de Pierre… pues que encontró en Sara, una azafata de vuelo, a su media naranja. Vivían juntos y tenían un niño de dos años llamado Mauro, como su padrino.

Roland seguía soltero, decía que aún no había llegado la mujer que le cogiera de los huevos. Le costó superar lo de Eliana, de la cual no volvimos a saber nada, ni ganas.

El padre de Hugo seguía en nuestras vidas y, por sorprendente que parezca, nos llevábamos mejor que nunca. Él también había encontrado al amor de su vida, Ángela, que no llegó sola a su vida y lo hizo con dos gemelas de tres años, Ana y Cristina, las cuales hacían lo que querían con Hugo cada vez que estaban juntos.

He de deciros que Mauro y yo nos casamos por lo civil, solos y sin decir nada a nadie. De testigos cogimos a dos trabajadores del juzgado y eso nos costó un enfado con la familia, pero nos terminaron entendiendo y respetando.

—¿Amor, te queda mucho? Al final llegaremos tarde.

—Eso, mamá, que después me riñes a mí y tú eres peor.

—Hugo, no chinches a tu madre.

—Déjalo, que después llorará cuando pida algo y no lo tenga.

—Ya estamos con los chantajes emocionales.

—Anda, chantaje emocional, coge mi bolso y vámonos.

—Estás guapísima.

—Estoy como una foca —le dije sacándole la lengua—. Puedes decirlo, no me voy a enfadar.

—Mamá, hasta siendo una foca eres la madre más guapa y buena del mundo.

—Ja, ja, ja, la madre que te parió, hijo, qué manera más sutil de llamarme foca.

Llegamos a la iglesia a lo justo y mi hermana, cuando me vio, resopló.

—Joder, Claudia, casi tengo que coger a otra madrina para mi hija.

—Qué exagerada eres. Anda, vamos para adentro antes de que salga el cura a buscarnos.

No me dio tiempo de saludar a nadie. Allí estaban todos los que tenían que estar. Vi de refilón a Pierre, que estaba guapísimo como siempre, y estaba con su mujer, con la que se casó y a lo grande.

Mi sobrina se hizo notar, ya era una mini Laura. No paró de llorar en la iglesia y cuando llegó la hora de echarle el agua, eso fue un no va más.

La celebración corrió a cargo de los papás y los abuelos. Eso para mi hermana y Gonzalo fue un soplo de aire fresco, ya que se habían embarcado en algunos proyectos y en una casa nueva.

Miraba a mi alrededor y vi que tenía la familia que un día soñé, una familia imperfecta pero unida. Observaba a mi madre, que hablaba con mi padre y su

pareja.

Estaba sentada comiendo mi trozo de tarta, que aunque lo tenía prohibido por el azúcar en el embarazo, no me privé de ello. Vi que Mauro empezó a mirar muy serio y no sabía por qué lo estaba, hasta que vi que Pierre se sentó a mi lado dándome un beso en la mejilla.

—Si antes eras guapa, ahora todavía más. Siempre vas a ser el amor de mi vida, Claudia.

—No te flipes, Pierre, tienes una mujer a tu lado que te adora. No seas tonto y no eches tu vida ni tu amistad con el que te está mirando como si quisiera matarte por la borda. —Reímos.

—No voy a estropear nada porque amo a esa mujer que viene hacia nosotros, pero dicen que el primer amor nunca se olvida, ya sabes.

—Pierre… no la cagues.

—No lo haré, tranquila. —Se levantó y fue en busca de Sara.

Vi cómo Mauro venía hacia mí. Estaba cansada y no podía decir que me quería ir porque sería hacerle el feo a mi hermana.

—¿Estás bien? Pareces cansada.

—Es que lo estoy, y antes de que lo preguntes, Pierre ha venido a preguntarme cómo me encontraba.

—Desde donde yo estaba no parecía eso. ¿Quieres que nos vayamos?

—Estás tonto. No empieces, sois amigos, Mauro, y no nos podemos ir, ya que eso le dolería a mi hermana.

—Vale, un rato más, preciosa.

Se quedó allí sentado conmigo y la estampa que teníamos delante era digna de enmarcar. Los abuelos bailando bachata muertos de risa, hecho que me hizo darle un codazo a Mauro y echarnos a reír a carcajadas.

Tenía una familia un poco rara, pero era mi familia. En definitiva, todos éramos un poco raros, pero no la cambiaba por nada ni nadie.

El bautizo, más que un bautizo, parecía una boda y yo estaba de lo más cansada.

—Hermana, ¿qué pasa que llevas media tarde sentada?

—Laura, no quiero hacerte el feo, pero creo que me voy a ir, estoy supercansada y no tengo ganas de nada más que de coger la cama.

—Hostias, gente, prestadme atención —dijo gritando—. Mi hermana se quiere ir a dormir, o sea que se está poniendo de parto.

—¿Qué dices, loca?

—Eso es lo que decías con mi sobrino y mira, no te dio tiempo ni de llegar al hospital.

—Ay, hija, que al final conozco a mi bisnieta antes de morirme. —Me dijo mi abuela pellizcándome la cara.

—Abuela, me quieres dejar, que todavía no ha llegado la…

—¡Mamá, te estás meando! —me dijo mi hijo riendo.

—Claudia —me llamó Mauro—, nos vamos ya.

—No me puedo levantar, no quiero levantarme.

—Ay, Dios, otra vez, no.

—¿De qué hablas, Laura? —dijo Mauro mirando a mi hermana.

—Con Hugo le pasó lo mismo, entra en *shock* y no atiende a razones.

—Hijo, tienes que cogerla en brazos y llevarla. No hagas caso a nada de lo que te diga. —Rio.

Mauro me cogió en brazos y por mucho que le dije, no me hizo caso. Me llevaba hacia el coche cuando escuché a mi hermana.

—Tú siempre igual, quitando el protagonismo a los demás, asquerosa.

—Ja, ja, ja, qué envidiosa es la jodida —le dije a Mauro.

—No seas mala.

Llegamos al hospital, no os voy a decir que fuera echando sapos y culebras por la boca porque la verdad es que mis partos son un poco raros y las contracciones para mí son como cosquillas y tenía alta tolerancia al dolor, por eso digo lo de las cosquillas.

Llegamos al hospital y me metieron al momento, ya que me faltaban tres centímetros para terminar de dilatar, cosa que mientras me llevaban al paritorio y me preparaban, estaría lista.

Violeta vino ligera y cuando la escuché llorar supe que esa niña sería una mujer con carácter.

—Es preciosa, mi amor —me dijo Mauro.

—Sí que lo es, tengo una familia increíblemente bonita.

Cuando nos subieron a planta, no nos dio tiempo ni de descansar cuando, en un momento, la habitación se llenó con la familia.

—Oh, es preciosa, mamá —me dijo Hugo dándome un beso—. Te prometo que me voy a portar bien y te voy a ayudar con mi hermana.

—Tú y ella siempre seréis mis amores más grandes.

—Y vosotros tres los míos —dijo Mauro dándome un beso—. Gracias por darme la familia que tenemos.

Ahora me daba cuenta de la familia tan bonita que tenía, ya que en Mauro no solo había encontrado al amor de mi vida, sino que tenía a un gran amigo y compañero.

—Mauro, ¿estás viendo la respuesta a tu pregunta?

—Lo veo y quiero seguir viéndolo cada día de mi vida.

Y así sería, con nuestras imperfecciones, pero queriéndonos cada día.